

La luz al final del túnel

Maribel López Martínez

Premios DEMAC 2003-2004



México, 2004

Primera edición, octubre 2004

La luz al final del túnel

por

Maribel López Martínez

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2004, por

Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.

José de Teresa 253,

Col. Campestre

01040, México, D.F.

Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208

Correo electrónico: demaclibros@demac.com.mx

demac@demac.com.mx

Impreso en México

ISBN 968-6851-45-3

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

ÍNDICE

El comienzo	9
La locura	21
Las voces	26
Lo inesperado	32
La búsqueda	37
La cacería	45
El divorcio	57
La traición	68
Todo quedó ahí adentro	75
El día a día	78
El juego de futbol	85
La luz al final del túnel	92
Mi padre	101
<i>La Power</i>	112
El regreso	119
Mi proceso	124
Naranja	129

*A mi gran familia,
a todos y cada uno,
por ser lo que son,
por haber hecho de mí lo que soy.*

EL COMIENZO

Ya era noche para que sonara el teléfono, así que cuando mi madre se levantó a contestar todas volteamos a ver de qué se trataba.

—Sí, soy yo. Bien, gracias. ¿Y tú? ¿Qué? ¿Por qué?

—*iAy, mamá! Ha de ser José Ramón —dijo Mariana, apretándome la mano con fuerza.*

—*Sí, es José Ramón —dijo mi prima la Nena—. Les dije que lo soñé horrible, de seguro le pasó algo espantoso, se los dije, en el sueño estaba tirado a media calle como muerto, creo que atropellado, se los dije —repetía.*

—Pero, ¿ya lo viste? ¿Qué le pasó? ¿Está bien? ¿Estás seguro de que está bien? ¿No lo golpearon? ¿Qué hizo?

—*¡Cálmense! ¿De dónde sacan que es José Ramón? Esperen a que mi mamá cuelgue y sabremos qué pasó, cállense —respondí.*

—*Está grueso, chavas, de verdad que se va a poner feo, prepárense. Ese sueño es una señal. Estaba en la calle todo tieso y se elevaba y se nos perdía, fue algo muy grueso, ya ven que tengo un sexto sentido, se va a poner muy gacho, presiento que ahora sí se nos va a ir —siguió la Nena.*

—¿En dónde está? Dame la dirección, en este instante voy para allá.

—*Ya bájenle, ya basta, no se alucinen, dejen de inventar y esperemos a que mi mamá nos diga qué onda —insistí.*

—*No, Mabel, es Joserra, estoy segura. ¿No lo has visto últimamente? Anda muy extraño, estoy segura de que algo le pasó, en algo anda metido, siempre está como ido, muy raro. Lleva tiempo hablando solo y cuando*

está uno, como si no estuviera, anda en su mundo, como pirado. Sólo pide que no sea nada grave –dijo Mariana, mi hermana más chica.

–Mabel, llévame a la delegación, tienen detenido a tu hermano –me dijo mi mamá al colgar el teléfono.

–¿Por qué? –preguntó Mariana con voz entrecortada–. ¿Qué hizo?

–No sé bien, sólo me informaron que andaba caminando desnudo por el camellón de Insurgentes.

–¿Qué? ¿Desnudo? Pero ¿cómo? ¿Por qué? ¿Lo asaltaron? ¿Sin nada de ropa? –preguntamos al unísono mi hermana, mi prima y yo.

–No sé nada, no sé más que lo que les acabo de decir. Dejen de hacer preguntas y vámonos. Vean si tiene algo de ropa limpia y tráiganse unas cobijas y algo de comida mientras le hablo a tu tío Octavio para que nos alcance allá –ordenó mi madre.

–Ma, sólo dime ¿quién te habló? ¿Quién te avisó? –preguntó Mariana.

–Tu tío Rodrigo.

–¿Y por qué no le avisamos a mi papá para que nos ayude?

–Hija, al parecer Joserra habló por teléfono con tu padre en la delegación. Él fue el primero en enterarse y quien le habló a tu tío Rodrigo para que me avisara. Tu padre ya fue, le dejó cigarros y se regresó a su casa. Ya ves cómo es, así que apúrense y vámonos, que si está desnudo se va a morir de frío –concluyó.

En el coche, mientras manejaba hacia la delegación, pensé en mi hermano.

La verdad es que hacía tiempo no reparaba en él. Yo llegaba en las noches agotada, después de la universidad y del trabajo. Estaba demasiado cansada como para andarme preocupando por mi hermano. Mi vida y la de Joserra se habían separado radicalmente.

Él y yo éramos muy diferentes; sin embargo durante la niñez y la adolescencia fuimos inseparables. Joserra nació filósofo, intelectual,

de una sensibilidad extraordinaria. Desde pequeño le gustaba *El Quijote*, los libros de caballeros andantes, Sócrates, Platón y toda la literatura griega, mientras que a mí me apasionaban las matemáticas y la física. Me acuerdo de la bronca para que entendiera las raíces cuadradas; horas y horas machacándolas por las tardes, explicándole por todos los medios para que, a final de cuentas, siempre tronara los exámenes.

Nuestros gustos tampoco tenían mucho en común. Mientras él disfrutaba la estruendosa música de Frank Zappa y nos aturdía todas las tardes tocando *La chica de Ipanema* en su saxofón, yo soñaba con encontrar un novio como el de las historietas de *Susy*, *secretos del corazón*, o un galán como los de las novelas de Corín Tellado que leía en la revista *Vanidades* de mi abuelita. Yo era la adolescente que lloraba con *Mujercitas* y *Love Story*. Pasaba las tardes tejiendo suéteres para mi Juanita Pérez y jugando bote pateado en la privada para esconderme con mi vecino para darnos besitos. Así éramos de opuestos. Él medio *hippie* intelectual y yo la más fresa. Sin embargo, nos queríamos un chorro. Joserra era el primogénito, me llevaba un año y, desde que recuerdo, me cuidó y me defendió de todo y de todos.

Siempre fue muy divertido. Era muy ocurrente y me hacía reír hasta el llanto. Era bien simplón e inocente, de cualquier tontería luego luego le ganaba la risa. Hasta la fecha, cada vez que nos vemos nos echamos nuestras buenas carcajadas. Los dos somos un poco escatológicos, así que disfrutábamos harto contando chistes de pedos, con los que reíamos horas y horas. Inventábamos diferentes definiciones y tipos de pedos: el silencioso, el chiflador, el escurridizo, el del premio, el enamorado, el incógnito, el soñador, el compartido, y muchos otros que nos mantenían envueltos en sonoras risotadas.

Mi hermano mayor no sólo me provocaba la risa con su ingenio y su gran creatividad; también era mi guardaespaldas. Qué seguridad me daba que fuera a la misma escuela que yo, me protegía

de todo, de cualquier cosa, hasta del loco de Adolfo. Nunca se me olvidará ese heroico rescate.

Estábamos en sexto de primaria y yo tenía un compañero que era como un niño genio, de esos medio chiflados. Se llamaba Adolfo. Era muy inteligente, pero muy descuidado, muy sucio y muy raro, siempre le escurrían los mocos y no se los limpiaba. Además, de repente se transformaba, se enfurecía si lo contradecías o te burlabas de él, y en un instante te atacaba sin control.

Una tarde estábamos en el taller de telar y Adolfo, para variar, tenía los mocos de fuera. Al verlo casi vomito, así que le dije: “Oye, cochino, límpiate, ya estás grandecito para ser tan marrano”, y sucedió lo que nunca me imaginé: de un sorbido desaparecieron. “¡Guácala! ¡Adolfo se acaba de comer los mocos!”, grité a todo pulmón. No había aún terminado de lanzar tamaño alarido, cuando lo vi tomar vuelo y volcarse sobre mí. Qué susto, apenas pude levantar los pies del suelo para despegar en una carrera de huida. Después de mucho correr, cuando pensé que ya lo había dejado atrás y me atreví a voltear, lo vi muy cerca de mí, caminando derecho, con decisión y pasos firmes y amplios, como un Frankenstein. Respiraba hondo y rápido, resoplaba como un toro enojado.

Una vez más le metí velocidad, desesperada corrí y corrí. Parecía una pesadilla. Mientras más trataba de alejarme, más cerca lo veía, él caminaba a toda prisa casi a la misma velocidad que yo, y conforme se acercaba veía cómo iba creciendo y creciendo, como un gigante. Sentí que de un momento a otro me aplastaría, las piernas empezaron a fallarme, ya no me respondían, me temblaban, sabía de la furia de Adolfo y lo veía alcanzarme, como hipnotizado, como un *Terminator* cuyo único objetivo era aniquilarme ahí mismo, en ese patio vacío, sin nadie alrededor que pudiera salvarme.

Con un último esfuerzo di vuelta y tomé el pasillo que llevaba a la biblioteca. Tampoco había un alma, sentí ganas de llorar, estaba desesperada, ya no podía correr más. Empecé a aceptar mi

fin, cuando de pronto, allá en el fondo, sentado en las escaleras de la biblioteca, apareció un ángel: sentadito, leyendo. Ahí estaba mi salvación, mi única salvación: mi hermanito adorado.

—¡Joserra, Joserra, auxilio! ¡Adolfo el comemocos me quiere matar, sálvame, por favor!

Joserra no era nada deportista ni buen corredor. Por el contrario, prefería leer o escribir antes que echarse una cascarita. Con eso de que tenía el pie plano, se pasaba todos los recreos desarrollando el intelecto.

Al oír mis gritos, Joserra volteó. Dice que al ver mi cara entendió que de verdad estaba en peligro, y sabrá Dios de dónde le salió una agilidad casi de gacela, y raudo y veloz entró en acción. En un abrir y cerrar de ojos dio un brinco. Se plantó frente al loco deschavetado y colocando su brazo firme sobre el pecho de Adolfo lo paró en seco.

—Tú te atreves a tocar a mi hermana y te las ves conmigo —le dijo.

Adolfo no dejaba de bufar. Yo veía cómo su pecho se inflaba y se desinflaba, haciendo retroceder la mano de mi hermano a cada respiración.

—Pues dile que no vuelva a decir que me como los mocos, y mucho menos a gritarlo en clase frente a todos. Yo nunca me como, ni me he comido, ni me comeré los mocos, nunca —dijo mientras sorbía los que le colgaban de la nariz y le escurrían hasta la boca.

—Yo le digo, pero tú te das media vuelta en este preciso instante y desapareces de nuestra vista, ¿entendido?

—Brrr, brr, está bien —dijo él, furibundo, dando media vuelta entre bufido y bufido, obedeciendo a mi salvador.

Al ver que el mocososo se alejaba, me lancé a los brazos de Joserra. Mientras lo abrazaba y oía el latido desenfrenado de mi corazón, sentí temblar el cuerpo de mi hermano.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—¿Qué crees que soy de palo? ¡Estoy aterrado! No sé cómo me atreví. Estaba hecho una furia, totalmente fuera de sí —dijo, mientras empezaba a reír cada vez con más fuerza—. ¿Viste cómo le escurrían los mocos mientras me decía que él nunca se comía los mocos? ¿Viste cómo se los comió todos de un sorbido? ¡Es un cerdo!

—Déjate de eso, hubieras visto los que se comió cuando grité en el taller, eran peores, verdes y espesos —contesté casi sin poder hablar de la risa.

Así, abrazados, nos reímos y nos reímos mientras comentábamos mi cara desencajada del miedo, los bufidos del niño de los mocos, el salto de gacela de mi carnal y todos los detalles de nuestra gran aventura.



En la adolescencia Joserra fue testigo de mis primeras fiestas, de mi loca emoción en mi primer concierto de Juan Manuel Serrat. Qué día. No sólo me acompañó a hacer cola desde las seis de la mañana para comprar los boletos, sino que soportó mis gritos de fan desquiciada desde el tercer piso de Bellas Artes al ritmo de “Ése con quien sueña su hija, ese ladrón que os desvalija de su amor soy yo, señora”.

Sobrio, como era en esa época, fue mi cómplice en mi primera borrachera, en la declaración de amor de mi primer novio —su mejor amigo— y, desde luego, también fue sabedor de mi primer beso.

Fue en su hombro donde lloré y sufrí los terribles y constantes pleitos de mis padres y su trágico divorcio, y al final del doloroso episodio también compartí con él nuestra nueva vida con papá y mamá solteros: sus ausencias, sus soledades, sus nuevos novios y sus frustraciones.

Al salir de la secundaria, mi mamá me metió al Liceo Franco-Mexicano a estudiar francés y electrónica, bajo un sistema tradicional, estricto y exigente, mientras mi hermano se fue con sus cuates al Freire, la escuela activa más reventada del momento. Yo

estudiaba y me mataba haciendo tareas, mientras él se dedicaba a disfrutar la vida y a reprobar exámenes, pues dizque era filósofo; leía y leía, disertaba todo el día y parrandeaba todas las noches, hasta que mi mamá no pudo más y decidió mandarlo a España como interno.

Al parecer, Joserra había empezado a descarrilarse y andaba haciendo maldad y media con sus amigos, hasta se inició en el mundo de la mariguana y alguna cosita más.



La verdad es que mi mami no tenía tiempo para nosotros. Trabajaba todo el día para mantener a los cinco hijos, pues aunque después del divorcio mi papá le daba algo de dinero, cuando él se volvió a casar y nacieron sus dos hijas ya no le alcanzó: las mesadas disminuyeron. La situación empeoró.

De vez en cuando nos daba algo de lana, pero no era suficiente, así que vivíamos rodeados de incesantes pleitos por el dinero. Era horrible. Como Joserra y yo éramos los más grandes, mis papás nos usaban de mensajeros para mandarse recados de toda clase, reproches y quejas espantosas. Mi padre nos veía un fin de semana sí y uno no, y nosotros ya casi no queríamos, preferíamos a nuestros cuates o estudiar, incluso, para no tener que soportar las carotas de la esposa y la gran diferencia que hacía entre nosotros y sus nuevas hijas.

Nuestra adolescencia fue difícil, y Joserra empezó a dedicarse al puro reventón, hasta que mi madre perdió el control. No sabía qué hacer con él, por lo que pensó que lo mejor era que en esa etapa tan delicada tuviera una fuerte influencia masculina y decidió mandarlo a España con el tío cura, el tío Andrés, hermano de mi abuela María, mi abuela paterna. Un maravilloso personaje, un sacerdote cálido, simpático y sencillo de Canales, un pueblo de León, Castilla.

Joserra pasó allá tres años internado con los maristas, los tres años de prepa, mientras yo hacía el liceo.

Cuando mi hermano estaba de interno en aquel país, nos enteramos de que el gobierno mexicano, por iniciativa del presidente Echeverría, rompería relaciones con España, así que Joserra regresó. La ruptura nos dolió muchísimo, pues siempre nos sentimos un poco de allá; mis abuelos eran españoles, y mi padre había crecido en las juventudes franquistas de la Madre Patria, por lo que nos creíamos un poco gachupines. La tristeza fue mayor cuando nos enteramos de que la cochina Secretaría de Educación decidió no validar sus estudios españoles de bachillerato y Joserra tuvo que empezar de nuevo aquí en una escuela abierta. Como todo sucedió a mediados del año escolar, no estaba fácil conseguir escuela, así que mi tío Rodrigo, el más conservador y el más influyente de todos los hermanos de mi papá, le consiguió la entrada al Cedros, una escuela del Opus Dei, ni más ni menos. Qué horror, para sus pulgas.

Como era de esperarse, Joserra no tardó mucho en desertar de la ultraderecha y decidió irse a alfabetizar indígenas a la Selva Lacandona, en un programa del gobierno del presidente Luis Echeverría.

Lo veíamos poco y yo cada vez sabía menos de él.

Al terminar el liceo entré a la universidad a estudiar la carrera de ingeniería en electrónica y en las tardes conseguí un trabajo para sacar algo de lanita y ayudar a mi mamá, así que mi mundo cambió radicalmente. Me compré un *vochito* y me pasaba la mañana en la universidad, las tardes en la oficina –donde trabajaba de telefonista–, y en las noches, como ya era más independiente, me iba a pasear con mis amigas, salía con mi novio o con algún galán o estudiaba.

Como a los seis meses de trabajar me hice novia de Fernando, uno de los jefes de la oficina, y con él pasaba mi tiempo libre.

Estando Joserra en Chiapas, se le ocurrió explotar al Chichonal. ¡Qué suerte! Encenizado y frustrado, ahí viene de regreso a la ciudad.

Fue entonces cuando se enfrentó a una de las épocas más inestables de su vida. Yo lo veía muy poco, pues empezó viviendo un tiempo con su novia, la mejor amiga de Mariana, mi hermana. Luego, cuando esa relación tronó, se fue con un amigo, hasta que se hartaron de vivir juntos, y entonces rentó un cuarto de azotea sucio y oscuro donde decidió que se dedicaría a escribir. Así se la pasó un rato hasta que la lana ya no le alcanzó. Confundido, desorientado y deprimido, intentó varias opciones de trabajo que no le resultaron, desde vender helados en *La Siberia* de Coyoacán, hasta formar un grupo de música o corregir textos para una editorial de historietas. Ninguno le funcionó. Trató, pues, de volver a la escuela a terminar la prepa, pero no era tiempo de inscripciones y no pudo. En fin, nada se le resolvía. Fue una temporada de mucha incertidumbre para él y de mucho trabajo para mí, así que perdí la noción de su estado y de sus actividades hasta aquella noche, cuando Mariana me hizo darme cuenta de que casi no sabía nada de mi hermano.

Por el contrario, mi hermana siempre se mantuvo muy cerca de él. Es curioso, pero ahora que lo pienso son muy afines. Mariana, la tercera de los cinco hermanos y sólo un año menor que yo, estudiaba una carrera de ciencias sociales y compartía con Joserra su pasión por los indígenas y el estudio de nuestras raíces. Tenía varios proyectos de estudio en la frontera sur, así que viajaba constantemente a Chiapas, donde se encontraban cuando Joserra vivía allá. Tenían amigos comunes, incluso la mejor amiga de Mariana había sido la última novia de Joserra. Así que entendí que ella tenía más información sobre nuestro hermano.



Al llegar a la delegación de San Ángel ya estaba ahí mi tío Jorge, esposo de la hermana de mi madre, uno de mis tíos más solidarios. Él y mi tío Octavio, cuñados de mi mamá, eran como nuestros papás, nos habían cuidado siempre, y más después del divorcio.

El edificio de la delegación me pareció horrible: frío, grande, sucio y húmedo. En la entrada nos topamos con dos borrachitos recostados en un sillón todo roto. Del otro lado, tras el mostrador, estaban tres policías muy entretenidos platicando con dos señores.

–Venimos a ver a José Ramón Ramírez –dijo mi tío–. Lo detuvieron hace unas dos horas en Insurgentes, frente al monumento de la mano de Obregón, según nos informan.

–Ah, sí, el encueradito –contestó el policía.

Entre risas burlonas y divertidas los policías nos contaron que al estar haciendo su ronda lo encontraron caminando a mitad del camellón, totalmente desnudo. Al verlo, detuvieron la patrulla y le pidieron que se subiera para llevarlo a la delegación. “Tan tranquilo, como si nada, subió sus nalguitas y las depositó, así como vino al mundo, en el asiento trasero de mi *unidá*, sin oponer resistencia alguna, ni siquiera hubo necesidad de repetírselo dos veces, al contrario, al oír la orden dijo: ‘Sí, mi sargento, como usted indique’, y se subió.”

Ya dentro de la “*unidá*” le preguntaron por qué no traía ropa, a lo que les respondió que porque su novia así se lo había pedido.

–Medio mandilón el muchacho –interrumpió uno de los policías que relataban el suceso.

–A ti qué te importa –le argumentó el otro–. Perdónelo, señito, pero es que la gente no puede andar desnuda por las calles.

–Ni que fuera Jesucristo –bromeó nuevamente el que acababa de ser callado.

El primero continuó su historia sin inmutarse.

–El muchacho respondió que si así era la ley, él estaba dispuesto a cumplirla, pues nunca había pretendido violar ninguna regulación.

Desde luego, ante tales respuestas mi tío se animó a preguntar si habían notado si Joserra estaba tomado o bajo el efecto de algo extraño.

—No, señor, incluso el médico ya lo revisó. El muchacho llegó en sus cinco sentidos sin ninguna influencia de alcohol o drogas, pero el resultado de los exámenes de orina nos los darán en veinticuatro horas.

Incluso nos comentaron que respondió a todas las preguntas de forma lógica y sin traspie alguno. Que al llegar le habían informado de su derecho a hacer una llamada y que Joserra habló con mi papá, y en un tono muy normal le había explicado que la patrulla lo había encontrado desnudo en Insurgentes y que estaba detenido.

Mi padre fue a verlo, habló con él cinco minutos, le dejó unos cigarros y se retiró.

—Mi jefe está bien encabritado y dice que aquí me quede a ver si aprendo, así que váyanme encerrando o présteme p'al Ruta Cien, pues como verán no traigo ni un clavo. No les miento, es más, no traigo ni ropa donde guardar un quinto —les dijo, entre risas, después de despedir a mi padre.

Mi tío pidió permiso para pasar a verlo y darle la ropa, las cobijas y algo de comer. Mientras lo hacía, los policías nos explicaron a mi mamá, a mi hermana y a mí que se tenía que quedar sentada y dos horas, y que era lo mejor para que de verdad dejara de hacer esos *estriptís* callejeros.

—Joserra está bien, no se preocupen, hambriento y con frío, pero bien —dijo mi tío al salir.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó mi mamá.

—Ay, Macarena, ya sabes cómo son estos jóvenes, seguramente fue una apuesta o algo así. Por más que le quise sacar la verdad no lo logré. Según él, que porque una voz se lo pidió, que él venía caminando de regreso a la casa y que de repente oyó una voz, al parecer la voz de su novia, que le dijo que se quitara la ropa y que no le quedó de otra, pero te aseguro que sólo son excusas para no decirnos la verdad; te apostaría que fue un juego de jóvenes —respondió mi tío.



Joserra se quedó las setenta y dos horas en la delegación. Efectivamente, los resultados del examen de orina salieron negativos, no encontraron ningún indicio de drogas ni de nada raro.

Todos estábamos muy intrigados por el suceso y no dejábamos de buscar alguna razón lógica, pero por más que preguntamos a los amigos y a la misma novia, nadie nos supo decir nada. Esa tarde había estado normal con ella y al anochecer se había despedido como siempre.

No fue sino hasta el día en que fuimos a recogerlo, cuando tuvimos el primer indicio de lo que sería la peor pesadilla de mi vida.

Al firmar la hoja de salida, el doctor de la delegación en turno nos llamó a un privado y le dijo a mi mamá:

—Señora, creo que su hijo sufre de alucinaciones auditivas. Le recomiendo que inmediatamente lo vea un especialista. Mientras estuvo con nosotros, en dos ocasiones apareció la famosa voz que hacía que su hijo se comportara de manera extraña. La primera, estando ya todos dormidos, se paró de pronto de la cama a pedir un pan con cajeta con gran desesperación, decía que su novia le ordenaba que comiera pan con cajeta porque estaba muy flaco. La segunda, le quitó el peine a su compañero del separo cuando éste se peinaba. Al escuchar los reclamos del otro detenido, que le exigía la devolución de su peine, su hijo argumentó que no podía, pues su noviecita le decía que en la cárcel no se debían peinar, que la cárcel era un castigo y no debían andar de vanidosos... Su hijo no habla solo, señora, habla con alguien que no existe, y eso, señora, se llama locura —concluyó.

LA LOCURA

A la mañana siguiente, a primera hora, mi mamá se pegó al teléfono. Llamó a todos sus conocidos y familiares en busca de un buen psicoanalista. Quería al mejor. Después de mucho preguntar, por fin se decidió por uno en la colonia Guadalupe Inn. Según recuerdo, lo recomendaron tres o cuatro personas como alguien de reconocido prestigio.

Cuando me habló a la oficina para decirme que al fin había conseguido cita con uno de los mejores doctores de todo México, pedí permiso para salir dos horas antes. Pasé a la casa por mi madre y mi hermano y los llevé al consultorio del famoso doctor. Llegamos en punto de las siete; ya estaba oscuro. Un señor de aspecto bonachón, con cabellos y bigote canosos, salió a abrir la puerta y nos hizo pasar.

En la casa no había nadie más. Mi mamá y Joserra entraron con él a un cuarto, que al parecer era su consultorio, mientras yo me quedaba en una sala de espera que poco a poco se fue inundando con imágenes que brotaban de mi agitada cabeza.

“Ojalá no sea locura –me decía–. No puede ser. ¿Qué es locura? ¿Qué significa estar loco? ¿Por qué estamos aquí?”, me preguntaba sin cesar.

Las escenas de *Atrapado sin salida* empezaron a llegar a mi memoria: la operación de Jack Nicholson en aquella clínica mental donde lo descerebraban y lo dejaban en calidad de vegetal.

Su cara de desquiciado llenaba el cuarto. Yo cerraba los ojos y veía el bisturí penetrando en la piel de la frente para abrir la cabeza en dos, hurgar un rato y despojarlo cuidadosamente de la

materia gris. Respiré profundo tratando de borrar la operación del escalofriante personaje de mi memoria, pero las escenas siguieron. Apareció la camisa de fuerza, la inmensa aguja penetrando la vena del brazo fuerte que se resistía, sus ojos profundos, fríos, perdidos.

Todos los locos de la película salieron en ese momento del papel tapiz, de la alfombra, de las lámparas y de los cuadros para hacerme compañía en esa helada sala de espera. Me levanté sobresaltada del sillón.

“Lo de mi hermano no es locura. Locos los doctores que drogan a los enfermos para mantenerlos tranquilos y que no den lata. Mi hermano está cuerdo. Seguro que el doctor de la delegación es un ignorante, si no, no estaría ahí, burócrata, mediocre. ¡Qué locura, ni qué nada! Conociendo a Joserra, estoy segura de que lo del pan con cajeta y lo del peine lo dijo para divertirse y burlarse de los polis y de los otros detenidos. No hagas caso del diagnóstico. ¡Ya párale! No pienses en eso, relájate”, me repetí.

Tomé una revista de la mesa de centro y empecé a hojearla.

De pronto la sonrisa radiante de la bella modelo de la portada empezó a desvanecerse hasta desaparecer. Ahora estaba en una profunda depresión. También ella, después de un rato, terminó encerrada en una clínica para enfermos mentales.

“Ja, ja, ¿ya ven cómo todos pueden estar locos? Denles somníferos y drogas, muchas drogas, y solitos enloquecen. Ésta quiere morir al no ser la más bella, la más delgada, al no poder con la celulitis, al verse envejecer. Sí, hasta ella, la más resplandeciente, la más sana, la más deseable, puede acabar bien loca. Todos somos locos.” Me imaginaba a esa pobre chica caminar por las zapaterías y las tiendas limpias y ordenadas que anunciaba la revista. Se paseaba entre las páginas arrastrando los pies, con los ojos fijos en el vacío, la cabeza sin vida, caída, derrotada.

El cuarto oscureció más, y de ese espacio sin vida salieron todos los locos.

“Todos estamos locos –me dije–. Todos somos iguales, un poco locos.”

“¿Qué es la razón? Nadie lo sabe. Ni siquiera aquellos de la bata blanca, por más que tratan de aparentar coherencia. ¿Quién les dijo que su comportamiento es normal? ¿Quién es el loco? ¿El de la bata blanca o el de la camisa blanca? ¿El que evade la realidad de un mundo frío, material e insensible escondiéndose en su mundo cálido y acogedor de sueños y fantasías? ¿El que se esconde y evade su realidad en el trabajo sin permitirse disfrutar las maravillas de la vida? ¿El que hace la guerra y mata niños y personas inocentes por el poder y la ambición?”

Deambulé por los diferentes nosocomios que venían a mi mente y atestigüé las espantosas prácticas que realizan “los normales” en esos lugares. Crueles experimentos que provocan los más altos grados de dolor que es capaz de soportar el ser humano. Torturas físicas y psicológicas a través de medicinas nuevas que provocan reacciones inesperadas y en algunos casos hasta la muerte. Electrochoques sin anestesia. Técnicas experimentales, como si fueran animales o seres insensibles. Tratamientos sanguinarios y espantosos.

Con cada imagen perdía más la razón.

¿Eso le harán a mi hermano?

La mesa de centro empezó a tomar la forma de un jardín. Yo estaba sentada en una banca de fierro blanca frente a un árbol detrás del cual apareció mi hermano. Caminaba hacia mí envuelto en una bata blanca, su cabeza rapada me dejó entrever una gran cicatriz a lo largo de la frente. Con la mirada perdida reía a la nada, sin reír siquiera.

Todo se me vino encima. Las caras de los locos se mezclaban, los ojos fijos en el vacío, las cabezas sin fuerza, vencidas, los brazos lánguidos, los pies arrastrando aquellos cuerpos inertes que, una vez desnudos, vibraban en las camillas con los cables en el cerebro. Bisturíes, camisas de fuerza, amarres a las camas, sadismo y sufrimiento. No, no, no.

Alcancé la puerta casi sin aire y salí a la calle. Necesitaba oxígeno.



Cuando vi salir a mi mami y a José Ramón me sentí aliviada, todo era producto de mi fantasía.

–¿Qué dijo el doctor? –pregunté.

–Que hay que regresar mañana, no puede emitir un diagnóstico con una simple entrevista.

Durante cinco tardes consecutivas acudimos al médico a llevar a Joserra. Todos esos días los fantasmas me acompañaron en la sala de espera y algunos me persiguieron hasta mis sueños. El último día Joserra entró solo a consulta. Mi mami se quedó conmigo afuera, espantando así mis alucinaciones.

–Mami, ¿cuándo crees que sepamos qué pasa? De verdad, dime, ¿crees que Joserra está loco? –pregunté.

–Ay, hija, no es lo que yo crea sino lo que el médico diagnostique. Y, al parecer, tu hermano tiene problemas serios.

–Pero si se ve bien; yo lo veo normal.

–Así es la enfermedad, en un principio sólo se manifiesta en algunos momentos, pero ahí está y puede ir empeorando.

–¿Qué enfermedad?

–Esquizofrenia –dijo mi madre con un nudo en la garganta.

–¿Qué es exactamente? ¿Es curable? –insistí.

–Al parecer es como un conjunto de enfermedades mentales que se caracterizan por una disociación de la personalidad. Es decir, la personalidad se desintegra, se separa, no funciona como un todo, ¿entiendes?

–No, no entiendo nada, ¿es peligroso?

–Sí. En algunos casos llega a ser incurable. Tu hermano tiene alucinaciones auditivas y olfativas, oye voces y huele cosas que no son reales. Se está haciendo todo lo posible por curarlo, pero es

difícil... Lo más probable es que necesite un tratamiento largo y quizás hasta pasar un tiempo en una clínica.

—¿En qué clínica? ¿En un manicomio, donde lo van a enloquecer de verdad? Mami, por favor no seas ridícula, mi hermano no está loco. Yo lo he visto todos los días desde que salió de la delegación y está perfectamente, tan loco como tú o como yo. ¿Qué pretendes? ¿Otra vez quieres deshacerte de él como cuando lo mandaste a España? ¿Vas a inventar algo cada vez que no sepas qué hacer con él? —grité, desesperada.

—¡Cállate, cállate inmediatamente! —gritó mi madre—. ¿Cómo te atreves? No te permito que vuelvas a decir eso. Nunca, ¿me oyes? Nunca. Jamás he pretendido deshacerme de ustedes, de ninguno, los adoro, es lo único que tengo en la vida y sólo quiero lo mejor para cada uno —dijo, abrazándome mientras yo lloraba sin parar.

—Perdón, perdón, mami, pero es que mi hermano no está loco, de verdad, cree en mí, no está loco. No lo vayamos a encerrar. Busquemos otra opinión. En esas clínicas los operan, los descerebran, experimentan con ellos, lo van a enloquecer de verdad. Yo lo sé, lo he visto en las películas.

—No digas tonterías, no todo lo que pasa en las películas es cierto, a veces es pura ficción. Vamos a ver qué dice el doctor. Desde luego que haré todo antes de internarlo, pero entiende que si está enfermo hay que curarlo —y tomando mi cabeza en sus manos me acarició el cabello y siguió hablando—. Hija, tu hermano está en manos de un verdadero especialista, uno de los mejores, ¿entiendes? Al parecer, las voces que oye son terribles, le dicen cosas horribles, muy dolorosas, lo lastiman; tampoco podemos permitirlo, está sufriendo, sufre mucho, entiéndelo —concluyó con esa voz firme que no daba espacio para más discusión.

LAS VOCES

Esa noche regresamos los tres a la casa, casi sin hablar.

Al llegar nos sentamos a cenar todos juntos: Joserra, Mariana, José Felipe, Lola, mi mami y yo. Ya en la mesa, sucedió algo horrible.

Inesperadamente, Joserra empezó a atragantarse con todos los bolillos de la panera. Los agarraba, los mordía desesperado y los aventaba.

–No puedo más rápido, no puedo –decía en voz muy alta con la boca llena de migajón, mientras escupía la mitad y agarraba otro pan para metérselo en la boca.

–¿Qué pasa? Joserra, ¿qué haces? –preguntó Lola, mi hermana la más pequeña, que lo veía con esa carita suya tan llena de sorpresa.

Mariana quitó la panera y se la puso en las rodillas.

–¿Estás loco o qué? –preguntó.

Mi mamá se levantó a abrazar a Joserra, pero éste se lanzó sobre Mariana a quitarle la panera. De un golpe se la arrebató y se sentó en el suelo a comer.

De pronto empezó a gritar:

–¡Mamá, sálvame, dile que me deje, que no puedo comer más, que voy a reventar! Quiere que engorde, quiere verme como un cerdo, eso es lo que quiere, no se da cuenta de que me estoy ahogando. ¡Mamá, me quiere matar! ¡Óyela!, ¡óyela!, quiere que coma más pan, ya no puedo, voy a volverme un barril ¿Por qué quieres que sea un cerdo? ¿Por qué quieres verme comer así? –gritaba al aire.

Todos estábamos petrificados. Sólo mi madre reaccionó y sentada junto a él en el suelo, le dijo:

–Joserra, lo que oyes no es real, no le hagas caso, hijo, no lo oigas.

De pronto, José Felipe, mi hermano menor, se levantó. Sentándose también en el piso, lo abrazó.

–Joserra, todos estamos aquí y te queremos. Tranquilízate, hermano, no hagas caso a las voces, por favor escúchame a mí.

Mi mami también lo abrazó y todos nos acercamos a apapacharlo. Joserra se calmó y se dejó abrazar, respiraba profundamente mirando al suelo. Mariana, Lola y yo llorábamos sin parar, estábamos muy impresionadas. De pronto, Joserra protestó.

–Suéltense, tengo que echar todo el pan que me comí, si no, voy a engordar.

Levantándose de un sopetón, se desabrochó los pantalones, se los bajó de un tirón y se puso a defecar sobre el plato de la cena que estaba sobre la mesa.

Quedamos inmovilizados, sentaditos en el suelo, sin entender qué sucedía. Yo sabía que eran las voces, mi madre me lo había explicado, pero mis hermanos chicos no sabían nada. Debieron pensar que era un juego.

–¿Qué haces? –gritó José Felipe–. ¿Estás loco?

–Sí, sí estoy loco, ¿no ven que mi mamá me quiere encerrar? Quiere llevarme a un manicomio porque estoy loco, estoy loco y puedo hacerles daño. Soy un monstruo cavernícola que no sabe usar el baño, vean esto –decía mientras obraba sobre el plato de comida.

José Felipe brincó sobre él para detenerlo, pero Joserra corrió al balcón y sacó una pierna por el barandal para aventarse al vacío.

Vivíamos en un tercer piso y la altura era considerable, así que José Felipe se detuvo por completo en la puerta del balcón.

Medio desnudo como estaba, con una pierna fuera, Joserra empezó a gritar:

—¡Me voy a matar, me voy a aventar y los dejaré libres para que no tengan que avergonzarse de mí, de su hermano el loco, el inútil!

—Tranquilo —gritó mi madre—. Aléjate del balcón y métete inmediatamente.

—¿A quién le hago caso? ¡No griten las dos al mismo tiempo! —decía mientras se tapaba los oídos.

—Sólo estoy hablando yo, no hay nadie más. La otra voz es tu imaginación, véme, hijo, voltea, soy yo la que te estoy hablando —le repetía mi madre.

—No, mamá, ella está otra vez aquí, la voz. ¿Oyen la voz? Me dice que me aviente, que me mate, que no valgo nada, que soy un inútil, que ni la prepa he podido terminar. Tiene razón, ¿para qué sirvo, si mi vida es un estorbo para todos?

Entonces Joserra se lanzó hacia el barandal dispuesto a saltar al vacío.

—¡Se va a matar! —gritó Mariana.

En el mismo momento que Joserra se impulsó hacia adelante para aventarse, sin darme cuenta cómo, mi mamá dio un paso hacia él y de un jalón lo atrajo hacia dentro. Cayeron los dos al piso. Mi mami se incorporó en un instante y le dio una fuerte cachetada que lo paralizó.

Clavando sus ojos en los de mi hermano, con esa voz y esa mirada que sólo ella tiene y que te taladra hasta lo más hondo, mi madre le dijo muy despacio, con los dientes apretados y deletreando cada sílaba con voz firme y seca. Clavándole en lo más profundo de su ser cada vocablo:

—Cálmate. Te me calmas en este mismo instante. No estás loco. Estás muy perturbado, te voy a dar una pastilla para que te calmes y te la vas a tomar, ¿me entendiste?

Joserra rompió en llanto.

—Mamá. ¿Qué voy a hacer? Mi vida no ha sido más que una cadena de pequeños fracasos. Mírame como estoy. ¿Qué caso tiene seguir viviendo?

Mi mamá lo tomó en brazos y como a un niño chiquito lo llevó a la sala y lo sentó en el sillón, mientras le repetía:

–Tranquilo, respira, calmado, ya pasó todo, todo está bien.

Nos sentamos alrededor de Joserra en un denso silencio, mientras mi mamá fue a buscar el medicamento.

“Ay, nanita, que no se tarde, no se vaya a levantar de nuevo”, me dije. Tenía pavor de que Joserra volviera a tener un arranque, y perdiéramos el control. “Ojalá que mi mamá se apure, no sé cómo se va tan campante y nos deja aquí solos con él. ¿Por qué no me pidió que fuera por las cochinas pastillas? Sólo a ella se le ocurre dejarnos aquí en este momento.”

–Por favor, ayúdenme, quítenme estas voces, ya no puedo, ya no aguanto, de verdad me estoy volviendo loco, por favor hagan algo –dijo mi hermano, colocando la cabeza entre sus manos. Se veía tan indefenso que me acerqué a abrazarlo.

–Mabel, no dejes que me lleven al manicomio, me quieren poner una camisa de fuerza, ya me lo dijo el doctor, que si no coopero me van a amarrar, por eso prefiero morir. Mariana, tú me conoces mejor que nadie. Me van a volver loco si me encierran, seguro me van a dar toques en la cabeza, no podré soportarlo, ayúdenme, quítenme estas voces, por favor, por favor –decía mientras se tapaba los oídos. Luego buscaba a José Felipe para abrazarlo y pedirle lo mismo.

“Que ya se calle, ya no lo soporto, no deja de decir lo mismo, parece disco rayado, me está volviendo loca, que ya no siga, ya basta. Mamá, ¿qué haces? Por favor, regresa, apúrate, no se vaya a levantar”, suplicaba para mis adentros.

Aquello debe haber durado unos cuantos segundos, pero a mí, hasta la fecha, me siguen pareciendo siglos.

Por fin regresó mi madre con la dichosa pastilla.

Joserra se la tomó y al poco rato todo volvió a la calma.

Esa noche mi mamá le habló al doctor para contarle lo que acababa de pasar y al colgar me dijo:

—Mañana no vas a la universidad. Hay que llevar a Joserra al doctor a primera hora.



Vivíamos en un departamentito de tres recámaras. Una de las habitaciones la compartíamos Mariana, Lolis y yo con un arreglo de unas literas de madera para ellas y una cama individual para mí. La otra recámara era de mis dos hermanos y la tercera de mi madre.

—Lo van a encerrar, lo sé, lo sé —me dijo Mariana, ya a solas en el cuarto—. Mabel, no hay que permitirlo, no lo lleves, le van a dar electrochoques y esas cosas, lo van a matar. Piensa lo que vas a hacer, no seas cómplice, no lo hagas.

—¿Qué está pasando? Explíquenme por favor, tengo miedo —dijo Lolis llorando mientras abrazaba al *Nefasto*, nuestro perro *cocker*, que estaba muy nervioso.

Lola era la más pequeña, tenía apenas doce años, y desde el divorcio de mis padres, a mis ocho años, Lola había sido mi responsabilidad. Como mi madre trabajaba todo el día, y a veces toda la noche, a mí me tocó llevar a Lola a la escuela hasta que aprendió a irse en camión con José Felipe. Por la tarde veía que comieran e hicieran la tarea, y dos veces a la semana me tocaba llevarla a su terapia, pues tenía dislexia y se le dificultaba aprender a leer y escribir.

Con tan sólo veintiún años, yo era toda una jefa de familia desde hacía mucho, una buena hermana mayor. Parte de mi infancia y adolescencia se me pasó en el cuidado de mis hermanos, sobre todo de los más chicos, así que me había ganado su confianza, su respeto y su cariño, por lo que no me fue difícil tranquilizarlos.

—No pasa nada, duérmanse las dos, no lo hagamos más difícil. Mañana el doctor nos dirá qué es lo que más nos conviene. Acuérdense de que estamos en manos de uno de los mejores en su

género. Sólo él sabrá qué hacer. No dejaré que le hagan daño a Joserra, confíen en mí –les dije al tiempo que apagaba la luz.

Tardé mucho en dormirme y fue lo peor que pude haber hecho. La noche fue una permanente pesadilla. Me veía entre locos que me perseguían con un bisturí y me querían operar, veía a mi hermano como en las imágenes de la sala de espera del doctor, deambulando en el jardín, rapado y con la mirada perdida.

En uno de los sueños yo caminaba por el pasillo de la universidad, cuando Joserra sorpresivamente me saltó a las piernas desde una coladera y, mirándome desde el suelo con esa cara de enloquecido, apretándome fuerte, me gritaba: “No estoy loco, no me dejes aquí, llévame contigo”.

Me desperté empapada y muy sobresaltada. Al ver que sólo era un sueño, traté de calmarme. Fue entonces cuando me di cuenta de que me había hecho pipí en la cama. Estaba toda mojada. Al prender la luz para cambiar las sábanas, oí los sollozos de Lolis. Con la cara sobre la almohada, mi chiquita lloraba sin parar. Me metí a su cama, nos abrazamos, y así, llorando sin consuelo, nos sorprendió el amanecer.

LO INESPERADO

Tempranito en la mañana nos levantamos como cualquier día normal. Yo casi no había dormido, así que el mundo me parecía sombrío y gris, pero como si nada hubiera pasado la noche anterior, nos bañamos, desayunamos y salimos rumbo al consultorio. Al llegar, como a eso de las diez de la mañana, el doctor hizo pasar a mi mamá sola. Eso nunca había sucedido, siempre entraba con Joserra y últimamente él ya entraba sólo.

“Seguro querrá comentar con ella lo de anoche o decirle algo sobre la enfermedad de Joserra que no debemos saber nosotros”, pensé.

José Ramón se quedó conmigo en la sala de espera. Era la primera vez que compartíamos la cueva de los fantasmas y me empezó a dar terror que se atrevieran a visitarnos. “Donde se nos aparezcan los dementes de esta habitación, Joserra puede volver a enloquecer al verlos, pensará que son sus alucinaciones o sus voces”, me dije.

Durante un buen rato ninguno de los dos pronunciamos palabra. Como hipnotizado, Joserra miraba fijamente un cuadro en la pared. Empecé a dudar si no estaría ya compartiendo el espacio con mis amigos los locos de la sala de espera. Yo no los había visto salir de sus rincones, así que seguí rogando para que no aparecieran.

—¿Traes cigarros? —me preguntó de pronto.

—Acuérdate de que ya no fumo —contesté.

—Pero podías traer, ¿o no?

—No veo por qué, si ya dejé de fumar sería ridículo traer para ver a quién se le ofrece, ¿no? Si a alguien se le antoja, que se pague su vicio.

—A eso quería llegar, eres muy “abusada”, hermanita. ¿Me prestas para comprarme unos? Necesito un cigarro y para variar no traigo ni un clavo.

—Sí, claro que te presto —dije, sacando un billete de cien pesos de mi bolsa.

—Voy a la esquina a comprarlos. ¿Quieres algo?

—No, nada, gracias.

Lo vi salir con ese caminar tan suyo, el cuerpo inclinado hacia adelante, medio encorvado, pasos grandes como los de mi padre, las manos en los bolsillos del pantalón y la cabeza mirando el piso. Se veía triste. De seguro se sentía bien deprimido.

Busqué una revista, pero eran las mismas que ya había visto una y otra vez, nada nuevo, así que fui al *vocho* por mi libro. Al salir vi a Joserra fumando en la esquina. Alto, robusto, atractivo como era, permanecía recargado en un coche. Pensativo, inhalaba el cigarro con fuerza y exhalaba grandes bocanadas de humo, siempre con la mirada en sus zapatos. Alcancé a ver su boca ancha, de labios carnosos. Adiviné sus ojos profundos y llenos de pasión. No era un niño bonito. Por el contrario, era un hombre fuerte, con personalidad, muy varonil, muy interesante.

“Pobre Joserra, ahora que está tan lúcido ha de estar pensando en todo lo que se está deliberando allá adentro entre mi madre y el doctor. Sabe perfectamente que se está tomando la gran decisión sobre su futuro. Qué horror, no hay nada peor que la incertidumbre, no quiero que lo encierren, pero tampoco quiero vivir más escenas como la de anoche. ¿Qué será lo mejor? ¿Cuál será la solución? Ay, no sé, ahorita no puedo ni pensar, estoy muy desvelada y sin ánimos, fue una noche espantosa y nos espera un día peor. Que sea lo que tiene que ser y punto.”

Regresé a la salita y me clavé en mi libro. Aunque leer siempre ha sido una de mis pasiones y el libro estaba buenísimo, como a las dos páginas me quedé totalmente dormida recargada en la pared. Me desperté con el ruido de los pasos de mi mamá al salir

de la oficina del doctor, como una hora después. Cuando preguntó por Joserra me di cuenta de que no había regresado.

—Está fumando allá afuera, voy por él —dije.

Salí a buscarlo, pero no lo encontré.

Pregunté en el puesto de periódicos que estaba frente al lugar donde lo había visto la última vez.

—Sí, seño, ahí nomás estuvo recargado fumando un buen rato, pero ya hace como media hora que jaló pa' Insurgentes —me dijo el vendedor.

Al regresar hacia el consultorio vi a mi mamá y al doctor en la calle.

Con su simple expresión entendí que algo grave había sucedido.

—¿Se fue? —preguntó el doctor.

—Sí, parece que se fue hacia Insurgentes.

—En el estado en que se encuentra podría ser terrible. Señora, debemos encontrarlo. Yo me quedaré aquí por si regresa, usted vaya a pie a buscarlo y que su hija vaya en coche a peinar la zona. Es muy importante que lo encuentren y lo traigan, es peligroso que ande solo, puede suceder algo irreparable.

Antes de que terminara de hablar, mi mamá ya había emprendido la carrera hacia la esquina. Yo me subí al coche y arranqué en sentido contrario para buscarlo en los alrededores.

Conocía bien la colonia. Ahí habíamos vivido un largo periodo de nuestra juventud, así que pensé que a lo mejor se había ido a nuestra antigua casa. Manejé hacia allá. Al llegar, me bajé del carro y recorrí cada rincón de la cuadra con la vista, pero nada, no lo vi por ninguna parte.

“Seguro se fue al Juglar —me dije—, con lo que le gusta leer, por ahí ha de estar husmeando entre los libros.”

Después de revisar toda la librería y la cafetería, me atravesé la calle y me metí a la iglesia. Ninguno de los dos éramos católicos, más bien éramos bastante ateos, pero a lo mejor en la confusión o

la desesperación le había dado por ir a encomendarse a Dios. Nada, ni rastro. Tomé el coche de nuevo y despacito empecé a recorrer cada una de las calles cercanas.

Después, aburrida de tanta vuelta, crucé Insurgentes hacia la Florida y manejé hasta el Freire, el colegio donde Joserra había estudiado la secundaria.

—Ah sí, *el Sapo*, cómo no —recordó el portero cuando le pregunté por José Ramón Ramírez. Así le decían en la escuela, pues caminaba zambo, como un sapo, además, cuando montaba en la bici y pedaleaba, lo hacía con las piernas totalmente curvas, en verdad parecían las zancas de un renacuajo.

—No, seño, creo que anda por España, hace mucho no sé nada de él, no ha venido por acá, pero si lo ve dígame que se le extraña, que se acuerde de nosotros, que lo esperamos aunque sea pa' las fiestas de ex alumnos, que no nos olvide.

Subí de nuevo al coche y llegué hasta Sanborns San Ángel, pensé que a lo mejor con su cigarro se le había antojado un café, pero ni huella.

Atravesé hacia el monumento de la mano de Obregón, donde tantas y tantas veces habíamos jugado más jóvenes. Me bajé y recorrí el parque. Tampoco.

Tomé Miguel Ángel de Quevedo y fui hasta Gandhi, su librería favorita. Revisé cada rincón, sin éxito. Salí y me asomé en cada banco del parque que está en la esquina, donde a veces se sentaba a leer, pero no tuve suerte. Por más de cuatro horas recorrí toda la zona, la Guadalupe Inn, la Florida, San Ángel y sus alrededores.

Durante la búsqueda varias veces me crucé con mi madre y con el doctor. Al vernos nos preguntábamos si había noticias.

—¿Nada? —era la pregunta.

—Nada —era la parca respuesta.

Como a las tres de la tarde, cansados y derrotados, nos encontramos por fin los tres nuevamente en el consultorio.

La angustia y la preocupación se habían apoderado de mi madre. Con el ceño fruncido, los dientes apretados y la mirada seria no dejaba de frotarse las manos o morderse las uñas.

—¿Qué hacemos, doctor, qué hacemos, qué podemos hacer, qué sugiere? —preguntaba sin dar tiempo a la respuesta.

—Hay que encontrarlo cuanto antes, señora —dijo el doctor—. Llame a los amigos, a la familia, vaya a los lugares que usualmente frecuenta, comuníquese a Locatel, en fin, haga lo que tenga que hacer para que aparezca. Su hijo no está bien y no estoy seguro de cómo pueda reaccionar en el estado en que se encuentra —repitió—. En cuanto sepa algo, llámeme de inmediato. Estaré esperando.

A partir de ese momento y durante las siguientes dos semanas nuestras vidas sólo tuvieron un objetivo: encontrar a mi hermano.

LA BÚSQUEDA

En cuanto llegamos a la casa mi mamá empezó a llamar a todos los amigos, familiares, vecinos y conocidos para preguntar por él. Pero no conseguimos ni media palabra sobre su paradero. Nadie lo había visto ni había hablado con él.

A cada respuesta negativa los nervios de mi madre se crispaban más y más y al parecer sólo se tranquilizaba con la movilización de su ejército, así que no paraba de dar órdenes.

—Mariana, vete a casa de *el Cuco* a ver si está allá o si saben algo. Mabel, tú vete a ver a su novia y date un vuelta por el centro de Coyoacán a ver si anda por ahí. José Felipe, tú y Lola recorran las calles cercanas a ver si se lo topan. Abran bien los ojos, porque puede estar sentado en una esquina, en un parque, en la banqueta o deambulando por ahí. Mariana, de regreso pasa a la tienda de don Arturo y pregunta si lo vio. Mabel, consíguate los teléfonos de sus compañeros del Cedros. José Felipe, antes de irte revisa bien el cuarto, esculca su ropa y sus cajones a ver si encuentras algo que nos dé una pista de dónde pueda estar. Lola, avísale al cuidador de la entrada que si lo ve pasar nos avise.

Como a eso de las siete de la noche se le ocurrió una nueva idea.

—Mabel, búscate una foto de tu hermano, pégala en una hoja de papel y escríbele: “Se busca, joven enfermo, vestido con pantalón de mezclilla y camisa a cuadros blanca y azul, de veintidós años. Responde al nombre de José Ramón Ramírez. Alto y robusto, de un metro setenta y cinco centímetros y ochenta kilos”. Le pones nuestro teléfono y le sacas varias copias. Pégala en los postes

de Coyoacán, repártela en la delegación y por casa de su novia y sus amigos, cerca de la escuela y donde consideres que puede andar –me ordenó.

–¿Ahorita, ma? Ya es bien tarde, no dormí nada y estoy supercansada, todo el día me has traído de arriba para abajo, mejor mañana en la mañana, ¿no?

Realmente me parecía un exceso, aunque no me extrañaba, pues mi madre siempre era así de aprensiva y exagerada, y más tratándose de sus hijitos, sus polluelos. Lo sabía. La mamá gallina no iba a permitir que nos durmiéramos si no estábamos todos en el corral bajo sus alas y su protección.

–¡Dije ahorita! En este preciso momento –repitió dando un golpe sobre la mesa–. Apúrate y no te tardes, que si para cuando regreses no hay noticias vamos a tener que ir a las delegaciones, a Xoco, a la Cruz Roja y a todos los hospitales a buscarlo, así que más vale que empieces inmediatamente. Voy a volver a llamar a Locatel, y a seguir insistiendo con los amigos. Llámame cada media hora para saber que estás bien y por si hay noticias.

Le pedí a Mariana que me acompañara, y hasta las once de la noche nos dedicamos a pegar y repartir letreros en todos los lugares donde se nos ocurrió.

Al regresar, mi mamá ya me estaba esperando para iniciar el recorrido por todas las delegaciones y hospitales cercanos, preguntando por mi hermano. Sin novedad alguna volvimos al salir el sol.

Los días siguientes no fueron mejores. Las escenas de la búsqueda se repetían y se repetían, con mayor insistencia y desesperación.

A los tres días de la desaparición de mi hermano, mi madre decidió cambiar de médico. Al parecer, alguien la había convencido de que el doctor con el que habíamos estado no era tan bueno, pues no se había dado cuenta del estado de mi hermano. Lo había dejado escapar. Lo lógico hubiera sido medicarlo desde el

principio, para evitar que en sus ratos de buen juicio reaccionara así. Ése había sido un gran error. Así que mi mamá buscó a otro.

Al hablar con el doctor de la Guadalupe Inn para solicitarle el expediente y explicarle que cambiaríamos de médico, éste aceptó y reconoció que el nuevo doctor era una eminencia. Hasta se ofreció a hablar con él para darle su diagnóstico. Mi madre se lo agradeció y aceptó.

—El doctor Vargas Elías es un verdadero especialista en esto de la esquizofrenia, señora. Ha sacado a varios pacientes adelante y estoy seguro de que si José Ramón aparece, lo va a ayudar mucho. Lo que ustedes realmente requieren es un psiquiatra, no un psicólogo como yo —dijo al entregarnos el sobre amarillo con el expediente de mi hermano—. Como se lo comenté la última vez que nos vimos, a estas alturas su hijo requiere medicamento, no sólo terapia, y no soy el indicado para recetarlo, así que es muy conveniente que cambie de doctor. Y Vargas Elías es uno de los mejores.

Con el sobre en mano fuimos a ver al nuevo doctor. Sólo con ver su oficina me sentí mucho mejor. Su consultorio era una maravilla, estaba en el séptimo piso de un edificio en Insurgentes, cerca de Barranca del Muerto, y era una verdadera elegancia. Al abrirse el elevador me sorprendió la vista, la luz y la limpieza. Arreglado con una acogedora alfombra y rodeado de ventanales, por el pasillo nos adentramos en un cuarto recubierto de madera fina muy bien barnizada. Al llegar a la salita de espera me percaté de que carecía de fantasmas. En su lugar me encontré una pecera divina llena de alegres pececitos de colores que nadaban entre piedras, conchas y un barquito encallado. Sobre la mesita de la esquina había una lámpara que simulaba una fuentecita que dejaba escapar el hermoso sonido tranquilizador del agua al caer. Una secretaria sonriente y amable nos recibió y nos ofreció algo de tomar. Mientras esperaba a mi madre con un refresco en la mano, noté la comodidad de los sillones y sobre todo la variedad de

revistas en la mesa de centro, muy bien acomodaditas alrededor de una dulcera llena de chocolates, chicles, chamoys, paletas y chiclosos. Después de una hora de hojear algunas revistas y saborear algunos dulces, por fin salió mi mami con el doctor.

Alto, delgado y elegante, caminaba y vestía como un lord inglés, con pasos suaves que dejaban lucir su chalequito de *cashmere* bajo su saco jaspeado. Un hombre maduro y con mucha personalidad.

—Hasta luego, señora, manténgame al tanto de cualquier cosa, quedo en espera de sus noticias —dijo con voz firme y serena que me hizo sentir muy tranquila.

—Nos vemos, Mabel, por favor ayuda a tu mamá y no dejes que se desespere, vamos a encontrar a tu hermano y lo vamos a curar —me dijo bajito mientras me daba la mano y me acariciaba la cabeza.

“Guau, hasta mi nombre se sabe, éste sí es un doctor de verdad, se ve seguro de sí mismo y conocedor. Este señor sí va a curar a Joserra, ahora sólo falta que aparezca”, pensé.



Al octavo día por fin tuvimos noticias. Supimos que Joserra estaba o había estado en casa de *el Cuco*, su carnal del alma, su amigo de la infancia.

El señor de la chocolatería de enfrente de la casa de *el Cuco* nos avisó. Se enteró por los anuncios que repartimos Mariana y yo aquella noche, y como habíamos sido buenos clientes mientras vivimos en Coyoacán, se animó a hablarnos para decirnos que su hija lo había visto entrar a casa de *el Cuco* esa mañana.

Por más de cinco años vivimos frente a la chocolatería. Cada vez que a mi mami le daba el nervio o la depresión, nos mandaba a comprarle chocolates y mazapanes, así que el señor nos conocía muy bien y nos quería mucho. Incluso en algunas vacaciones

nos dejó ayudarlo en la fábrica. En esa época mi mamá era locutora de televisión y se la vivía a dieta, cuidándose de no engordar.

—Por ningún motivo me vayan a traer chocolates, ni aunque les ruegue. Acabo de empezar una dieta de puros jugos, así que les doy cinco pesos si no me compran ni una sola golosina en toda la semana —nos decía el domingo.

Su fuerza de voluntad era mucha —no como la mía, inexistente—, pero llegando el viernes o el sábado le entraba el hambre, y entonces la oferta subía a diez o quince pesos si le traíamos aunque fueran cien gramitos de chocolates y uno o dos mazapanes.

Aprendimos a resistirnos a sus chantajes hasta conseguir sacarle veinte o veinticinco pesos, y en cuanto nos los daba corríamos sin ningún remordimiento a comprarle sus chocolates para saciarle el ansia.

Cuando el señor de la fábrica de chocolates nos llamó, inmediatamente salimos a casa de *el Cuco* a buscar a José Ramón. *Cuco* entreabrió la puerta y asomó la nariz, pero no nos dejó pasar. Desde ese pequeño orificio nos dijo que Joserra le había contado que lo queríamos encerrar y que no lo iba a permitir, que estaba bien resentido con nosotras y no pensaba regresar a la casa. *Cuco* también estaba indignado. Después de mucho insistir en que nos dejara ver a mi hermano, nos reclamó el trato que le estábamos dando al creerlo loco. Le recordó a mi madre que por su culpa Joserra era un inadaptado, que al no saber que hacer con él lo había mandado de recluso con los sacerdotes a España y lo había separado de sus amigos, que él no lo iba a traicionar como su familia, que él era su carnal. Fue muy duro con nosotras, pero mi madre no perdió la calma. Trató de convencerlo de que nos dejara pasar a verlo, pero no logró nada. Le explicó que no lo íbamos a encerrar, que no se había tomado ninguna decisión, que lo único que quería era que el médico lo revisara, que necesitábamos evaluar las opciones de acuerdo con el diagnóstico. Que mi hermano estaba enfermo y había que atenderlo.

El Cuco no escuchó ninguna explicación, nos dijo que mi hermano estaba bien y que no nos lo entregaría por ningún motivo. Que estaba en buenas manos, no como las nuestras.

Al perder la paciencia mi madre le empezó a gritar que era un mariguano, irresponsable y otras cosas horribles, hasta que *el Cuco* terminó por cerrarnos la puerta en nuestras caras.

—Tenemos que sacar a tu hermano de aquí y convencerlo de ir al doctor —dijo mi madre al subir al coche—. No podemos dejarlo con ese *hippie* drogadicto. No es juego. Tu hermano está enfermo y necesita atención médica, quién sabe en qué condición se encuentre.

—Ma, si Joserra está ahí o si *el Cuco* sabe algo de Joserra, seguro es porque está bien, si no, ya nos lo hubiera dicho. Podrá darse unos toques de vez en cuando, pero no es tarado, entiende bien la situación y quiere mucho a Joserra. Tranquilízate —le dije—. Hay que pedirle a Mariana que hable con él, la conoce bien y le tiene mucho más confianza que a ti o a mí, quizás ella pueda convencerlo.

Al llegar a la casa le explicamos a Mariana lo sucedido y ella aceptó hablar con *Cuco* para explicarle, así que le llamó y acordaron verse en El Parnaso por la mañana para tomarse un café.

Al día siguiente, Mariana regresó a la casa con los ojos totalmente rojos e hinchados, se veía que había llorado bastante.

Según nos dijo, Joserra había dormido con *Cuco* las últimas noches, pero éste le había dado el pitazo esa mañana para que se fuera. Le dijo que lo andábamos buscando y que ya estábamos merodeando cerca de ahí, así que seguramente lo íbamos a encontrar y lo queríamos encerrar. Al parecer le había aconsejado que se fuera a Valle de Bravo a buscar al *Botingo* para esconderse allá.

—¿Qué más te dijo? ¿Cómo está? ¿Te dijo algo de su estado? ¿Cómo se encuentra tu hermano? ¿Te dijo sobre algo extraño en su conducta? Dime todo lo que te haya dicho sin omitir detalle, aunque sea muy duro, por favor, hija, es muy importante para mí —le pidió mi madre.

—Ay, ma, es horrible —dijo mi hermana mientras se soltaba llorando y se abrazaba a su cuello—. Joserra está mal, muy mal, ma. ¿Qué vamos a hacer?

Entre sollozo y sollozo, por fin nos repitió lo que había oído esa mañana.

Según *Cuco* le había dicho, Joserra estaba bien pirado. Los días que estuvo con él lo vio cómo hablaba solo, gritaba y se quejaba de las voces. *Cuco* lo había tranquilizado, y en ocasiones hasta logró hacerlo entrar en razón, pero conforme iba pasando el tiempo, la cosa empeoraba. En los últimos días, al parecer, *el Cuco* tuvo que darle una cachetada y amarrarlo para que no se azotara contra las puertas, las paredes y las ventanas. Una noche, incluso, lo encerró en el cuarto y lo dejó que alucinara solo. Mi hermano se pasó toda la noche gritando y azotándose contra todo, pero *Cuco* no le hizo caso y ahí lo dejó hasta que se quedó dormido.

Hasta entonces, *Cuco* creía que era un pasón o una cruzada de algo, y que si se quedaba limpio, sin meterse nada de droga un buen rato, se le pasaría. Pero la última noche Joserra lo había asustado mucho, pues había tenido un arranque muy grueso de locura. No sólo se puso a hablar y a gritar con alguien inexistente, sino que se puso sumamente agresivo consigo mismo, se jalaba los cabellos y se golpeaba la cara y la cabeza. La violencia iba creciendo cada vez más, sin poderlo parar, hasta que en uno de esos ataques, el mismo *Cuco* lo tuvo que noquear.

Según le contó a Mariana, todo comenzó cuando José Ramón, obedeciendo las voces, empezó a atragantarse toda la comida de la mesa.

Cuco trató de calmarlo, cuando de pronto se desató una pelea entre mi hermano y su propia mano.

—Deja de llevarme la comida a la boca, ya no quiero comer. No me pegues, no me jales el pelo, desgraciada. Ya estuvo suave. Ya basta, no escuches las voces, no las obedezcas, aquí el que manda soy yo —le gritaba a su mano derecha mientras la detenía, le daba

manazos con la otra y la azotaba sobre la mesa sin que *el Cuco* supiera qué hacer. En la desesperación, Joserra tomó su mano derecha con la izquierda, la colocó firme sobre la mesa, al tiempo que gritó: “Quieta, perra” y le enterró el tenedor con todas sus fuerzas.

Se hizo un silencio. Joserra se quedó hipnotizado viendo la sangre que empezó a escurrir a chorros. Fue entonces cuando *el Cuco* reaccionó y lo noqueó.

LA CACERÍA

A la mañana siguiente, después de averiguar la dirección de Luis *Botingo* en Valle de Bravo, mi mami y yo salimos hacia allá. Luis era otro amigo de la infancia y hacía tiempo se había ido a vivir a Valle con su chava. Mi hermano siempre llamó a sus amigos por sus apodos. Nunca he sabido por qué le dicen a Luis *el Botingo* o a Javier *el Cuco*; al Gerardo, *el Puche*, o a mi ex novio, Julián, *el Gordo*, supongo que por flaco. Lo que sí sé es que entre ellos siempre existió una gran amistad y una complicidad que los mantuvo unidos en todo momento.

Yo manejaba mi *vochito* mientras mi madre dormía; hacía días que no había pegado el ojo. Yo no era buena para andar en carretera, apenas había salido una o dos veces, así que iba muy atenta. De pronto el paisaje empezó a acariciarme con mil recuerdos de mi niñez que aparecían en cada curva o detrás de cada árbol. Idas y venidas con mi papi a Toluca, a Ixtapan de la Sal, a las Grutas de Cacahuamilpa y al mismo Valle de Bravo.



La relación que establecimos con mi padre después del divorcio fue muy intensa, mucho más que cuando vivíamos juntos, pues en esa época casi nunca estaba en la casa y no lo veíamos. Pero después del divorcio, y antes de casarse de nuevo, pasaba por nosotros casi todos los fines de semana para llevarnos de cacería. Joserra y yo siempre íbamos. A veces Mariana y José Felipe nos acompañaban, pero no con mucha frecuencia. Dependía del recorrido,

pues ellos eran más chicos y no aguantaban las desmañanadas y las largas caminatas. A mi papá siempre le gustó cazar. Nosotros sólo lo acompañábamos cuando se trataba de liebres y codornices, pero él en varias ocasiones se internó en una selva al sur del país en busca de animales más grandes. Supongo que como deporte y muestra de su hombría y valentía. Hasta la fecha, tiene cabezas disecadas de jabalíes, pumas, lince y tigres que cuelgan en la pared de su sala.

Los viernes por la tarde pasaba por nosotros en su camioneta, a la que le había adaptado un remolque para los perros, y nos llevaba a vivir grandes aventuras. Después de ir al súper a comprar “provisiones”, como les llamaba a los alimentos, tomábamos esa misma carretera por la que ahora manejaba desolada y llena de incertidumbre, para llegar a dormir a un hotel cerca de Ixtapan de la Sal.

Tempranito, en la madrugada, nos despertaba para salir tras las codornices. Nunca faltaban sus amigos, duques, condes o archiducos o algún importante personaje de muy alta alcurnia del Club de Cazadores. Los príncipes de Ahremberg, de Habsburgo, los archiducos de Austria, o el hermano del emperador de Austria. Ése era el más divertido. Me encantaban sus maravillosas historias, que me repetía cada vez que me veía, de cuando Hitler había invadido Austria y cómo había tenido que salir a Inglaterra y luego a México.

También me gustaba salir con la duquesa Ana Eugenia de Bar. ¡Guau, qué nombre! Yo quería llamarme como ella. A veces pasábamos a buscarla a su casa de la calle Reina, en San Ángel, y yo pensaba que la calle se llamaba así porque ella vivía ahí. Mi papá era muy amigo de ellos, habían formado el Vizla Club juntos. Según contaban, él había llegado muy orgulloso a la Asociación Canófila Mexicana a registrar el primer perro de raza vizla que llegó a México, y se encontró con que dos días antes había llegado el vizla de la duquesa. Así que corrió a conocerlo y así surgió esa amistad, basada en perros y cacería.

¿Quién tenía el mejor perro? ¿Qué perro era hijo del campeón? ¿Quién iba a cruzar a su perro con el otro campeón? Ésa era la verdadera competencia. Qué perro tenía mejor pedigrí, más diplomas, mejor pose, más medallas.

A mí me fascinaba todo el estatus alrededor de la cacería. Tenía como diez años y quería ser princesa. Adoraba los concursos de perros, los entrenamientos, los duques, las historias de príncipes y emperadores, las cacerías, los rifles y, por sobre todo, a mi papá.

En las cacerías él era el mejor. Súper Ramírez, mi ídolo. Yo quería ser sólo de él y lo quería sólo para mí. Como toda princesa, tenía mi perro vizla. Mi padre, el Rey, me lo había regalado. Era *la Lucila*, una campeona, una belleza hija de los mejores. Me hacía ganar todas las competencias. Claro que yo también tenía lo mío. Era muy buena en el tiro al blanco, me sabía toda la teoría y trataba de practicar en todas las ferias y en cada cacería. Siempre fui una niña muy fuerte, disciplinada y llena de energía, siempre aguanté el paso de los cazadores sin cansarme y sin protestar, y siempre que podía los acompañaba, así que también era el orgullo de mi papá.

Joserra venía con nosotros, pero la cacería no lo apasionaba como a mí. Tenía el pie plano y en esa época usaba lentes de fondo de botella, pues no veía bien, así que no le gustaban las largas caminatas y no era tan bueno al tiro al blanco. Él prefería ir a pescar truchas con Roitter, el veterinario. Era divertido, pero diferente. Puro bla, bla, bla, y menos acción. Quizá por eso Joserra lo prefería. Hablaban mucho. Roitter, Joserra y mi papá discutían temas de mucha profundidad, temas de adultos, mientras esperábamos a que pican los peces. No caminábamos tanto, pero comíamos delicioso. Preparábamos truchas a las brasas en una alegre fogata que avivábamos entre broma y broma e historias de cacerías, perros y aventuras. Para mí ése era el mejor momento de la pesca.

Pero las salidas a las truchas eran pocas, pues la verdadera pasión de mi padre eran los perros y las escopetas, era hombría y era

estatus, digno de su juventud en la Falange, así que Joserra se aguantaba y nos acompañaba tras las codornices, como macho, como decía mi padre. Además, no era tan malo, pues por lo general pasábamos el fin de semana con él. Después de la cacería, mi papá nos llevaba a montar a caballo a Ixtapan y el domingo nadábamos y nos embarrábamos de lodo en los balnearios.

Siempre vivimos entre perros y escopetas. La temporada de cacería era de febrero a septiembre, y los meses que no había cacería había que entrenar a los perros. Teníamos una casa grande con patio amplio, y los fines de semana de entrenamiento mi papá nos dejaba participar. Amarrábamos una codorniz muerta a un palo con un lazo y le dábamos vueltas para que el perro la oliera y la persiguiera hasta que aprendiera a identificar el olor y lograra ponerse en muestra al reconocerlo. Siempre supimos disparar con escopetas. En los días de campo o en el rancho de mi tío Germán nos ponían botes de cerveza en una cerca y había que perforarlos a balazos. Joserra no era el mejor, y luego con su ceguera no veía ni la altura de su nariz, menos la lata de cerveza que allá a lo lejos había que derribar. Yo, al contrario, al primer tiro la hacía volar.

Al terminar las cacerías yo siempre empezaba la competencia a ver quién tiraba o al menos agujereaba más latas. Desde luego, yo siempre ganaba, y mi padre se burlaba de mi hermano. “Cómo es posible que tu hermana te gane, si sólo es una mujer”, le decía. ¡Cómo lo molestaba!

Lo único malo era el golpe de la escopeta al disparar. Ay, cómo sufrimos los dolores y los moretones en el hombro por las patadotas de las cochinas armas con cada disparo. Y qué mal la pasó mi hermano con los regaños de mi padre cuando se quejaba. “No seas mariquita, no es para tanto, aprende a tu hermana que se aguanta como macho.” Siempre he tenido el umbral del dolor muy alto, y cuando llegaba a doler, me mordía el labio para no quejarme, pues sabía que era la manera de ser aceptada por mi papá.



Así, soñando con perros y escopetas, llegamos a Valle. Por fin estacioné el *vocho* frente a casa de Luis *Botingo*, donde mi madre y yo tocamos por más de media hora sin respuesta alguna.

Después de esperar hasta la hora de comer, decidimos recorrer Valle de Bravo y sus alrededores para buscar a Joserra, pero no apareció ni una señal de que anduviera por ahí. Afortunadamente era domingo y Valle estaba muy animado, así que fue entretenido visitar el mercado, donde comimos algunos antojitos, y luego paseamos entre las tiendas de artesanías. Ya en la tarde, después de volver a intentar sin éxito en casa de Luis, decidimos llamar a México a ver si había noticias. Fue Mariana quien contestó y nos dijo que mi papá había hablado a media mañana para informar que Joserra estaba con él y que era urgente que nos comunicáramos.

Hacía mucho que mi mamá y mi papá no se dirigían la palabra. Siempre era yo la intermediaria, así que me preparé para servir una vez más de mensajera entre ellos y soportar los dimes y diretes fingiendo que no me dolía o no entendía. Pero para sorpresa mía, y seguramente por tratarse de José Ramón, a mi mamá no le molestó hablarle directamente a mi papá. Así que al colgar con Mariana, muy decidida salió de la cabina, y sin titubear ni un segundo, le dio un nuevo número a la operadora y le pidió la comunicación con el señor José Antonio Ramírez.

—Bueno —la oí decir—. ¿José Antonio? Soy Macarena, me dice Mariana que José Ramón está contigo, ¿es cierto?

Hasta ahí llegué. No pude más y corrí a la calle. Me puso muy nerviosa que hablaran entre ellos. Siempre terminaban insultándose y lastimándose, lo que me causaba un profundo daño que hasta la fecha no logro reparar.

Esa sensación de que los dos seres que más quería en este mundo se iban a destrozarse una vez más, me llevó hasta el banquito del

parque, donde esperé hasta que minutos más tarde vi venir a mi mamá a toda prisa, anunciando con ese inconfundible gesto de angustia y preocupación que en los últimos días se le había tatuado en la cara, que algo malo había pasado.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué te me desapareces? ¿Qué no te das cuenta de cómo está la situación? Ándale, muévete. Vamos a México en este instante. Tu hermano sigue mal, muy mal. Según me dijo tu padre, tu hermano sí estuvo por acá, y en una crisis terrible que le dio intentó cortarse las venas con una navaja de rasurar en el baño de la casa de Luis. Afortunadamente, *el Botingo* lo detuvo a tiempo y no pasó a mayores. Hoy en la mañana tu padre lo encontró en la puerta de su departamento y está con él.

¿Cortarse las venas? ¿Tratar de matarse? ¿Mi hermano? ¿Por qué?

Ya no pude oír lo que mi madre siguió diciendo, hablaba sin parar mientras subimos al coche. Arranqué y tomé carretera. Ya no escuchaba nada, me interné otra vez en ese mundo de recuerdos de mi niñez que me había regalado la carretera. Entre los faros de los coches que venían en sentido contrario encontré la huida, en el recuerdo de cuando era princesa y a mi alrededor sólo había amor.



Aquel gran día, vestidos como nos habíamos dormido, nos despertó mi papá a las cuatro de la madrugada. Al levantarme me acordé de mi ropa nueva y me dio mucha emoción. Me vi en el espejo antes de salir y confirmé que me veía superguapa, como una verdadera chica a la moda. Mientras Joserra arrastraba los pies y se sostenía del barandal para bajar las escaleras todavía medio dormido, yo caminaba con encanto admirando como se movía la campana de mis pantalones a cada paso. Antes de salir me puse mi chamarra de mezclilla y corrí al baño de nuevo para verme una vez más. “No, con la chamarra cerrada no luce mi blusa ni el cinturón, y lo peor de todo, no se nota que mis pantalones a gogó son

a la cadera, así que mejor me la desabrocho”, me dije mientras me abría los botones.

–Ciérrate la chamarra, que te vas a enfermar –dijo mi papá al verme en la puerta.

–No tengo frío, pa.

–No seas vanidosa y ciérrate esa chamarra inmediatamente –insistió.

“Carajo, siempre tengo que hacer lo que él dice”, pensé mientras me cerraba la cochina chamarra.

Cuando subí a la camioneta, Joserra ya se había acomodado en el sillón y estaba en el quinto sueño. Me acomodé junto a él y traté de dormir de nuevo.

Acompañada de la música de *Los sonidos del silencio*, de Simon y Garfunkel, que mi padre había puesto en la casetera, me preguntaba: “¿Qué dirán cuando me vean tan guapa? ¿Que dirá Miguel de mi nuevo *look*? Estoy segura de que ahora sí se va a enamorar de mí, parezco toda una duquesa”.

Miguel, el amigo de mi tío Joaquín, el hermano más chico de mi papá, había empezado a salir con nosotros de cacería y desde el primer momento me había conquistado. Mi papá decía que era un amor imposible, pues él tenía veinticinco años y yo doce. Pero yo ya sabía que en el amor la edad no importa. Angelina, la muchacha de mi mamá, me lo había dicho. Además, lo había leído en *Susy, secretos del corazón*, así que yo estaba segura de que me iba a casar con él, por eso me había peleado con mi papá para que me comprara ropa a la moda.

Lo de la ropa fue una verdadera bronca durante el divorcio. Bueno, todo lo relacionado con dinero fue horrible. Mi papá sí tenía lana, así que siempre nos compraba ropa nueva, pero no nos dejaba llevarla a casa de mi mamá, y sólo podíamos usarla cuando íbamos con él. Mi mamá se enojaba mucho, porque no tenía dinero para comprarnos casi nada, y entonces nos mandaba como pordioseros, con la peor ropa que teníamos, para que a mi

papá le diera pena y tuviera que comprarnos nueva. Yo sufría mucho, pues mi papá hacía unos corajes horribles y hablaba mal de mi mamá. Me sentía muy utilizada y superfea.

El día anterior a la gran cacería mi papá nos recogió con nuestras peores garritas, así que tuvimos que pasar a Suburbia a ajuarearnos. Él se puso de malas desde que nos vio salir tan fachosos, pero yo iba feliz; desde hacía tiempo quería un pantalón de mezclilla acampanado y una blusa transparente llena de flores de muchos colores, verde, rosa, amarillo, azul y rojo, como la de *Cupido motorizado*, y cuando llegamos al departamento de niñas encontré una tal y como la había soñado. Un pantalón a la cadera totalmente acampanado con una tira bordada verde chillante en la bastilla y con el cinturón del mismo bordado. Un verdadero modelo a gogó.

Desde luego la compra no fue fácil, fue una verdadera batalla campal con mi papá.

—No combina, nada. No es para ir de cacería, te vas a atorar en las matas con esas campanas. Además, pareces maraquero con esas mangas llenas de holanes —me dijo cuando me vio salir del vestidor.

—Pa, ya sabes que me gustan los colores fosforescentes y chillones, por algo me dices *Tlacuila*... Además, es la moda, así se viste la de *La Familia Partridge* y la de *Cupido motorizado*, de verdad, sólo prende la tele y verás.

Desde chica mi padre me llamaba *Tlacuila*, decía que yo era como aquellos jóvenes nahuas responsables de pintar los códigos, con los mensajes que les daban los gobernantes, pues usaba tanto color en mi ropa como el que ellos le robaban a las flores para sus pinturas.

Después de mucho rato de reclamar las fachas en las que nos había mandado mi mamá y criticar mi mal gusto, por fin aceptó.

—Ah, que mi *Tlacuila*, total, la que se lo va a poner eres tú —me dijo.

Pensando en todo esto me quedé dormida junto a Joserra hasta que los brincos de la camioneta en la terrecería nos despertaron.

—Niños, levántense que ya llegaron todos —dijo mi padre.

“Madre mía y yo no me he peinado”, pensé. Rápido busqué mi bolsita, saqué mi cepillo, me di una pasada y me puse mi sombrero.

—Pero miren esta hermosura, qué guapa viene hoy —dijo mi tío Joaquín mientras me levantaba en sus brazos y me sacaba de la camioneta—. Pero si parece que vas a un desfile de modas, anda, dame un beso.

En eso estaba, cuando vi venir a Miguel, se había dejado el bigote y se veía guapisisísimo.

—¡Guau! ¡Qué pantalones más bonitos! —me dijo—. A ver, date una vueltecita, pero si vienes echando tiros.

“Ahora sí lo he conquistado”, pensé, mientras veía cómo soltaban a los perros que salieron corriendo a hacer pipí. Así empezó el ajetreo, repartición de correas, cinturones para cartuchos, silbatos, botiquín, cantimploras, mochilas, escopetas y todo lo demás.

Yo aceptaba todo y me colgaba lo que podía hasta que Inocencio, el ayudante de mi papá, me pasó el gancho para colgar a las codornices muertas. Lo tomé con un movimiento rápido y se lo pasé a Joserra, quien lo rechazó.

—No seas así, Mabel, ya sabes que a mí no me gusta cargar cadáveres —me dijo.

—Sólo por hoy, Joserra, no seas malito, es que me voy a ensuciar mi ropa nueva, porfa, ¿sí, sí, sí?

Por fin se lo puso en el cinturón. Yo siempre cargaba las codornices muertas, era mi trofeo, pero ese día no pensaba hacerlo, no quería que su sangre ensuciara mi pantalón.

Empezó la caminata. Yo buscaba el sol para quitarme la chamarra, pero hacía mucho frío y faltaba como una hora para que saliera, pues apenas eran las seis de la mañana.

Íbamos ya a campo traviesa. Teníamos que caminar atrás de los adultos, junto con Inocencio, quien cargaba los rifles y las municiones, y no podíamos hacer ruido, pues espantábamos a las codornices.

En una parada, Miguel se acercó a donde estábamos y nos dijo:

–Miren nada más qué moderna viene la princesa con su sombrero y sus pantalones acampanados.

–Ya ni le digas, porque se cree mucho, desde ayer está insoporable, se siente la muy muy –contestó mi hermano.

Yo sabía que era una princesa como las del Vizla Club o como Bety y Verónica, las de las historietas de *Archie*, y caminaba como tal, cuidando de no caerme, con pasitos chiquitos aunque rápidos, como lo había visto en la tele.

Ya llevábamos un buen rato de recorrer tierras y sembrados sin encontrar cazaderos. Ni una muestra, ni un disparo. Mi padre iba furioso, no soportaba los días áridos, difíciles, sin caza, sin placer. Una vez que empezara la masacre, seguro se apaciguaría, pues sólo el disparo certero saciaba su sed de muerte y su furia de mastín.

De pronto, *la Lucila*, mi perra, se clavó como dardo a la mitad de la carrera. Había detectado la primera parvada. Estaba en muestra. La pata derecha delantera levantada, la colita bien parada y el cuello y la cabeza agachada, en ángulo exacto de cuarenta y cinco grados, como decía mi padre. Inocencio nos hizo señas de que nos paráramos y nos calláramos. Joserra se tapó los oídos y cerró los ojos. Yo me mantuve muy quieta viendo atenta cómo los perros caminaban de un lado a otro del matorral olfateando el piso, donde *la Lucila* permanecía inmóvil. En eso, *el Max*, el perro *pointer* de mi papá, también se puso en muestra junto a mi perra. Seguro era una gran parvada.

–Ahí están –susurró mi padre.

Todos los cazadores se pusieron la escopeta al hombro y se hizo un gran silencio. Vi de reojo a Joserra, cómo fruncía el ceño tras los lentes y apretaba más fuerte los ojos. No le gustaba el ruido de las escopetas. También volteé a ver a Miguel, mi príncipe soñado. Lo vi con el rifle bien colocado, apuntando hacia el frente donde estaban los perros. “Es como Lancelot, el caballero de la Mesa Redonda”, me dije, cuando de repente, brrrr, se hizo el gran

ruido de los pájaros al volar todos juntos hacia el cielo. Bang, bang, bang. Empezaron los tiros y las pobres aves a llover.

Se oyeron los gritos.

“Es mía, otra más, buen tiro, excelente, bien hecho.”

Los perros permanecían quietos.

–¡Azzo! –gritó mi padre. La señal para que *la Lucila* y *el Max* fueran a recoger las codornices muertas. A pesar de los tiros y los gritos, los perros no debían moverse hasta que se les indicara. Al oír la señal, salieron corriendo.

–Joserra, abre los ojos, que si te ve tu padre se va a enojar –le dijo Inocencio a mi hermano, al tiempo que le retiraba las manos de los oídos.

–Ahora voy a tener que cargar a los pajaritos ensangrentados, ojalá mi papá no me pase ninguno –me dijo Joserra.

–Mejor cállate, que si nos oye nos va a ir mal –respondí.

Los perros empezaban a regresar cada uno con su presa aún caliente en el hocico. Los cazadores los llamaban y les acariciaban la cabeza mientras les quitaban de las fauces el ave muerta, la revisaban y la colgaban de la pata en el gancho que se habían puesto en el cinturón. La pobre codorniz, sin vida, de cabeza y con el pico abierto y chorreando sangre, nos acompañaba en busca de otras víctimas.

Cuando vimos que los adultos se colgaban todos los pájaros y no le daban ninguno a mi hermano, Inocencio y yo intercambiamos una sonrisa de complicidad. Fiuuu, mi hermano no iba a tener que cargar cadáveres.

Ya llevábamos como dos horas y yo no había podido presumir mi atuendo. Me urgía que saliera el sol para dejar a Miguel con la boca abierta, pero el frío había arreciado y mi papá se enojaría. La cacería iba muy bien, habíamos encontrado muchas codornices y todos iban bien contentos, así que no quería echar a perder la mañana.

Seguimos adelante un rato más, hasta que por fin vi que el sol empezaba a aparecer.

En el horizonte por donde salía el sol, vi a mi papá caminar con sus pasotes gigantes y su pata de “vas a ver”. Su escopeta sobre el brazo, las municiones en la cintura, el gancho colgado del cinturón lleno, más bien repleto, de las codornices que había cazado. Llevaba como diez pájaros amontonados, colgando del cinturón, sacudiendo sangre a cada movimiento, manchando su pantalón verde olivo a cada paso que daba.

Sentí un poco de calor, así que busqué dónde detenerme para quitarme la chamarra. Ahí nomás vi un arbusto.

–Espérenme tantito que tengo mucho calor.

Me agaché para dejar la cantimplora y la mochila que traía a la espalda. Mi papá se acercaba hacia nosotros.

Me levanté, me quité la chamarra, la doblé con cuidado y la metí en la mochila, no me la quería amarrar a la cintura, pues las princesas no hacen eso.

Al levantarme, oí el vozarrón de mi señor padre:

–¿Quién trae el otro anillo para colgar las codornices?

–Yo –respondió Joserra.

–Pásamelo, que éste ya viene lleno.

Joserra se empezó a quitar el cinturón para sacar el anillo con los arillos de donde se colgarían las futuras presas, cuando sucedió lo que tanto me temía. Mi papá se sacó aquel montón de pájaros colgantes y, sin que me diera tiempo de nada, gritó:

–¡*Tlacuila*, cáchalas, son tuyas, campeona!

¡Oh, no! ¡Qué horror, no puede ser! Al voltear sólo pude ver aquel bulto de plumas ensangrentadas volando directo hacia mi blusa, estampándose sobre mis lindas flores, rasgando la delicada tela con los picos y las uñas de los animales y rebotando sobre mi pantalón a gogó, manchando de sangre los sueños y fantasías de la pobre princesita.

Quedé hecha un asco, como una verdadera pordiosera, de seguro por eso Miguel nunca pidió mi mano.

EL DIVORCIO

El divorcio de mis padres fue muy difícil para todos. Para ellos, para los abuelos y los tíos, para mí y para mis hermanos. Fue un divorcio muy sucio, que hizo mucho daño.

El día que mi madre decidió que se separaba, no hubo poder humano que la hiciera entrar en razón. Empacó nuestra ropa y nos fuimos a vivir a un hotel. Mi madre lo había decidido después de ocho años de soportar los engaños de mi padre, sus ausencias y sus desamores. Con desplantes de *junior* rico, mi padre no se cansaba de derrochar el dinero del abuelo fuera de la casa en demostraciones de hombría, juergas y parrandas.

Cuando por fin nos fuimos, mi padre no pudo soportarlo. Creo que amaba a mi madre, pero sobre todo no podía ver herido su amor propio, así que utilizó toda clase de artimañas para hacerla regresar. Desde ruegos llorones y lastimeros, hasta acusaciones ruines sobre la influencia de las amigas, historias de amantes inventados y acusaciones de una vida inmoral.

Lola estaba recién nacida y yo sólo tenía ocho años, era muy chiquita para sobrevivir a las violentas escenas que se desencadenaron a raíz de la separación. Me causaron un dolor inmenso y monstruosas pesadillas que me hicieron orinarme en la cama desde los ocho años hasta ya entrada en la adolescencia.

Pero no valía de nada lanzar señales de auxilio. Ni los orines en la cama, ni los truenos de mis hermanos en la escuela o las bajas calificaciones eran atendidas, pues cualquier acto para llamar la atención de mis padres y decirles que nos lastimaban era inútil. Ellos no tenían cabeza más que para ver cómo se agredían, incluso a través de nosotros.

Una tarde, mi mamá estaba bañando a Lola en su tinita en casa de mi abuelita Paz, el único remanso de calma que tuvimos en esa época tan turbulenta. De pronto entró mi padre, escopeta en mano. Todos lo vimos con caritas de sorpresa, pero él ni nos saludó. Entró directo al baño y le apuntó a mi madre ordenándole volver a la casa. El corazón se me paralizó, tomé a mis hermanos y corrí con ellos a abrazarme de la falda de la abuela. Mi abuelita nos tomó de la cabeza y nos hizo hincarnos junto a ella frente a un crucifijo que había en su recámara y empezó a rezar, pidiéndonos hacer lo mismo. Yo no podía quitarle los ojos a la puerta del baño donde estaban mis padres. No lo podía creer.

Mi madre abrazó a mi hermanita Lola, que era sólo un bebé, se incorporó a dos centímetros de mi padre frente al arma, sin un sólo pestañear.

—Vamos, José Antonio, dispara. No te tengo miedo. Mátanos y te irás a la cárcel el resto de tu vida, con una culpa que no te va a dejar respirar. Vamos, si vas a disparar, dispara, y si no, guarda el arma y lárgate de aquí en este instante.

Las palabras de mi madre machacaron mi cerebro, el pecho se me desgarró, me oí emitir quejidos, esos quejidos de niña que emitía en esa época cuando, ya no aguantaba el sufrimiento. Sabía que mi padre había matado al *Max*, a su campeón, a su perro adorado. La secretaria lo había contado sin darse cuenta de que yo escuchaba. Una noche, con la amargura del rechazo de mi madre, y después de una tarde de cacería infructuosa, llegó a su fábrica, tomó la escopeta, se encaminó a las perreras donde los perros no dejaban de ladrar, abrió la puerta de la jaula de *el Max* y, sin dar tiempo a que el perro saliera, apuntó sobre su cabeza y dejó salir dos cartuchos, acabando con la vida del *Max von Schnellberg* y todo su pedigrí. Adiviné que iba a matarnos a todos, lo sabía, y creí que era lo mejor que podía pasarme. Prefería morir antes de ver que mi padre matara a mi madre.

Mi padre se mantuvo parado con la escopeta en las manos, que empezaron a temblarle, mientras mi madre lo fue despojando de esa falsa valentía con su mirada. Sus dedos se aferraban al metal del arma. Estaba tenso, sin moverse. Así lo vi y entendí que la voluntad se le empezaba a convertir en pánico.

–Dispara, te digo, o da media vuelta y lárgate –repitió con más fuerza mi madre.

Impotente e incapaz de cumplir su propósito, bajó el arma, giró sobre sus pies y salió del departamento.

Así fue durante meses y meses. El tiempo que duró el pleito del divorcio y el lío de la patria potestad. Mientras el juez no decidió con quién nos quedábamos, el pleito entre mis padres por nuestro cuidado y protección era constante, así que un día amanecíamos en casa de uno, y al día siguiente, después de un pleito o grandes discusiones, en casa del otro.

Mi padre sabía que mi madre no podía vivir sin nosotros, así que la chantajeaba amenazándola con que no volvería a vernos si no regresaba. Peleó nuestra custodia como si fuera lo último en la vida. Había días más tranquilos que otros, pero en general fue una etapa llena de incertidumbre e inestabilidad. A mí cuando más miedo me daba era cuando empezaba a oscurecer, pues era cuando sucedían cosas horribles.

Una noche, estando en casa de mis abuelos paternos, mi madre llegó entre patrullas, policías y periodistas a sacarnos de ahí gritando que el gran don José Antonio Ramírez y su madre doña María, que entonces gozaban de gran renombre entre la Colonia Española de Lindavista, le habían robado a sus hijos. Entró como loca al cuarto de mi tío, donde dormíamos, ordenándonos que nos paráramos inmediatamente porque regresábamos con ella. Medio adormilados, nos levantamos entre gritos y discusiones que no entendíamos. Mi madre cargó a José Felipe en los brazos, mientras José Ramón, Mariana y yo caminábamos adormilados tras ella, tratando de no caernos al bajar la gran escalera de caracol de

la inmensa casa de los abuelos. De pronto choqué con el cuerpo de mi madre que se detuvo de sopetón. Vi a mi abuelo Joselo parado frente a mi madre a mitad de la escalera, deteniéndola con su brazo.

—Macarena, recapacita, por favor, es casi media noche, los niños están dormidos y afuera está lloviendo. Déjalos aquí y mañana vienes por ellos. Entiende que no los puedo dejar salir en estas condiciones, se van a enfermar.

Mi madre se irguió como gato, clavó los ojos en la mirada suplicante de mi abuelo, tomó aire y le respondió:

—Don José Luis, usted sabe que lo respeto mucho y que en otras circunstancias no me atrevería a tocarlo, pero si no me quita el brazo de encima y me abre el paso en este mismo instante, no sé qué pueda pasar. Hágase a un lado y no se meta —recalcó con firmeza mientras le aventaba el brazo con el que el abuelo la sostenía.

—Mami, es mi abuelito —le dije—. No lo vayas a empujar.

Mi abuelito Joselo era una delicia, yo lo adoraba. Por las noches, cuando nos quedábamos a dormir en su casa, nos sacaba al jardín y nos sentaba en sus piernas, sobre la fuente, para contar-nos cómo una noche de luna llena había bajado una bruja en su escoba y le había pellizcado la cara, dejándole esa verruga que tenía junto a la nariz y que nos causaba tanta curiosidad.

Al ver a mi madre tan decidida, el abuelo se quitó de en medio y pegando su espalda a la pared nos dejó el camino libre. Al pasar junto a él, sentí su mano cariñosa en mi cabecita, confirmé que me quería tanto como yo a él.

Después de ser envueltos en cobijas por los hombres que acompañaban a mi madre, salimos en sus brazos de la casa, entre los *flashes* de los reporteros y las luces tricolores de las patrullas. Por la ventana del coche, a través de las gotas de lluvia que caían intensamente, vi como mi abuelo me hacía la señal de la cruz para bendecirme y me lanzaba besos con su mano temblorosa. Traté de sacar mi manita para mandarle un beso yo también, pero cuando

pude hacerlo el carro ya lo había dejado atrás. Lloré y lloré camino al hotel donde vivíamos desde la separación de mis padres y donde pasábamos el día encerrados mientras mi madre trabajaba.

Dos meses después, cuando ya vivíamos en un departamento que mi padre nos había rentado, sucedió otro espantoso episodio. En plena noche, Inocencio, el ayudante de mi padre, quien se había puesto de acuerdo con Angelina, la señora que nos ayudaba con la limpieza y nos cuidaba, trataron de raptarnos para llevarnos a casa de mi padre. Eran como las dos de la mañana, todos estábamos profundamente dormidos, cuando Inocencio hizo una seña y Angelina le abrió la puerta del departamento. Entonces, sigilosamente, entraron mi padre e Inocencio y nos sacaron de la cama dormidos como estábamos, para subirnos al coche de mi papá y llevarnos a su casa. Mi padre me cargaba a mí y a Joserra; Inocencio a Mariana y a José Felipe, y Angelina a Lola, que era una bebé de meses. De pronto, casi llegando al coche, apareció mi madre en camión tras de nosotros.

—¡José Antonio, devuélveme inmediatamente a los niños! —gritó como fiera herida.

—¡Inocencio, Angelina, no escuchen y terminen de subir a los niños al coche! —ordenó mi padre.

Acabé de despertar con los gritos ya dentro del coche. Levanté mi carita a ver qué pasaba y vi cómo mi madre tomaba del largo cabello negro a Angelina y la jalaba hacia ella para arrebatarle a Lola, a quien sostuvo fuertemente con un brazo, mientras con el otro volvía a tomar a la muchacha con fuerza de la cola de caballo, le clavaba la pierna entre las rodillas, haciéndola caer, y luego le azotaba la cara contra la banqueta.

—¡O me devuelves a los niños o la mato! —gritó mi madre mientras golpeaba la cabeza de Angelina contra el piso una y otra vez, entre los gritos y llantos de nosotros.

Angelina sangraba de la boca y pedía auxilio.

—¡Deténgala, señor, me va a matar, me va a matar!

Mi padre salió como cuete del coche y gritó.

—¡Macarena, déjala, tranquilízate, suéltala en este instante y llévate a los niños!

Mi madre soltó el cabello de Angelina, se incorporó, tomó a José Felipe de la mano y mandó que nos metiéramos al departamento y nos volviéramos a dormir.

El siguiente fin de semana nos tocaba salir con mi papá, pero mi mamá estaba tan enojada que decidió que nos íbamos a casa de mi tío Octavio y mi tía Lourdes, así que cuando mi padre pasó por nosotros no nos encontró. La furia de sentirse burlado y engañado lo cegó más que el mismo hecho de no vernos. Humillado, enloquecido y con la razón extraviada se lanzó sobre la recámara de mi madre y destruyó todo. Muebles, libros, lámparas, ropa, vidrios, fotos, todo.

Cuando regresamos, la muchacha todavía seguía llorando, aterrada.

Aunque siempre después de un pleito mi madre nos acurrucaba, nos consolaba y nos explicaba que si se peleaba con mi padre era porque nos amaba y no quería perdernos, yo no podía quitarme la angustia de encima y, por días y días, seguía oyendo los gritos e insultos. Dormía con miedo de lo que fuera a suceder en la noche. Tenía miedo de la furia de mi padre y de sus arranques de locura. Además, mi madre me asustaba. Hasta entonces yo conocía a una mami dulce y cariñosa que nos cantaba canciones de niños, nos contaba cuentos y nos hacía columpio en sus piernas, entonando “Los maderos de San Juan, piden pan, no les dan, piden queso y les dan cosquillas en el pescuezo, eso, eso”. No conocía a aquella mujer que se enfrentaba sin ningún temor a una escopeta, que era capaz de retar al abuelo y amenazar con tirarlo por la escalera, y de golpear sin piedad alguna a la muchacha con tal de no perdernos. Me atemorizaba su agresividad. Soñaba que para rescatarnos mataba a mi papá y a mi abuelito; despertaba llorando y hecha pipí.

Los pleitos duraron casi un año. A veces, por largos periodos vivíamos en casa de mi padre y sólo podíamos ver a mi madre a través de la ventana, cuando la muchacha se apiadaba de nosotros y a escondidas de mi padre nos dejaba asomarnos al oír el claxon de su coche tocar frente a la ventana. Otra temporada recuerdo que sólo la podíamos ver durante el recreo de la escuela, bajo la vigilancia de una monja del Colegio Guadalupe. En esa época yo no quería a mi madre y casi no la saludaba ni le hablaba, pues las monjas me habían dicho que ella no era buena, que andaba con muchos hombres y que por eso nos había dejado. Otras temporadas regresábamos con mi mamá y me confundía más, pues cuando le reclamaba a mi madre el abandono, me decía que nada de lo que me habían dicho era cierto. Que mi padre se estaba portando muy mal y muy chueco, y que hasta fotos había construido donde se le veía a ella con hombres saliendo de hoteles para presentárselas en el juicio en su contra. Entonces me daba mucho coraje haber dudado de mi mami y me enojaba con mi papá, pero no podía reclamarle porque teníamos prohibido verlo.

Uno y otro se querían quedar con la patria potestad haciendo uso de todos los trucos posibles.

Ambos eran de familias acaudaladas de la Colonia Española de México, así que tenían a los mejores bufetes de abogados inventando y construyendo pruebas de uno contra otro. Se alegaba la vida disipada de cada cual. Lo único que lograron fue deshacerse uno a otro como venganza de tanto rencor guardado. Se supo de injurias y terribles argumentos fraguados por los que saben utilizar la ley como ventaja.

Se presentaban constantemente prostitutas que declaraban en contra de mi padre, y por su lado, éste no pudo comprobar los adulterios de los que acusaba a mi madre, engaños con todo tipo de amantes, desde su profesor de ruso hasta un vendedor de libros.

Por fin, un día se concretó el divorcio y se establecieron las reglas de la pensión alimenticia. Se decretó que quedaríamos bajo

la custodia de mi madre, pero que ésta debía llevar una vida honorable y que saldríamos con mi padre un fin de semana sí y otro no. Fue entonces cuando disminuyeron un poco los pleitos y volvimos a gozar a mi madre y a mi padre. Desafortunadamente, el pacto duró sólo tres años, el tiempo que mi padre se mantuvo soltero, pues el día que se volvió a casar, todo recomenzó. Al parecer, la lana ya no le alcanzaba para mantener a las dos familias y no nos daba lo convenido, así que regresaron los días grises, los reclamos y las ofensas.

Para mi mami no era fácil, y aunque trabajaba duro, había veces que de plano no alcanzaba. Algunos meses nos las veíamos negras, y entonces había mucha tensión en la casa: debíamos renta, luz, teléfono y colegiatura, y no había para los útiles, ni diversiones. Bueno, a veces no había ni para la comida. Entonces nos refugiábamos en casa de mi abuelita Paz, donde siempre había, por lo menos arroz con plátano y huevos con salchichas para nosotros.

Estábamos en una de esas malas temporadas, cuando una mañana al levantarnos y recordarle a mi madre que no nos dejarían entrar a la escuela si no llevábamos el cheque de la colegiatura, ella me ordenó hablarle a mi padre para pedirle dinero. Mi padre me respondió que no tenía y, cuando se lo dije a mi madre, ésta tomó el teléfono y le dijo que entonces se hiciera cargo de nosotros, que en ese instante íbamos para allá para quedarnos con él, pues ella ya no podía más.

Subimos asustados al viejo Rambler de mi madre y nos dirigimos al norte de la ciudad, donde vivía mi padre en una casita linda, con Esther, su mujer, y María Esther, su primera hija, quien en ese entonces tenía sólo algunos meses de nacida.

Al llegar vimos el coche de mi papá en la puerta. Sin embargo, al tocar el timbre nadie nos abrió, así que mi madre le ordenó a José Ramón saltarse la reja, entrar y abrirnos desde adentro. Joserra trató de subir pero estaba difícil y no pudo. Entonces mi madre me pidió a mí que lo hiciera, pero me negué, me parecía algo malo.

—Es casa de mi papá, mamá, no podemos hacer esto. No somos ladrones —le dije.

—También es tu casa, hija, entiende que lo de tu padre es tuyo, de ustedes. Por eso estamos aquí, porque él tiene bastante y les tiene que dar. Así que sólo vamos a tomar lo que nos corresponde. Vamos, Mabel, entra y abre la puerta, vamos a pasar y a esperar a que regrese tu padre, pues ustedes se van a quedar a vivir aquí con él un tiempo mientras mejora mi situación.

Empecé a trepar la reja cuando de pronto se abrió la puerta de adentro y salió mi padre.

—Pasen —dijo—. No quiero escándalos con los vecinos.

Todos entramos y empezó una pelea más.

Mi madre nunca había estado en su casa, y al entrar y ver el lujo y la comodidad con que vivía se enfureció.

—Así que no tienes dinero para tus hijos ¿eh? ¿Y esto qué es? ¿Y esto? ¿Y esto otro? —decía mientras agarraba los adornos que encontraba a su paso y los tiraba al suelo.

Así llegó hasta la cocina, donde abrió el gran refrigerador y viéndolo lleno de todo tipo de cosas empezó a sacarlas y a aventarlas por el piso. Luego se siguió con la alacena y el bar.

Cigarros importados, paquetes de carne de todos tipos, filetes de res, pescado, fruta, huevos, latas de caviar, una pata de jamón serrano, quesos finos de gran variedad, todo salía volando al paso de mi madre.

Al llegar a donde se encontraban las botellas, se paró en seco.

—No lo puedo creer, José Antonio, no puede ser cierto lo que estoy viendo. Así que mientras tus hijos sólo tienen para arroz con huevo y salchicha, tú fumas importado y comes caviar y jamón serrano y te atascas de los más costosos vinos y licores. ¿Y dices que no tienes dinero para darnos más? Pues ahora vas a tener que estirar tus pocos centavitos porque los niños se quedan a vivir contigo.

—Perfecto, déjamelos, pero no los volverás a ver nunca —respondió mi padre—. Los meteré a un internado de tiempo completo.

Muchos años luché por ellos y te ofrecí hacerme cargo de todo, pero tú no lo permitiste, Macarena. Ahora yo ya rehice mi vida y no es justo para Esther hacerla responsable de cinco hijos más. La que decidió divorciarse y quitarme a los niños, fuiste tú. Hubieras pensado en esto antes.

—¡Miren qué buen padre tienen, niños! ¡Ahora resulta que son un estorbo para su nueva mujercita! Claro, como sólo tiene ojos para su nueva hijita, ustedes ya no le importan —le asestó mi madre con ese veneno que le salía cuando hablaba con mi padre.

—Eso no es cierto —respondió mi padre, mientras se acercaba hacia donde estaba yo para abrazarme—. No la escuchan —dijo al tiempo que me levantaba en sus brazos—. Los adoro, tú lo sabes, *Tlacuila*, es mentira lo que dice. Se quedan conmigo y ya veremos cómo le hacemos.

—¡Suéltala! —gritó mi madre al tiempo que me jalaba de un brazo para separarme de él—. No tienes derecho a ella si no me das ni para su comida. Me los llevo a todos, ya veré como le hago y si nos morimos de hambre que en tu conciencia quede —decía mientras me jalaba.

—¡Déjamelos, yo me hago cargo! —peleaba mi padre mientras me jalaba del otro brazo.

—¡Que no! ¡Te digo que la sueltes! —gritaba mi madre, al tiempo que me jalaba hacia ella.

Atrapada entre los dos, sintiendo cómo se me desprendían los brazos con cada tirón, sólo pensaba en el internado. No, por favor, no nos vayan a encerrar en un internado. No quiero otra escuela de monjas, por favor, por favor. No me atrevía a hablar, no quería hacerlos enojar más, tenía miedo de la decisión que pudieran tomar sobre nuestro futuro. Quería desaparecer. De pronto, el dolor se hizo más intenso y no pude más, los músculos se me desgarraban.

—Suéltanme, suéltanme, por favor, duele, duele mucho, ¡me van a arrancar los brazos! —pude gritar por fin.

—Suéltala, José Antonio, la estás lastimando —dijo por fin mi madre al escuchar mi voz—. Dejemos que ellos decidan —lanzó mi madre como un hacha sobre mi frente—. ¿Qué prefieren: irse a un internado de por vida o venirse conmigo a la casa? —preguntó.

—Quiero irme, quiero irme, por favor, ya no se peleen, vamos ya —dije llorando mientras corría a abrazarme de las piernas de mi mamá—. No importa que no tengamos dinero, ya vámonos, ma, por favor, no quiero seguir aquí, nosotros podemos trabajar y ayudarte, podemos vender raspados, lavar coches, o trabajar con la señora de la privada en la fábrica de jaulas para pájaros, no nos vamos a morir de hambre, te lo prometo, vamos a comer poquito para que te alcance, vámonos, no quiero ir a un internado, por fa, ma, vámonos —le supliqué.

Al oír mi ruego, mi madre se compadeció y dejó salir las palabras mágicas.

—Todos al coche —ordenó.

Subimos a nuestro Rambler destartado, mientras yo suspiraba y me sobaba mis brazos. Por un momento creí que todo había terminado, que nos íbamos a casa, pero estaba equivocada. Fue ahí cuando me di cuenta de que no conocía ni tantito a mi madre.

—¿Ése es el coche de tu padre? —nos preguntó desde el volante, mientras señalaba el carro último modelo estacionado frente a la casa.

—Sí —respondimos.

Entonces, sin saber ni cómo, se echó en reversa y se dejó ir sobre él una y otra vez hasta dejarlo totalmente abollado por todos lados. Todos gritábamos y llorábamos al sentir los golpes y ver a mi padre parado junto a la reja, observándonos en silencio.

LA TRAICIÓN

Aquel domingo, al regresar de Valle, acordamos que al día siguiente, después de la universidad, me iría a casa de mi padre para ver a Joserra. Así que el lunes en la tarde llegué a Tlatelolco angustiada y con miedo. Estacioné mi *vocho* sobre Insurgentes y me bajé temblorosa. Caminé muy despacito, sin querer llegar. Iba ida, no ponía atención al camino, me rebotaban las palabras en el cerebro. “Tienes que venir a ayudarme, al parecer vamos a tener que hospitalizarlo, no hay otra alternativa. No hay otra alternativa. No hay otra alternativa.”

Al ver el edificio Guerrero, donde vivía mi padre, mi corazón se aceleró, quise dar media vuelta y correr, correr hasta desaparecer, así que tomé vuelo y aceleré el paso, subí las escaleras en un segundo y toqué la puerta antes de arrepentirme. Me vi ahí parada con mi vestido rosa de rayitas blancas. “Desde ahora eres sólo una roca, convéncete, no tienes corazón, eres sólida y dura”, me dije. Respiré hondo.

Mi padre abrió la puerta.

—Qué bueno que llegaste, voy a necesitarte. Esto se va a poner feo —me dijo.

¿Por qué siempre tan catastrófico? No se daba cuenta de que empeoraba la situación, siempre la hacía más terrible, más difícil. Tenía una facilidad para quitarme la paz, para hacerme sentir mal, para hacerme creer que me enfrentaba a lo peor, a lo más negativo. Era impresionante cómo lograba llenar mi pecho e invadir el ambiente de angustia. Sentí que no podía tragar saliva, se me cerró la garganta.

—¿Dónde está? —pregunté.

—En el baño. Sólo estoy esperando la llamada del doctor para que diga la hora en que nos recibe —la mesa estaba puesta. Mi papá aplastaba algo en una servilleta—. Le voy a poner dos Valium en su plato, necesitamos que se atonte para controlarlo.

—¿Dos Valium? Es muchísimo. ¿Por qué siempre tienes que ser tan salvaje? Con medio es suficiente, pa.

—No, hija, ve su tamaño. Apenas así vamos a poder con él entre los dos, confía en mí.

Me senté en la mesa y vi caer el polvo blanco sobre un gran plato de espagueti con carne molida en salsa de jitomate. Mi papá lo revolvió con el tenedor hasta que no quedó nada. La garganta se me hizo nudo. Se me nubló la vista, me parecía injusto. ¿Por qué? ¿Por qué?

Me sentí culpable, cómplice, traidora.

“Mabel, por favor, no me vayan a encerrar, ya sé que me quieren llevar al manicomio, no los dejes.”

El plato de espagueti era inmenso, como siempre; en esa casa se servía de manera exagerada. Todo era en exceso. Así, igual de copeteado, llegó el mío. Grotesco, inoportuno; me dio asco.

Se oyó una puerta y lo vi aparecer al fondo del pasillo. Ése no era mi hermano. Había encanecido terriblemente, tenía casi todo el pelo blanco. ¿Cómo pudo ser? Sólo hacía unos días, cuando había desaparecido, su cabello era totalmente castaño.

Tenía veintidós años y parecía un viejo. Sólo era un año mayor que yo, y yo me sentía una niña frágil y vulnerable y más en ese momento.

—Hola, Mabel —me saludó con un beso—. Qué bueno que ya llegaste, tengo un chingo de hambre —me dijo como si nada hubiera ocurrido, como si no hubiera escapado, como si no hubiéramos pasado más de diez días de incertidumbre buscándolo en todos los rincones posibles, como si nada, así nomás.

Nos sentamos los tres a la mesa. Lo vi dar el primer bocado y me dieron ganas de gritar. “No te lo comas, Joserra, tiene Valium,

te vamos a dormir para llevarte al doctor. Perdóname, perdóname, es por tu bien.” De mi boca no salía ni una sílaba.

Volví a sentir ganas de huir. Quería salir de ahí, le estaba mintiendo a mi hermano, a mi carnal del alma.

Mi papá contaba alguna tarugada de su juventud en España y mi hermano reía a carcajadas, con esa risa franca, con la inocencia que lo caracterizaba. Yo lo veía reír y lo quería acurrucar.

Empecé a comer, quise olvidar y reír yo también.

Joserra, mi hermanito, mi amiguito, el cómplice de mi niñez. ¿Por qué te pasó esto? ¿Quién te lo hizo? Sentí el vómito en mi garganta. Corrí al baño y expulsé lo poco que había comido. Me abracé a la taza y lloré y lloré. Seguí vomitando bilis por un buen rato hasta que oí el teléfono. Al salir del baño escuché a mi padre.

—Perfecto, doctor, entonces a las cinco en punto estamos ahí.

Cobré fuerzas y volví a sentarme en la mesa.

José Ramón estaba petrificado. Ya no hablaba, sus ojos habían perdido su luz, sólo había fuego y rabia en su mirada. Veía fijamente a mi padre con ojos de furia, con esos ojos de otro que desde hacía días se le habían metido. Resoplaba por la nariz como un toro, totalmente fuera de sí.

—No voy a ir al doctor y lo sabes bien, papá —gritó acercando de manera insultante su cara a la de mi padre. Su aliento lo golpeaba. Lo retaba. —No me traiciones, tú no eres como mi madre, por eso vine a ti —le dijo zarandeándolo de los hombros—. Confíe en ti. Me lo prometiste, ni lo intentes, no te atrevas. ¿Qué no ves que no estoy loco? ¿No te das cuenta? No estoy loco.

Soltó a mi padre y se refugió a mis espaldas. Me tomó con fuerza.

—No lo dejes, ayúdame, por favor, me quiere encerrar en el manicomio, te lo dije, defiéndeme.

—¡Cálmate! —gritó mi padre—. Nadie está hablando de ti, la cita es para Mabel que se siente mal. ¿No ves que está vomitando?

Joserra me tomó de la cara con fuerza y me obligó a verlo a los ojos, esos ojos irreconocibles, irritados y llenos de furia.

–Dime la verdad, Mabel, sólo en ti confío.

–Papá, no me hagas esto –supliqué. Se hizo un gran silencio. Rompí en llanto.

Joserra aflojó lo brazos y me abrazó con amor.

–No llores, hermana, es por tu bien, si estás enferma, el doctor te va a curar –me dijo–. ¿Te sientes mal?

–Sí, sí, muy mal, muy mal –contesté, mientras lo abrazaba y recibía sus cariños sobre mi cabeza.

–Bueno, bueno, ya está bien, párenle al melodrama, no sean exagerados –dijo mi papá–, terminen de comer que nos tenemos que ir, ándenle.

–Yo ya acabé –dije.

–Yo no, yo me voy a terminar mi espagueti, todavía tengo hambre –dijo Joserra, más tranquilo.

Regresé a la mesa y empecé a suspirar con gran profundidad, con un sentimiento que me rasgaba toda por dentro. Quería abrazarme a mi papá y que me arrullara como cuando era niña, pero mi papá estaba muy enojado, me veía con un reclamo en la mirada. Era lógico, podía imaginar lo que estaba pensando, casi lo había echado a perder todo con mi cobardía.

Me sentí sola. No tenía capacidad para soportar lo que pasaba, mi corazón no era tan fuerte.

“¿Por qué no me dejan seguir siendo niña? ¿Por qué tengo que asumir el papel de mi mamá? Ma, ¿por qué no estás aquí para resolver las broncas de tu hijo y controlar a tu ex marido?”

–Mabel, hija, es un hecho que tu hermano se va hoy mismo al hospital –me había dicho mi mamá al despertarme por la mañana–. Sé fuerte y no te le separes hasta que pase lo peor. Quiérello mucho.

Mi madre había delegado esta decisión en mi papá. Seguro ella nunca la hubiera tomado. Aunque era una supermujer, con sus hijos flaqueaba. Para defendernos y protegernos sacaba fuerzas del más allá, nunca permitió que nadie nos tocara ni nos hiciera

daño. La leona que cuidaba a sus cachorros, para esta espantosa decisión no encontró fuerzas.

—¿Hay algo de postre? —preguntó mi hermano frente al plato vacío. Mi padre trajo un pedazo de pastel—. ¡Umm! Qué rico, yo sí quiero, se me antoja ese pastelito con café y un cigarrito.

Lo vi encender su cigarro con ese gusto con que siempre lo hacía. El café humeaba y el pastel se veía como de anuncio, esponjadito y succulento. Cerré los ojos y conservé la imagen. Era una foto perfecta de la familia feliz. Todos alrededor de la mesa, tomando el café y disfrutando de una plática amena.

Me desconecté.

Me quedé con la imagen de la familia feliz.

—Voy por mi saco. Joserra, agarra tu chamarra que ya es hora. Vamos, *Tlacuila*, que se nos hace tarde.

Ya en el coche todo era silencio, parecía un cementerio, durante todo el trayecto nadie dijo palabra. El silencio lastimaba y así, llenos de dolor, llegamos.

Creo que Joserra ya iba medio dormido, pues cuando apareció el doctor e indicó que al primero que recibiría sería a mi hermano, éste entró sin reproche alguno.

Mientras esperábamos, llegó Fernando, mi novio. Sentí un gran alivio. Ya tenía a mi guardaespaldas. Quise sentir su cuerpo cubriéndome toda, su calor, su cariño, quise abrazarlo fuerte y contarle todo, pero al tratar de hablar se me empañaron los ojos.

—Si vine para que lloraras, mejor me voy. Ya basta de tantas lágrimas. Ya te he dicho que me desespera que llores —me dijo con su brusquedad de norteño—. Ustedes la viejas piensan que con llorar se arregla todo. Pues no, sólo lo empeoran, así que ya siéntate y tranquilízate. ¿Dónde está tu hermano? —preguntó.

—Adentro —comentó mi padre.

Una vez más me tragué toda esa sal, toda la amargura.

—¿Cómo va todo?

—Mal, muy mal... José Ramón ha estado fuera de sí, dice cosas sin sentido, sale de control fácilmente. En la mañana tuvimos un enfrentamiento muy serio...

Mi padre le contó a Fernando una serie de episodios increíbles sobre lo que había sucedido esa mañana en el encuentro con mi hermano. Escenas de mucha agresión, enfrentamiento y destrucción. Yo escuchaba con pánico.

Esperamos más de una hora, o así me pareció.

Al salir Joserra, el doctor nos llamó a mi papá y a mí.

—Tengo que hablar con tu papá, por favor quédate con tu hermano en la salita de espera y que no se vaya a salir por ningún motivo —me dijo.

—Fer, ayúdame —le dije en secreto—, hay que entretenerlo.

Para eso Fernando se pintaba solo. Era un buen conversador, entretenido, con mucho sentido del humor, así que con la simpatía y naturalidad que lo caracterizaban, empezó a contar historias maravillosas de su nuevo rancho, como sólo él sabía hacerlo. Los dos lo escuchábamos atentos, aunque la tensión no se iba. Cada vez que Joserra hacía un movimiento, yo me le abalanzaba y lo abrazaba para detenerlo, pensando que iba a salir corriendo como la última vez, pero Fernando me detenía y seguía platicando como si nada.

Nadie sabe todos los sobresaltos que me dio el corazón mientras estuvimos allí. Después de casi un siglo salió mi papá.

—Vámonos —me dijo mientras me jalaba del brazo. Nos adelantamos unos pasos—. Quiero que tú y Fernando se sienten en la parte de atrás del coche con Joserra en medio, no quiero que se nos escape.

Fernando seguía platicando sus mil aventuras, hasta que frenamos frente a una farmacia.

—Voy por unos cigarros, ¿quieren un refresco? —preguntó mi padre.

Todos aceptamos.

—*Tlacuila*, acompáñame —dijo. Su voz sonaba como un golpe seco mientras cruzábamos la calle.

—Tenemos que darle una medicina para terminar de dormirlo. Lo vamos a llevar a la Clínica San Rafael, hay que internarlo hoy mismo. Voy a poner la medicina en su refresco, es muy fuerte, así que probablemente le provoque convulsiones, por favor no te asustes y abrázalo fuerte, no vayas a ceder a nada de lo que te diga, es por su bien, ¿entiendes? Ahora que regresemos, vamos a dar vueltas en el coche hasta que se quede totalmente dormido, ya casi está perdido pero si pregunta a dónde vamos decimos que a la casa, ya viene medio drogado, así que ni cuenta se va a dar. Quedé de ver al doctor en una hora en el hospital, para internar a tu hermano. Los enfermeros ya nos estarán esperando para recibirlo.

—Papi, ¿no hay otra salida? —pregunté con voz desmayada y flaca—. Por favor, le prometí que no dejaría que lo encerraran. No lo puedo traicionar.

—No empieces de chillona que esto no es fácil para nadie —me dijo duro, sin sentimientos—. ¿Prefieres que se suicide? ¿Con un intento no te bastó? —Sus palabras me taladraban el cerebro—. Tu hermano está esquizofrénico, hija, entiéndelo de una vez por todas. No es un juego. Hay que curarlo y a estas alturas no hay otra alternativa —concluyó secamente.

Estoy segura de que Joserra se dio cuenta de mi traición, pues al subir al coche me dio un beso en el cachete al tiempo que me decía al oído:

—Gracias por todo, Mabel. Te quiero.

Lo vi darle el primer trago al refresco y no pude más, sentí cómo mi cuerpo se desplomaba. Por más que todos pensarán que era fuerte, era sólo una ratita aterrada, así que desaparecí. Recargué la cabeza en la ventana y huí entre las luces de Insurgentes. Me refugié en cada faro. Oía las voces de Fernando y de mi padre como murmullos lejanos. Sólo quería contar las luces que nos pasaban cerca, sólo eso, nada más. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve...

TUDO QUEDÓ AHÍ ADENTRO

El dolor que sentí al ver cómo se cerraban las rejas de la Clínica San Rafael tras nosotros, con mi hermano ahí adentro, amarrado con esa camisa de fuerza y custodiado por todos esos enfermeros, no se curó en mucho tiempo, ni siquiera mermó un poco. Por el contrario, fue creciendo día a día.

El hospital me quitó tantas cosas que, por largos meses, me fue casi imposible sobrevivir. Se quedó con mi hermanito enfermo, al que extrañaba todos los días, al que soñaba sano en felices aventuras y enfermo en espantosas pesadillas. El hospital se robó la alegría de mi familia, la estabilidad de mi casa y, lo peor, la energía y la fuerza de mi madre.

La casa se fue derrumbando poco a poco. La única roca que había sostenido nuestro hogar después del divorcio de mis padres había sido mi madre, y ese día se hizo polvo. Se transformó en debilidad y depresión.

El hospital se quedó con todo, le chupó hasta la luz y la vida al cuarto de mi mami. Durante meses en la oscuridad se transformó en cuerpo sin huesos, en un bulto en posición fetal que no quería vivir. Un cuerpo débil y lleno de culpa que sólo salía dos veces al día. Por las mañanas para correr a la horrenda clínica donde dejaba su esperanza y por las tardes para consultar al doctor en busca de alguna palabra de aliento o al menos de una pequeña explicación para tratar de entender lo sucedido.

Todos los días mi mami iba a la clínica a dejar un regalito para mi hermano, a quien nos tenían prohibido ver, esperando encontrar

alguna noticia de su recuperación. Al no recibir señal de su mejoría volvía a su encierro.

Recuerdo el día en que por fin me atreví a entrar a su cuarto.

Hacía más de un mes que habíamos encerrado a Joserra. Llegué de la universidad y me encontré una vez más con el plato de mamá lleno sobre la mesa del comedor. Decidí buscarla para insistirle en que comiera.

Hacía más de veinte días que no la veía, desde que se había enclaustrado en su cuarto yo no me animaba a entrar.

Al abrir la puerta de la habitación me cegó la oscuridad. Di un paso más y esperé a que mis ojos se acostumbraran a ese negro profundo. Sentí miedo de lo que podía encontrar. No era el cuarto donde solía platicar, reír y discutir con mi madre. No era el cuarto que me proveía de vestidos, maquillaje o joyas en mis días de fiesta. No era ese espacio donde compartíamos las buenas películas de Permanencia Voluntaria los domingos, echados en la cama rodeando a mi mamá entre chocolates y mazapanes.

No, ahora era un hoyo horrible, una cueva fría, un cementerio, algo se había muerto. Estaba sucio y olvidado. No se había limpiado en todos esos días. El suelo estaba lleno de objetos, ropa, platos, libros, papeles.

Temblando, avancé hasta la cama. Casi al llegar vi un bulto. Era mi mami. Estaba hecha una bolita entre las sábanas, como un perrito.

Me acerqué y oí su llanto entre largos y entrecortados suspiros que no le permitían ni respirar, jalaba aire tan hondo que entendí que algo se le moría por dentro.

¿Dónde estaba la gran señora, la invencible, la todopoderosa?

Frente a mis ojos sólo tenía un harapo que se desvanecía a cada respiro. Me senté en el borde de la cama y la abracé.

Con todas mis esperanzas quise sentirla dura, sólida, quise ver el pilar que me había sostenido durante mi niñez, en mi adolescencia y en el divorcio, la columna que mantenía la casa y a mi

familia. Deseé ver aparecer a mi guerrero protector, a mi mami tigre que sacaba sus afiladas garras para defendernos y protegernos cuando percibía algún peligro.

Imploré por volver a escuchar sus estruendosas carcajadas, por viajar a través de sus fantasías y sus cuentos, por sentir a esa mami calientita y orgullosa que me avergonzaba cuando platicaba a sus amigos las aventuras y los pequeños logros de sus cinco chiquitos.

En lugar de encontrar mi tabla de salvación, sentí un cuerpo inerte, sin huesos, que con gran trabajo se incorporó y se colgó de mi cuello para no desvanecerse.

Era como un bebé que sin entender nada se acurrucaba desconsolada en mi pecho pidiendo auxilio. Sentí toda esa humedad que hería mi piel. Sus lágrimas me lastimaban. Por primera vez en mi vida la veía llorar y la sentía sufrir.

Lo que tenía entre mis brazos no era mi madre, era sólo un ser humano.

Todo se me vino abajo. Mi ídolo, mi fortaleza, mi luchadora, no era Dios, era un ser de carne y hueso que temblaba lleno de miedos como Joserra, como Mariana, como Josefe, como Lolis y como yo.

La acaricié como a un cachorrito tratando de protegerla, de cuidarla, de transmitirle esa seguridad que yo ya no tenía, esa fuerza que a mí me hacía tanta falta, tratando de darle algo de paz, de esa paz que ella me había dado siempre, pero al ver que ésta también se me había quedado en el hospital, sentí que me hundía a su lado.

Así, abrazadas, lloramos nuestro duelo, nuestra pérdida. Sin fuerza alguna, sin tener a qué aferrarnos para no seguir cayendo en ese abismo profundo, sin fondo.

EL DÍA A DÍA

Nací bajo el signo de Libra, con el nodo norte en Piscis y en la casa doce, por lo que era excesivamente preocupada, analítica y vivía en la búsqueda de la perfección. Era inflexible e intolerante. Mi talón de Aquiles, como el de todo el que tiene el nodo norte de su carta astral en Piscis, era mi obsesión por el orden. Mi supervivencia dependía de que todo estuviera en orden, la vida debía guardar el orden que yo establecía y también así se tenían que comportar los otros. Así que el desorden y la inestabilidad que provocó la enfermedad de mi hermano me desquiciaba.

Tenía que huir, y la única salida que encontré fue refugiarme en mi trabajo. Me convertí en una trabajadora compulsiva e insaciable. Y volcada en la chamba logré mantener a raya la locura, el desorden, los fantasmas, las soledades y los miedos.

Sola, sin la fortaleza ni la compañía de mi madre, me descubrí cobarde y débil. Evitaba todo sentimiento, gastando todas mis energías y mi voluntad trabajando. Las terminaba hasta el último gramo para que no me quedara ánimo de pensar o de tratar de entender.

Dejé la universidad sin titularme y trabajé, trabajé y trabajé. El gran pretexto era el dinero. Había que mantener la casa, pagar las colegiaturas y darle a mis hermanos para el día a día, pues mi madre abandonó todo, empezando por ella misma.

Vendimos todo lo que pudimos, hasta que ya no tuvimos nada. Había que pagar la hospitalización, la terapia, los doctores, una enfermera permanente, los medicamentos y los diferentes análisis que se les ocurrían cada día. Mi papá, por su parte, nos dio algunas de

sus escopetas, algo de plata que todavía tenía de los regalos de boda de sus dos matrimonios, y hasta uno de sus cuadros preferidos que Fernando, mi novio, se encargó de vender en donde y como pudo, dada la urgencia del dinero.

Ernesto, la pareja de mi madre, mi papi Neto como le decíamos, estuvo presente todo el tiempo, convirtiéndose en un gran apoyo. Visitaba a mi mami todos los días, era el único que entraba a su cueva y se quedaba con ella por largos ratos y de vez en vez la llevaba a la clínica. Frecuentemente hacía el súper, cocinaba y estaba al pendiente de mis hermanos mientras yo trabajaba.

Por la noche yo llegaba con Fernando, preparábamos la cena, y veíamos que todo estuviera listo para el día siguiente: las tareas de Lolis y Josefe, los desayunos y los lonches. Cenábamos todos juntos con Ernesto y Fernando, nuestros protectores. Eran geniales, poseían esa gran capacidad de hacernos olvidar a través de la risa.

Después de recoger la mesa y lavar los platos, veíamos la tele hasta quedarnos dormidos. En esos días, Fernando y Ernesto casi siempre se quedaban a dormir en la casa. Entre ellos eran buenos amigos, se llevaban muy bien, y en ausencia de mi madre y de mi papá, ellos adoptaron el lugar de los nuevos hombres de la casa. Nos dieron esa seguridad que tanta falta nos hacía.



Fer era todo un macho mexicano, tradicional y conservador, un hombre totalmente enamorado de su hembra, yo. Siempre quiso tenerme en un palacio de cristal. Desafortunadamente, mis ímpetus de autosuficiencia, independencia y superación permanente nunca se lo permitieron. Pero me quería tanto que había tolerado hasta lo que nunca hubiera imaginado: mi libertad, mis valores y a mi familia.

Éramos tan diferentes. Fer era un *junior* de Ensenada, Baja California, malhablado, norteño, bota de piel de cocodrilo, panza de cervecero, camisa a cuadros, pantalón de mezclilla, cinturón

de cuero con hebilla ancha donde relumbraban sus iniciales. Era bien parecido, o al menos a mí me gustaba. Se parecía a Luis Donaldo Colosio, era carismático y coquetón. Pelo chino, bigote ancho, piel morena, grandote. Me encantaban sus brazos largos y manos anchas con las que abrazaba todo mi cuerpo; también su sombrero y su *troca*, como le llamaba a su camioneta.

Recuerdo el día que lo llevé por primera vez a la casa a presentarlo con mi mamá.

–Vámonos en mi coche –le dije.

–¡Qué cochi ni qué cochi, cochis los puercos! Se dice carro. Hable bien. Ah qué mi *huerca* tan chilanga, hasta vergüenza me da nomás de oírla. Tan preparada mi vieja y mire nomás con qué me sale. ¡Cochi! ¡Qué cochi ni qué cochi! Es carro. ¿Queda entendido?

–Sí, pues. Oye, Fer, no vayas a decir groserías frente mi mamá cuando lleguemos, ¿eh? Porfa, cuida tu vocabulario, ¿sí? Al menos hasta que te conozca un poco más, ¿sale?

–¿No le digo? ¡Porfa! Se dice por favor. Pero ‘ta bien, pues, vámonos ya, ándele. Va usted a ver cómo apantallo a la suegra, si yo soy un zorro muy chingón.

–¡Fer! Que no digas groserías. Porfa.

–No te calientes, plancha. Si todavía no llegamos. Es aquí nomás en confianza con mi morrita que me expreso con libertad.

Así llegamos hasta la puerta del departamento. Después de hacerle prometer una vez más que cuidaría la boca, por fin abrí la puerta.

–Pásate, Fer. ¡Ma, ya llegamos! –dije.

–¡Guau, guau, guau! –ladró *el Nefasto*.

–¡Putra madre! ¿Y este pinche perro ojete de donde salió? Ay, cabrón. ¡Sáquese de aquí, perro mamón! –gritó Fernando a todo pulmón al tiempo que brincaba y me apretaba contra sí.

Traté de voltear a callarlo, pero al girar la cabeza alcancé a ver a mi mamá muerta de risa en la puerta de la cocina.

–Vente, *Nefasto*, ya deja de ladrar y ven para acá, no asustes a los invitados –dijo mi madre en medio de una gran carcajada.

—¿*Nefasto* dijo? ¿*Nefasto* se llama? —preguntó Fer.

—Ya te había contado de mi perro. Ya sabías que se llama *Nefasto* y que por eso en la universidad me dicen *la Nefasta Mayor*.

—¡Qué pinche nombrecito! Así que así nomás pasaste a joder a este pobre animal.

—Fer, no digas groserías que mi mamá te está oyendo —le respondí.

—Ah, qué la chingada, pues ya se fregó el asunto. Yo había planeado portarme bien, al menos el primer día, pero este Funes-to echó todo a perder. ¿O no, suegra?

Mi mamá no podía parar de reírse. Cada vez más fuerte, con esa risa de marimba que hacía retumbar toda la colonia.

Yo ya no sabía si tenía más pena ajena de Fer o de las carcajadas de mi mami, así que mejor me relajé, y yo también me reí al pensar que un inofensivo perrito *cocker* había hecho pegar chico brincote a mi grandulón.

—¿No que muy macho? Qué sustote te pegaste con un pobre e indefenso animal —lo molesté.

—Ni madres, mi *huerca*, fue para hacerte reír, pa' que aflojaras el músculo, pues venías muy tiesa —se defendió.

—Ay, sí, no te hagas, si te morías de miedo, sentí cómo temblabas.

—Ya párale, chilanga, mejor preséntame de una vez a la suegra.

—Ma, éste es Fer. Fer, ésta es mi mamá.

—Mucho gusto, señora, y disculpe usted. No era mi intención entrar a su casa mentando madres, pero ya sabe usted. Uno viene medio nervioso por la situación y luego con eso de que la catrina de su hija me amenazó todo el camino con que no echara mis maldiciones, *pus* más tenso me puse y ya pa' cuando ladró el Funes-to, pues sí me *agüité*.

—Mucho gusto, pásate y no te preocupes, ya me había contado Mabel que eres del norte, así que ya me lo esperaba. Además, con el brinco que pegaste hasta me hiciste pasar un buen rato.

Ése fue el primer encuentro de muchos más llenos de alegría y jolgorio, y ni se diga cuando se nos unía Ernesto: entonces todo era burlas, risas y albures.

Ernesto era mucho más joven que mi madre, tenía sólo tres años más que Fernando, así que hicieron una mancuerna perfecta. “Quihubo, suegro”, “Qué pasó, yerno”, se saludaban de broma desde que se conocieron.

Mi mami y Ernesto se llevaban muy bien. Hacía más de tres años que Ernesto casi vivía en la casa. Trabajaban juntos haciendo programas para la televisión sobre los diferentes estados de la República y compartían la mayor parte del tiempo y de las actividades. Así que cuando Fer se incorporó a la tropa, salíamos juntos todos. Nos íbamos con Ernesto y mi mamá de campamento a la playa, a filmar a las diferentes ciudades, pueblos o comunidades. Una experiencia totalmente nueva para Fer y para mí, y tan rica que nos hacía olvidar nuestras diferencias.

Yo conocí a Fernando cuando entré a trabajar, y casi habían pasado dos años de nuestro noviazgo cuando sucedió lo de Joserra y todo cambió.

Aunque mi mami lo quería bien, pues decía que me veía feliz con él y para ella eso era lo más importante, mi familia no lo aceptaba mucho. Mis tíos y mi padre decían que no era para mí, que yo merecía otro tipo de hombre más preparado, más culto, de otra categoría. Me veían como su princesita y querían un príncipe para mí, pero a mí ése era el hombre que me gustaba, me daba seguridad y me hacía sentir muy querida.

Recuerdo una vez que mi tío Octavio lo puso a prueba en una comida familiar.

—Oye, Fernando, ¿tú sabías que esto de la locura es hereditario?

—Sí, eso dicen, ¿verdad?

—¿Y no has pensado que si tu noviazgo con Mabel progresa y tienen hijos, te puede salir uno loco? ¿Qué harías? ¿Lo has pensado?

—¿*Pus* qué quiere que haga, oiga? Ni modo que lo regrese. Si su sobrina me da un *plebe* loco, pues lo mando a hacerle compañía a su tío a la San Rafael, ¿no? —Después de reír un rato, agregó—: No se preocupe, señor, que si eso llegara a suceder, sabré cuidarlo y quererlo como un hijo normal, además, ya va a tener una madre experimentada en esto de la locura.

Así era Fer. Simplón y poco complicado, para él todo tenía solución, no había que pensarle mucho. Como él decía, “era gente sencilla del campo”, y así se enfrentaba a la vida. No había mucho que analizar ni que pensar, era sí o no y punto, era muy claro y muy sano de la mente. Si no había lana en la casa y él tenía, me daba y punto. Si había que ir al doctor y tenía tiempo, me llevaba y ya. Si había que vender cosas, se vendían, y no había nada que cuestionar ni que lamentar. Si mi hermano estaba loco, había que curarlo y ya.

—Ustedes los chilangos, y más las viejas, y sobre todo los muy pensantes como tu familia, analizan mucho todo. Quieren buscar donde no hay. No sé pa’ qué se enredan tanto, las cosas son como son y punto —me decía cada vez que nos enfrascábamos en una discusión o análisis en la casa.

La debilidad en la que yo me sumergí con lo de Joserra le dio espacio a Fernando para cuidarme y protegerme. A pesar de la situación, puedo asegurar que esos años fueron los más plenos de nuestra relación.

Fer nos admiraba y nos quería a todos y sobre todo a mi madre. A nuestro lado encontró un mundo nuevo lleno de sensibilidad, intelectualidad, cultura, conocimiento y hermandad, que le permitió descubrir nuevos aspectos de sí mismo y encontrar un rinconcito de amor y aceptación en esta terrible ciudad, tan lejos de su familia y su pueblo. Por mí sentía un amor verdadero, pero muy a su modo, pues no podía aceptar que yo creciera; le daba miedo y le causaba inseguridad. Yo, casi una ingeniera trilingüe, viajada, y con una carrera profesional en permanente ascenso,

crecida en una familia culta y muy leída; él, un simple contador público bastante mediocre y estancado en su carrera profesional, hijo de un profesor rural y un ama de casa. Sólo quería tenerme para él y que yo no me saliera de su control. Era su niña, y al fin podía ser el fuerte y hacérmelo sentir. Yo lo necesitaba y él quería ser necesitado. Así que en la época de la enfermedad de mi hermano funcionamos muy bien. Llegamos a ser el uno para el otro.

Aprendí a disfrutar del béisbol, conocí a los Diablos y a los Tigres, me familiaricé con el estadio del Seguro Social y hasta me hice fan de su tocayito “don Fernando Valenzuela”. Gocé de los palenques y de las peleas de gallos; canté con los Bukis y bailé ranchero y apretado. Los fines de semana tardeábamos con sus amigos entre copas, chistes y guitarra, y nos amanecíamos cantando. Al lado de Fer todo era nuevo y entretenido. Yo era muy feliz.

Cuando compró el rancho, internamos a Joserra y mi madre se enclaustró, se acabaron las salidas juntos. Los fines de semana empezaron a ser muy duros. Fernando tenía que ver a sus caballos, puercos y gallinas, y había empezado a sembrar sandías, así que se tenía que ir casi cada fin de semana, y yo no podía acompañarlo pues tenía que quedarme en casa.

En esos fines de semana empezó a ser muy difícil huir de la depresión de mi mamá y de la realidad de la locura que poseía a mi hermano. No había trabajo, ni diversión, y a Fernando no le gustaba que yo saliera a pasear con mis amigos cuando él no estaba. Le daban muchos celos. Así que me dedicaba a poner un poco de orden en la casa. Me levantaba temprano y me llenaba de quehaceres. Nuevamente evitando sentir y pensar. Me convertí en ama de casa y mamá de mis hermanos. Iba al mercado, cocinaba, limpiaba todo, bañaba *al Nefasto*, lo sacaba a pasear y, por la tarde, me llevaba a mis hermanos al cine o a dar una vuelta.

EL JUEGO DE FUTBOL

Ese sábado, cuando me levanté, me encontré con mi madre bañada y vestida, sentada en el comedor.

—Hija, hoy hay un juego de futbol en la clínica. Joserra está en el equipo y vamos a poder verlo jugar en el jardín a través de la puerta. Necesito que me lleves, pues no sé si resista.

Desde que Joserra se nos escapó de la clínica del doctor de la Guadalupe Inn, mi madre no había vuelto a verlo y no sabía cómo podía reaccionar. Además, el doctor le recomendó que no fuera sola.

Eran las diez de la mañana cuando nos subimos al *vocho* camino a la clínica. Habían pasado más de cuatro meses desde que lo dejamos ahí. Cuatro meses desde que perdimos a mi mamá, a mi hermano, nuestro pequeño patrimonio y nuestra paz y tranquilidad. Cuatro meses en los que mi mamá había ido todos los días a la clínica a dejarle un detalle a mi hermano, pues el doctor decía que era importante que Joserra no perdiera contacto con la realidad, que aunque no se daba bien cuenta en su locura, era importante hacerle saber que afuera lo estábamos esperando, que tenía una familia que lo quería y deseaba que se aliviara. Así que cada día, a través de la enfermera, Joserra recibía recaditos de mi mami con chocolates, cigarros, dulces, un libro, un poema, un juguetito, una camiseta o algo. Un signo de amor y de esperanza.

Al atravesar las rejas de la clínica el corazón se me volvió a achicar. Ese horrible caserón tenía a mi hermano recluido. Bajamos del coche y seguí a mi madre por la escalera. Entramos en silencio y fue entonces cuando me percaté de la familiaridad con la que mi madre se desplazaba por la recepción y saludaba a todos.

La cochina clínica ya era parte de su vida.

—Señora, su hijo ya está en el jardín, si quiere verlo pase por acá, por favor —nos dijo un enfermero.

Entramos por un pasillo hasta llegar a una puerta de cristal, protegida con rejas, que daba a un jardín. Nos acercamos lo más posible al cristal para tratar de identificar a los jugadores. A primera vista percibí a más de una veintena de muchachos repartidos en el campo. Trataba de encontrar entre los cuerpos a mi hermano, cuando escuché un grito que mi madre alcanzó a reprimir súbitamente con sus manos temblorosas.

—Ahí está —alcanzó a decir, antes de romper en llanto.

Le pasé mi brazo por los hombros y dirigí mi vista hacia donde me indicaba con el dedo.

Lo identifiqué, estaba de espaldas. Había engordado como diez kilos, reconocí su caminar de sapo, sus movimientos torpes y lentos. Nunca había sido bueno para los deportes, pero ahora se veía peor. Se movía con dificultad y sin coordinación.

—Mira, ma, es el portero, de seguro no le van a meter ni un solo gol —dije después de un gran silencio para alentarla.

Durante más de una hora estuvimos ahí paradas, viendo a mi hermano convertido en un ser desconocido que trotaba torpemente entre tropezones y caídas provocadas por una descoordinación de movimientos preocupante.

Vimos un juego fuera de toda lógica, donde nadie atinaba a la pelota y mucho menos a la portería, donde cada quien tiraba en sentido contrario, o sin sentido alguno. Escuchamos gemidos y gritos de euforia y de locura. Gritos de desesperanza.

“Estoy loco y ningún otro loco me va a quitar la pelota”, se escuchó al tiempo que un pelón tomaba la pelota entre sus brazos y se tiraba al suelo. Todos lo rodearon rogándole que la devolviera, pero éste no cedía, así que después de un tiempo, uno de los enfermeros entró al edificio de enfrente y sacó una nueva bola. Después de casi diez minutos el juego siguió su curso.

“¡Sálvese quien pueda, sálvese quien pueda!”, gritaba un hombre que corría en círculo por todo el jardín haciendo caso omiso del juego.

“La bola está viva, está viva, no la pateen, es una trampa, nos tendieron una trampa, la bola esta viva”, repetía entre lágrimas otro jugador en un rincón del jardín, mientras el juego proseguía.

De pronto, a lo lejos, frente a nosotros, se paró en seco un joven muy delgado que encontró mi mirada. Lentamente levantó su brazo, me señaló y comenzó a caminar decidido hacia mí. Sentí miedo de que Joserra nos viera, mi respiración empezó a agitarse. Aun cuando el vidrio de la puerta de cristal era oscuro y antirreflejante, yo estaba segura de que el tipo me había visto y venía a delatarme.

El joven no me quitaba la vista de encima, se acercaba más y más, y yo ya estaba verdaderamente nerviosa. Pero por alguna razón yo tampoco podía desviar la mirada de su persona. Mantuve mi vista fija en la suya, como atraída por un imán, todo el trayecto mientras se desplazó hasta llegar a la reja que nos separaba del jardín. Fue ahí cuando mi madre lo vio, volteo hacia mí y, al ver que yo le sostenía la mirada, me tomó del brazo y me susurró al oído, como si de un perro rabioso se tratara:

–No le tengas miedo y no te muevas. Pronto se irá.

El loco tomó la reja entre sus manos mirándome con más intensidad, clavó su cara entre los barrotes como si tratara de tocar mi nariz con la suya y soltó el primer canto.

“Hay una rata en la cocina y yo no sé que voy a hacer. Hay una rata en la cocina y yo no sé que voy a hacer. Hay una rata en la cocina y yo no sé que voy a hacer.” Así lo repitió sin parar por más de cinco minutos, sin respirar siquiera, más acelerado cada vez, más rítmico, de pronto lento, agudo, a ritmo de rock, de blues, de cumbia, de jazz... Pero sin pestañear ni una sola vez, con sus ojos fijos en mis ojos como una cobra hipnotizándome.

Estuve paralizada un momento, hasta que entendí que no había peligro, sonreí y traté de seguir el ritmo con mi cuerpo. Poco a

poco le hice señas de que bajara la voz, que no gritara. Lo saludé. Nada resultó. Sentí que había algo en mis ojos que él buscaba, algo que no estaba en mí. Volví a ponerme rígida frente a él sosteniéndole la mirada y deseando que encontrara lo que buscaba y que me devolviera mi espacio vital.

Nos conectamos. Sus ojos se clavaron en los míos y me traspasaron mientras cantaba.

“Sí, nena, sí. Hay una rata en la cocina, en la cocina, en la cocina, y yo no sé, no sé, no sé, de verdad que yo no sé, qué voy a hacer”, concluyó en un tono hondo como de dolor, de inmenso y profundo dolor.

Soltó las rejas, mantuvo la respiración agitada frente a mí y dejó caer sus babas sobre su ropa. Así, lentamente, muy lentamente, dio media vuelta y regresó al campo.

Sentí las cálidas manos de mi madre acariciando mi cabeza y respiré. Confundida, traté de recuperar la respiración y la energía que ese chico me había robado.

—Cuidado, te van a meter gol. —Al volver mi atención al juego, vi a un viejo en pants negros que le gritaba a mi hermano.

—¿Estás loco? Soy el mejor portero —respondió éste.

—Sí, estoy loco —contestó el de los pants—. Y te digo que te van a meter gol. Todos estamos locos. Pero la diferencia es que yo veo el futuro, yo sé lo que te digo, te van a meter gol, vas a ver —gritaba mientras se deshacía en risas—. Te van a meter gol, te van a meter gol, te van a meter gol.

De pronto la pelota se acercó hacia la portería que protegía mi hermano, quien seguía discutiendo con el de los pants y así, poco a poco, como en cámara lenta, vimos como la bola pasó por debajo de sus piernas hasta entrar a la portería.

—¡Gol, gol, gol! —se escuchó en la cancha. Gritos y chiflidos retumbaron en el jardín. Algunos jugadores corrían sin ton ni son, otros se quedaron inmóviles, otros se sentaron, el que lloraba en la esquina se incorporó y corrió a abrazar la bola.

—¡La salvaste, la salvaste, le salvaste la vida! —le decía a Joserra mientras huía con la bola bajo el brazo.

—Te lo dije, veo el futuro, estaba predestinado, no hay nada que hacer, ése era nuestro destino. Te lo dije, te lo dije, te lo dije. Es el destino de los locos —gritaba el viejo de negro—. No hay nada que hacer, esto se acabó, yo lo sabía —decía mientras le daba unas palmaditas a la espalda de mi hermano.

El juego había terminado, varios enfermeros entraron a la cancha a acarrear a los enfermos hacia la puerta de un edificio al fondo. Vimos a mi hermano alejarse de espaldas a nosotros hasta perderlo de vista. Arrastraba los pies con dificultad, caminaba derrotado hacia su encierro.

Costó trabajo despegarnos de la puerta de vidrio. Tardamos algunos minutos.

El impacto había sido muy fuerte.

Estábamos en un manicomio. Se sentía, se vivía, se respiraba la locura.

Mi madre seguía llorando, pero estaba más tranquila, se le veía en paz.

Por fin sentí que recuperaba el habla.

—Siempre fue malo para los deportes. ¿Te acuerdas cuando jugábamos en la primaria? Siempre era el primero en ser expulsado por maleta —dije al fin.

—Sí, lo recuerdo, hija, lo recuerdo muy bien —dijo mi madre tomándome de la mano.

Caminamos juntas en silencio, pasamos la recepción y llegamos hasta el consultorio del doctor en turno.

—¿Cuándo vamos a poder hablar con él, doctor? —preguntó mi madre una vez sentadas frente a su escritorio. Se conocían bien.

—No lo sabemos todavía, señora. Su hijo está en un proceso que no puede ser alterado enfrentándolo con la realidad. Como ya le he explicado, el verlo le podría provocar un retroceso, hay que esperar.

—¿Por qué está tan torpe y tan gordo, doctor? —me atreví a preguntar.

—Está bajo un tratamiento muy fuerte, con mucha medicina para revertir la alteración química del cerebro, y estos medicamentos le inhiben la coordinación motora normal. La gordura es provocada por la falta de ejercicio y el exceso de comida. Por los mismos medicamentos pasa mucho tiempo dormido, pero eso no es grave, ya recuperará su peso una vez que retome sus actividades normales.

—¿Eso quiere decir que se curará y volverá a ser el de siempre? —pregunté.

—Esperemos que sí. Hay casos que toman mucho tiempo, hasta años, y otros sólo algunas semanas. Hay quienes se recuperan totalmente y hacen su vida normal en meses, hay quienes aunque mejoran nunca regresan a la normalidad —me explicó mi madre.

—¿Ves a ese muchacho que va saliendo? —me preguntó el doctor señalando a alguien que caminaba acompañado de una pareja mayor hacia la puerta de salida.

—Sí —respondí.

—Desde hace un mes él ya sale todos los fines de semana, vienen por él los sábados y regresa los domingos. Esperemos que pronto se pueda ir a su casa definitivamente. Lleva aquí tan sólo catorce meses y la mejoría es notoria. No pierdas la esperanza —concluyó.

De regreso, me animé a hablar con mi mamá, era la primera vez que tocaba el tema, pero lo que el doctor había dicho no me dejaba otra opción, había que enfrentarlo.

—Ma, si entiendo bien, esto va para largo. El doctor, aunque no fue claro, nos dejó ver que quizá esto lleve varios meses. ¿Cómo le vamos a hacer? Ya no tenemos dinero y la situación está muy dura. Debemos buscar alternativas, quizá una clínica pública o algo más barato.

—Nunca. Tu hermano necesita toda la atención médica para recuperarse y ésta es la única clínica que me da confianza. Además,

es la que recomienda el doctor Vargas Elías, y él es el único que lo puede curar. Así que cueste lo que cueste ahí se queda.

—Ma, pero hay que ser realistas.

—No quiero oír más. Tu hermano está bajo un tratamiento muy delicado. Le están dando una terapia mixta. ¿Entiendes lo que es eso? Ni idea tienes, si lo supieras te hubieras ahorrado tu comentario. No sabes por lo que está pasando. Cueste lo que cueste, ahí se queda, y si hay que vender todo, lo vendemos, y si hay que pedir prestado, lo pedimos, ya veremos lo que hacemos.

—Ma, perdóname por insistir, pero quizá no estás al tanto de la situación, ya vendimos todo, ya no hay nada, mi papá también nos ha dado mucho y ni así alcanza. Ernesto, Fernando y yo estamos manteniendo la casa, pero no podemos seguir pagando el hospital.

—Hija, entiende de una vez por todas —me dijo suavizando la voz—. A tu hermano le están dando electrochoques. Terapia mixta quiere decir eso, exactamente eso. Le complementan el medicamento con choques eléctricos para restablecer el equilibrio de la química cerebral. ¿Quieres que lo llevemos a una clínica donde le den las descargas eléctricas sin anestesia porque no tienen medicamentos adecuados o suficientes? No podemos hacerle eso, tu hermano nos necesita y en esta clínica tienen lo mejor. El tratamiento no le causa ningún dolor y tiene una enfermera permanente que vigila que no se haga daño. No podemos dejarlo. ¿Te imaginas por lo que está pasando? ¿No los viste? Están locos, hija, y sólo nos tienen a nosotros —dijo antes de regresar a ese silencio que había decidido adoptar como forma de vida desde que internamos a mi hermano.

LA LUZ AL FINAL DEL TÚNEL

Como al mes de haber estado en el juego de futbol, una mañana muy temprano nos despertó el teléfono. Era el doctor Vargas Elías para avisarnos que Joserra había sufrido un accidente durante la noche y que había que llevarlo a un hospital porque estaba delicado.

–Necesito que me autoricen su traslado y me indiquen el hospital de su preferencia.

–¿Pero qué tiene? ¿Qué le pasó? –preguntó mi madre.

–Al parecer tiene una pierna rota y probablemente también una costilla, pero hay que revisarlo urgentemente.

Llamamos a mi padre y él fue por Joserra para llevarlo a la clínica del ISSSTE más próxima, donde le dijeron que no era una simple rotura, que la pierna estaba deshecha y que mejor lo llevara con un especialista. De inmediato se encaminó al hospital donde mi tío Pablo trabajaba como médico internista, lo que garantizaba que nos conseguiría al mejor doctor, una buena atención y quizá hasta un descuento.

Cuando llegamos al hospital, Joserra estaba siendo preparado para la operación y ya no nos dejaron verlo.

Una vez que lo ingresaron al quirófano, el doctor Vargas Elías nos llamó a mi madre, a mi padre y a mí.

Me encantaba, poseía las cualidades que todos necesitábamos en ese momento, era amable, cariñoso, respetuoso y muy ecuánime. Nos saludó de mano a cada uno y se interesó un poco por nosotros. “¿Como va esa electrónica?”, me preguntó en forma de saludo para luego exponernos la situación.

—Anoche su hijo saltó de la ventana de su cuarto, y aunque es sólo un piso de altura, cayó mal sobre el cemento y se destrozó la pierna —dijo dirigiéndose a mis padres—. Al parecer, trataba de escapar. Tiene la pierna molida. Van a tener que reconstruirla, y con la anestesia que requiere tendremos que suspender el tratamiento, pues no podemos mezclarlos. Esto no es común, por lo que no sabemos cómo vaya a reaccionar —explicó.

—¿Cómo? ¿Saltó por la ventana? ¿Por qué quería escapar? ¿Está seguro de que no fue intento de suicidio? —preguntó mi madre.

—Cálmese, señora, sabemos que intentó huir, pues poco antes le dijo al enfermero que ya estaba bien y que quería salir. Al parecer, no se tomó las medicinas que le tocaban por la tarde y tuvo uno de esos momentos de lucidez que seguramente lo hicieron recapacitar sobre su situación.

—¿Cual es su pronóstico, doctor? —preguntó mi padre—. ¿Cuáles son los escenarios posibles?

—Su hijo puede tener dos reacciones sin los medicamentos: puede tener una regresión o, por el contrario, un avance. La mente es maravillosa, pero sigue siendo una incógnita para la ciencia. Se puede dar el caso de que nos dé una sorpresa positiva —respondió.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó mi mamá.

—El hecho de que José Ramón haya decidido saltar por la ventana puede significar que ya quiere salir y terminar con todo esto. A veces, dentro de la oscuridad en la que se encuentran, alcanzan a ver la luz al final del túnel y deciden seguirla. Ojalá sea el caso. Habrá que esperar.

—¿Podemos hacer algo para ayudar? —preguntó mi padre.

—Sí, mucho. De momento no es conveniente que cuando despierte los vea a los dos juntos. Puede crearle una confusión muy grande. Hace muchos años no los ve juntos y en su mente tiene registrada una separación física. Tenemos que evitarle emociones fuertes y no debemos crearle mayor confusión, así que recomiendo

que sólo uno de ustedes esté con José Ramón durante su convalecencia.

—¿Quién sugiere? ¿Cuál de los dos? —cuestionó mi madre.

—José Ramón ya ha visto a su padre al llegar al hospital, y con esa imagen entró al quirófano, así que mi consejo sería que usted no lo vea en este periodo, señora —respondió el doctor.

—¿Qué hay de mí? —pregunté.

—Desde luego, tú tienes que apoyarme —contestó rápidamente mi padre—. Te voy a necesitar, *Tlacuila*, no sabemos cómo se va a poner la cosa, ya escuchaste al doctor.

Busqué los ojos del doctor, deseando que me liberara de tal responsabilidad, pero al sentir su mano sobre mi hombro y escuchar un “sé fuerte, tu hermano te va a necesitar”, entendí que no había opción.

Traté de buscar la salvación en mi madre, pero al voltear mis ojos hacia ella, me di cuenta de que lo que acabábamos de escuchar le afectaba más a ella que a mí. Estaba desolada.

—Doctor, necesito verlo, al menos permítame darle un beso antes de que despierte —imploré.

—Está bien, señora, en cuanto salga de la sala de operaciones le aviso para que pase al cuarto y lo vea.

No fue sino hasta mediodía cuando nos avisaron que la operación había terminado. Le tuvieron que poner varios clavos, pues se había deshecho la tibia y el peroné.

Toda la familia estaba reunida en el pasillo. Vimos pasar la camilla frente a nosotros. Mi madre se levantó y se acercó a la puerta. Esperó hasta que el doctor le hizo una seña y entró al cuarto. La vi dar dos pasos más y desaparecer. Imaginé lo que pasaba adentro: se acercó sigilosa como fantasma hasta el lado de mi hermano y le acarició el pelo, le besó la frente, las manos, la cara, casi la escuché decirle cuánto lo amaba y rogarle que no se diera por vencido. Sentí cómo le transmitía ese gran amor que siempre nos había profesado.

Mi madre nos adoraba, muy a su manera. Siempre vivió por y para nosotros, con esa sobreprotección abrumadora y ese amor asfixiante. No sé si esa intensidad con la que nos amaba era lo mejor para nosotros, no sé si ese control y ese intenso cuidado e interdependencia le terminaba dando mayores beneficios a ella que a nosotros. Pero así era, ¿y por qué no?

¿Qué cuando amamos no estamos buscando nuestro propio beneficio? Seguro que sí y mi madre lo tenía. Era feliz volcándose sobre nosotros, siempre ahí, siempre presente en todo momento cuando nos sentíamos débiles o desvalidos, cuando estábamos en problemas o ella creía que lo estábamos.

Con esa indomable vitalidad que la caracterizaba, con esa fibra vital, dura, resistente, capaz de librar cualquier obstáculo, así nos amaba.

Qué trabajo le costó que dejáramos de ser sus niños; creo que para ella nunca crecimos. Estoy segura de que incluso en ese momento, ahí en el cuarto del hospital, ella estaba con su bebé, con su hijito indefenso. Estoy segura de que en ese instante mi mami hubiera deseado tomar a Joserra en sus brazos y amamantarlo y cuidarlo y mimarlo, como lo hacía cuando éramos niños, curándonos de todo mal con su calidez. Sentí su amor y su sufrimiento en mi piel, sentí cómo llenaba mi pecho y llenaba a borbotones mi garganta.

El dolor tenía la fuerza de una gran cascada que salía por mis ojos, arrastrando todo ese sufrimiento que se iba acumulando en mí según imaginaba a mi madre con mi hermano inconsciente ahí dentro. Entendí que mi madre, con todo su amor, había caído en un profundo agujero y que yo no había ni siquiera intentado detener su caída. Sentí un torbellino de tristeza que me arrastraba y no traté de evitarlo.

De pronto escuché la voz de Fernando en mi oído.

—¿Y ahora qué? ¿Por qué estás chillando si todo está bien?

—Por nada —dije levantándome, y me fui al baño, donde me refugié a llorar y llorar hasta que se me agotaron las lágrimas.

Cuando me tocó entrar al cuarto, Joserra seguía dormido.

Al verlo ahí tan tranquilo, recordé los días felices al lado de mi hermano.



Recordé, por ejemplo, nuestros paseos al rancho de mi tío Germán, donde se producía la leche La Ranita. Era un rancho de verdad, con vacas, patos, ranas, renacuajos, gallinas, perros y un campo inmenso para jugar, donde pasamos muchos fines de semana y muchas vacaciones.

Fue una de las mejores épocas de mi niñez.

Construíamos maravillosos papalotes que lanzábamos al aire, algunos volaban, otros no, pero nos entreteníamos haciendo planos, comprando palos, papel y cordel, preparábamos el engrudo y hacíamos figuras de todos tipos. Jugábamos escondidillas entre la paja, atrapábamos ranas y renacuajos, gozábamos a mi abuelo y sus cuentos de brujas, las grandes monedas que nos daba de domingo y dormir acurrucados entre sus brazos. Las luchitas, espadaños y retozones con mis tíos, mi mamá y mi papá. Pasábamos todo el día en el campo, brincábamos reata, nos daban vueltas alrededor de su cuerpo sosteniéndonos sólo de las manos y haciéndonos volar alto, muy alto. Pescábamos, ordeñábamos vacas, correteábamos perros, reíamos y nos divertíamos todos juntos. Era la felicidad de a de veras, la verdadera vida y ahí estaba Joserra, feliz, disfrutándola.

Ahora Joserra era otro. Me asustó mucho imaginar por lo que estaba pasando. Me sorprendió darme cuenta de cuánto quería a mi hermano. Percatarme de que en mí había verdadero amor hacia él y que nos habíamos alejado tanto. Pero estaba el recuerdo de nuestra infancia en la que nos mantuvimos tan unidos.

Además de mi madre, y a veces Fernando, Joserra era el único que me decía “te quiero”. Tomaba mi cara entre sus manos o me

abrazaba suavemente antes de despedirnos y me lanzaba un “Mabel, cuídate. Te quiero”. Joserra me abría su corazón.

Nunca he creído en Dios ni en los milagros, pero ese día quise creer. Creer en algo superior, creer en la ciencia, en la medicina, en la tecnología, en mi hermano y en la luz al final del túnel.

—Joserra, ahora que despiertes, quédate con nosotros —le susurré al oído—. No te vayas otra vez, te necesitamos aquí, presente. Ya fuiste lo suficientemente valiente para regresar a este mundo, quizá más duro de sortear que aquel del que huiste, pero éste es el real. Ven y moldéalo para que no te duela y no te lastime. Yo te ayudo, no es tan difícil, quédate, hermanito, ya no te vayas... Ya no puedo más. ¿Que pasará con mi mami, si te pierde? No la veo cargando ese peso de haberte dejado ir, no la veo sobrevivir con esa culpa que la está carcomiendo por dentro.

Lo veía ahí durmiendo y lo imaginaba luchando por salir del túnel, por alcanzar la luz. Veía a mi hermano cómo moría y vivía al mismo tiempo: había decidido morir a nuestra realidad y vivir una nueva, suya. Lo invitaba una y otra vez a no darse por vencido. Le expliqué que mi madre, como él, había perdido su espíritu de lucha con la enfermedad y que juntos teníamos que ayudarla a recuperarlo.

¿Quién era él en ese momento? ¿Cómo comprender toda esa complejidad que abarcaba su ser?

Amaba a mi hermano, ahora lo sabía, no sólo porque vivimos juntos bajo el intenso y profundo amor de mi madre. No sólo porque lloramos juntos la desoladora separación de mis padres, no sólo por esa espléndida niñez llena de aventuras y travesuras, sino por él mismo, por su forma de ser, de pensar, de sentir. Por eso lo amaba, por ser como era.



Joserra despertó bien. Aunque muy adolorido, parecía bastante cuerdo y razonable. Así estuvo los dos primeros días. Todos está-

bamos jubilosos y llenos de esperanza, menos el doctor, quien decía que era muy pronto para cantar victoria.

Tenía razón. Al tercer día se nubló una vez más el panorama.

Estábamos solos los dos, viendo una película en el cuarto, cuando de repente me gritó:

—¡Dame tu mano, Mabel, deténme fuerte, no quiero caerme, ayúdame, sosténme, no me dejes! ¿No ves lo profundo que está? Haz algo, no me sueltes, está hondo, muy hondo. ¡Míralos, me quieren allá con ellos, se ríen, saben que no puedo huir, ayúdame, carajo!

Yo lo agarraba lo más fuerte que podía, estaba asustada, todo fue tan de repente, pero fue en vano, mi hermano se fue. Busqué su mirada, pero sus ojos estaban vacíos. No había nadie.

—¡No me sueltes! —gritó, mientras se desprendía de mí.

Ya no estaba conmigo, se fue con ellos. Se puso a hablar con ellos. Discutía cosas que yo no entendía, reía, se excitaba, gritaba, los insultaba, los señalaba.

De pronto, sin entender cómo, lo vi mirándome de nuevo, suplicante, aterrado. Había vuelto. Otra vez estaba conmigo.

—¿Joserra? —susurré—. ¿Estás aquí?

—Nada existe, ¿verdad? Nada es real, ¿verdad? Son mis visiones. El suelo está plano. Mabel, no hay vida allá abajo, ¿verdad? —tomó mi mano y la acarició, la visión había terminado—. ¡Quiero curarme, no los quiero volver a ver, no quiero regresar, me dan miedo, sálvame, acábalos, los odio! —me dijo llorando.

Lo abracé mucho, muy fuerte, lo protegí como mi madre hacía con nosotros.

—Ya no están, Joserra. Todo ha terminado, todo ha terminado. Estas aquí y no te vamos a dejar ir.

Ahora Joserra sabía que había otro mundo. Un mundo donde no estábamos nosotros, sino ellos, con quienes no quería estar. Acababa de decidir que quería quedarse con nosotros.

Yo no entendía el proceso, pero me preguntaba si Joserra estaba listo para conocer la verdad, para entender la explicación científica

de por qué esa mente extraordinaria que poseía, esa mente dotada de una sensibilidad suprema lo hacía vacilar entre dos mundos.

Al llegar el doctor le comenté todo y dijo que lo sabía, que las alucinaciones regresarían.

–Esperemos que sean leves y esporádicas –dijo, pero no fue así.

La noche siguiente, estando profundamente dormida en el sillón del cuarto, oí mi nombre.

–Mabel, Mabel, ven, tengo que contarte un secreto, párate, acércate, ven, tócame aquí –me dijo.

Todavía medio dormida me levanté y fui a su lado.

–Préstame tu dedo, tócame aquí –me dijo poniendo mi dedo en su sien.

–¿Sientes el hoyo?

–No, no siento nada, ¿qué pasa?

–Prende la luz, es pequeño. Pon atención y velo, pasa tu dedo y siéntelo. Velo con cuidado, es una marca, aquí en la sien, también está del otro lado, se ve como un punto blanco y un poco hundido, me lo sentí el otro día mientras me bañaba y ya me los vi en el espejo. ¿Puedes verlos? –preguntó.

–Sí, veo algo.

–Es la marca de los toques que me dan. Me encierran en un calabozo en el sótano, me amarran del techo y me dan descargas eléctricas. Me quieren matar, Mabel. De verdad, créeme, puedes ir a la clínica y constatarlo tú misma, se lo hacen a todos. Pídeles que te dejen ir al sótano o ve con la policía y exídeles que te dejen entrar y verás el lugar donde nos torturan. Por eso escapé. Mírame, yo ya estoy bien y no me dejan salir, ni verlos a ustedes, por eso salté por la ventana, ya no soporto más.

A la mañana siguiente, a primera hora, le llamé a mi papá por teléfono y le conté todo. Estaba tan mortificada que no podía respirar bien, hablaba rápido y entrecortadamente como sin hilar las ideas.

—Cálmate. No hagas caso. Es la imaginación de tu hermano. Eso no puede ser. El doctor no lo permitiría, lo conoces.

—Pa, tienes que verle las marcas, me las enseñó, de verdad tiene algo raro y no tiene por qué inventar. Ya está bien, tú lo has visto estos días. ¿Por qué querría escapar? Si lo trataran bien, no hubiera huido.

—Ya te explicó el doctor. No creas todo lo que dice. Está enfermo. Esta tarde hablaré con él para que estés tranquila.

—Pa, a lo mejor el doctor no es tan confiable, mejor vamos con la policía y no le digas nada.

—Deja de decir tonterías.

Al escuchar esto último colgué y localicé a mi madre. Sabía que si mi padre no me iba a escuchar tenía que hacer algo, tenía que estar segura de que mi hermano no iba a volver a pasar por lo mismo. No, si yo podía evitarlo.

Sabía que al contrario de mi padre, mi mamá sobrerreaccionaría. Yo lo prefería, no podía volver a traicionar a mi hermano.

MI PADRE

No es que mi padre no me creyera. Es que tenía que ser tan hombre, tan viril, que no podía mostrar flaqueza. Me costó mucho tiempo entender por qué le era tan difícil aceptar la enfermedad de mi hermano. Claro que para él era mucho más fácil culpar a las drogas y negar los hechos que tratar de entender, y sobre todo aceptar, nuestros orígenes y la historia de esta familia disfuncional que truena y destapa la cloaca.

José Antonio, mi padre, creció entre las Juventudes de la Falange española. Marchaba, siendo “flechilla”, con su pantaloncillo corto color gris, su camisa azul con el emblema de la Falange bordado en rojo sobre su pecho izquierdo, su boina roja, sus calcetas, sus escarpines blancos y sus botas, cantando:

Cara al sol, con la camisa nueva, que tú bordaste al rojo ayer,
me hallará la muerte si me llega y no te vuelvo a ver.
Volverán banderas victoriosas al paso alegre de la paz
y traerán prendidas cinco rosas, son las flechas de mi haz.

Nos deslumbraba el brillo de sus ojos y el orgullo a flor de piel que se le notaba al relatarnos sus grandes hazañas que lo habían llevado de ser flechilla a capitán de falange, y de ahí a capitán de centuria, con la responsabilidad de cien hombres a su cargo. ¡Uy! Cómo se emocionaba al revivir aquel día en que el Generalísimo le entregó, en la Plaza de San Marcos, el estandarte que le dio nombre a su grupo: “La Centuria de Lepanto”.

Su juventud en León, España, qué melancolía, la cecina y el buen vino, los vitrales de la catedral de León, donde descubría

con mi abuelo cómo a cierta hora del día, cuando los rayos del sol los traspasaban, en lo alto de la iglesia, clarito podía percibirse el movimiento armonioso de uno de los caballos que parecía volar muy alto. Aquellas misas semanales en la iglesia de San Marcelo en las que, durante la comunión, bajaban las dos banderas de la España franquista frente a Jesucristo crucificado, entre los cantos de *Cara al sol* y la *Marcha real*.

“La Virgen María es nuestra protectora”, cantaba mi padre a todo pulmón cuando le tocó llevar a su centuria de Alicante al Escorial, para honrar el camino que recorrió el cadáver de José Antonio Primo de Rivera al ser rescatado por los falangistas de la cárcel de Alicante, donde murió, y ser depositado en El Escorial, con todos los honores que le correspondían.

Qué difícil le ha de haber sido vivir en ese ambiente tan castrotrante. Sólo de pensar en la rigidez con la que fue educado se me retuerce el corazón. Sólo de pensar en la severidad con que la abuela María, su madre, lo castigaba vistiéndolo de mujer y exhibiéndolo en el balcón de la casa para ser la burla de sus amigos, se me achica el alma.

Debe haberla pasado muy mal al tratar de justificar con su familia la decisión de mi madre de divorciarse de él, y después la enfermedad de José Ramón, pero sobre todo ante la abuela María.

Yo fui la consentida de la abuela, la primera nieta después de seis hijos varones, así que no tuve mayor problema con ella. Al contrario, hasta trataba de ser dulce conmigo y me ofrecía heredarme sus lápices labiales cuando fuera una jovencita de quince años. Insistía en educarme contra las indicaciones de mi madre, quien era su verdadero problema. Tan rebelde, tan desobediente, tan poco formal. No podía con ella, por lo que siempre la rechazó, aunque la soportó mientras estuvo casada con mi padre, supongo que por la conveniencia de la relación entre las dos familias.

—¿Qué podéis esperar de una mujerzuela como Macarena, que optó por retornos y ridiculizarnos ante la Colonia Española y ante toda

la sociedad, al exigirle el divorcio al pobre de José Antonio? Desde luego, una mujerzuela de esa calaña lo único que busca es otros hombres. Es lógico que con ese ejemplo los niños terminen mal. Hombre, pero si estoy segura de que José Ramón será sólo la primera muestra de la ligereza de la madre. Ella es la única culpable y no tratéis de disculparla. Mira que haberse hecho artistilla de televisión, en lugar de seguir la vida decente que le ofrecía mi hijo. ¡Dios nos libre! —se le escuchaba decir cada vez que tenía oportunidad.

Claro que para ella no existía la locura. El muchacho se había descarriado, seguramente era un mariguano y la única culpable era la madre que había osado dejar a su hijo por una vida ligera.



Al contrario de mi madre, yo adoraba a mi padre. Siempre fue mi ídolo, por eso cuando mi madre lo dejó, yo me hice su novia. A mis ocho años, justo después del divorcio, Súper Ramírez sólo tenía ojos para mí y me dedicaba todo su tiempo libre.

Me llevaba a todos lados, éramos una pareja feliz. Viajábamos mucho y pasábamos casi todos los fines de semana juntos. Bueno, hasta los días que no había escuela me llevaba a su fábrica y a sus citas de negocios. Un día me invitó a Monterrey a ver a unos clientes en un restaurante muy elegante. Yo iba muy nerviosa: el avión, la cita, en fin, todo parecía muy serio. Entendía que era un asunto muy importante para mi papá y no quería hacerlo quedar mal. Me había arreglado muy bien. Mi papá me había llevado al salón de belleza en la mañana y estaba estrenando un traje que él me había comprado muy a su gusto, para la ocasión. Pero con todo y todo me sentía muy insegura. Mi papá me había dicho muchas veces cómo comportarme, pero era la primera vez que lo iba a poner en práctica en una cita elegante y me daban náñaras de regarla.

Toda la comida estuve calladita y cuidando muy bien de comer adecuadamente, con los cubiertos bien agarrados, la boca ce-

rrada, bocados pequeños, cuidando de no tirar el vaso, de usar bien la servilleta como me había enseñado mi abuela, limpiándome sólo con las puntitas. Y no carcajearme, pues mi papá decía que las señoritas sonríen discretamente, pero por ningún motivo se ríen como marimba, como mi madre, como mi hermana Mariana o como yo. También cuidé de no pedirle directamente al mesero mi refresco, sino decirle muy dulcemente a mi papá que él lo hiciera por mí, como me había indicado que se hacía. Y, sobre todo, traté de no olvidar que el hombre te debe jalar la silla al sentarte. Así que cuando regresé del baño esperé a que mi padre lo hiciera para mí, pero estaba tan concentrado en la plática que tuvo que hacerlo el mesero. Ninguno de ellos se levantó al verme llegar, pero fue la única mala señal que tuve durante toda la comida.

Aunque estaba preocupada por el suceso de la silla, al llegar al postre me sentí feliz cuando uno de los señores que ya se despedía dijo:

—Qué gusto haber comido con señorita tan distinguida, tan bonita y tan bien educadita. Felicidades, José Antonio, tienes una hija perfecta.

Y eso no fue todo. Cuando ya nos quedamos solos mi papi y yo, de pronto se apareció el capitán de meseros y, ofreciéndome una rosa, le dijo a mi padre:

—Permítame halagar a esta señorita tan linda que lo acompaña.

¡Uy!, cómo me sentí. Una verdadera dama de sociedad. Había pasado la prueba. Era la primera vez que alguien me regalaba una flor y me la habían dado en mi primera cita elegante con Súper Ramírez, no cabía en mí de felicidad. La tomé con cuidado del tallo y la cargué como medalla durante todo el viaje de regreso a México. Todos me envidiaban al verme pasar. Llegando a la casa la puse en un florero junto a mi cama y dormí con su aroma. Había sido mi gran día.

Cuando la rosa se secó, la deshojé y guardé sus pétalos entre las páginas de mi libro de *Mujercitas*, donde permanecieron muchos años.



Era mi padre-novio, el ídolo de mis aventuras y mis sueños, mi cazador intrépido. Mi Daniel Boone, mi capitán Custer. Un día, después de haberse internado en la selva por varias semanas de cacería, llegó con unos lince que había matado para Lola, para Mariana y para mí.

—Vámonos —nos dijo—. Vamos a la modista a que les tome medidas, pues les voy a hacer unos abrigos con estas pieles que les traje.

Me subí emocionadísima al coche y no dejé de darle besos todo el camino, mientras nos contaba cómo se le había enroscado una víbora en el cuerpo mientras dormía y cómo había escapado de las garras de un leopardo.

—¡Yo escojo primero! —grité al llegar a la tienda de telas. Por supuesto, no había de otra: yo siempre ganaba adelante del coche, escogía el mejor caballo en Ixtapan, escogía la película y todo lo demás. Era su *Tlacuila*, su hija-novia, su consentida—. ¡Yo quiero azul-gris! —volví a gritar, corriendo hacia donde se encontraba la tela que había elegido. Mariana se decidió por un rojo vino y a Lolis le escogimos el azul marino. Todos iban a llevar el cuello, los puños y la bastilla de piel de lince.

¡Guau! Quedaron preciosos. Yo no me quitaba el abrigo ni en los días de más calor y a todos les decía: “Este animal se llama lince, y lo cazó mi papá para mí en la selva después de pasar muchos, pero muchos peligros”.

Soñaba con ir a la selva con él cuando cumpliera quince años, como me lo prometió tantas veces. Quería cazar changos, jabalíes, lince, tigrillos y muchos animales más.

Desafortunadamente ese día nunca llegó.

Al cumplir once años, un buen día mi papá me invitó a comer con él, pero este día no era una cita de amor, sino por el contrario, fue una cita de desamor. El motivo de la invitación era comunicarme que se volvería a casar.

Qué humillación, qué celos, qué dolor, qué traición.

Seguí viéndolo los fines de semana y, por un tiempo, conservando mi lugar, seguí siendo su niña adorada. Incluso fui su pajecito de boda, lo cual me hizo mucha ilusión. Es más, en un principio hasta me llevaba bien con Esther, su mujer, pero luego me di cuenta de que ella sólo fingió cariño hacia mí para atraparlo, pues ya que lo tuvo seguro, sacó el cobre y se convirtió en mi peor enemiga.

Todo terminó entre nosotras el día que mi madre sería la locutora en México de la transmisión de Miss Universo. Como siempre, mi madre le pidió un vestido prestado a mi tía Esperanza y unas joyas preciosas, y nos fue a dejar a casa de mi papá antes de irse a trabajar. Yo me moría por verla, pues estaba segura de que se vería guapísima, así que cuando llegó la hora corrí a la recámara de mi padre a encender la televisión. Como siempre, todos nos tiramos alrededor de la caja negra y esperamos a ver salir a mi mamá. Cuando la vimos aparecer, enmudecimos. Quedamos impresionados con su belleza, hasta que Esther rompió el silencio con su estúpido comentario.

—Claro, ahora entiendo por qué no le alcanza el dinero que le das —le dijo a mi padre—. Si todo se lo gasta en vestidos y joyas.

—El vestido, el collar, los aretes y el brazalete son de mi tía Esperanza —respingué—. Mi madre no tiene dinero para esas cosas, así que mi tía que tiene un guardarropa precioso siempre le presta ropa.

—Mira nada más qué entrenaditos los tiene, hasta les ha enseñado a mentir para seguirte sacando el dinero. A ver si ya te das cuenta en manos de qué mujerzuela estuviste enredado y dejas de caer en sus chantajes y manipulaciones —insistió Esther.

—¡Mi mami, no es ninguna mujerzuela, es una mujer seria, no una puta como tú! —alcancé a contestar justo antes de que mi padre me cerrara la boca de una bofetada y me mandara a encerrar al estudio, donde pasé la noche.

Qué injusto, qué cerdo, si ella había empezado, yo sólo había defendido a mi madre. “Claro, la prefiere a ella, a mí ya no me

quiere”, pensaba en el encierro. Estaba triste y muy enojada, es cierto, y me dolía el corazón por el golpe de mi padre, pero en el fondo también estaba contenta, pues le había dicho a esa vieja lo que se merecía.

Desde ese día la relación con Esther fue más tensa que la mismísima piel de un tambor, casi no nos hablábamos y yo trataba de no ir a casa de mi papá para no verla. Me sentía ofendida y desplazada. Pero eso no fue nada, pues el verdadero abandono vino poco después, con el nacimiento de su primera hija, María Esther. Ahí sí fue como si me mutilaran. Como si me arrancaran lo más precioso de mi ser, a mi padre-novio. Esa niña fea y llorona que desde los primeros días ocupó todo el espacio, ella y su ridícula perra, la *Cuchicuchi*. Nombre más meloso no pudieron encontrar para esa minúscula *french-poodle* cursi y ridícula que vigilaba la cuna de la bebé día y noche con sus agudos y espantosos ladridos.

Así empezó la pérdida. Poco a poco María Esther me fue despojando de todo. Empezó por mi cuarto, mi clóset, mis fines de semana, hasta que terminó quitándome a mi padre por completo. Su atención, sus cuidados, sus caricias y hasta esa amorosa sonrisa que él tenía sólo para mí.

Al poco tiempo la cosa empeoró, pues llegó María Antonieta, su segunda hija, así que si algo todavía quedaba se perdió totalmente.

Era una pérdida tras otra, despecho tras despecho, golpe tras golpe y dolor tras dolor.

Cuando ya no pude más, imité a mi madre y yo también decidí divorciarme de él. Ese día llegué a casa de mi papá para empacar mi ropa, tal como lo había visto hacer a mi madre. Corrí al clóset a recoger mi abrigo, pero cuando abrí la puerta no pude encontrarlo. Sólo había un abriguito blanco y uno rosa que tenían el cuello, los puños y la bastilla con piel de lince.

—Pa, ¿y mi abrigo? —pregunté.

—Hija, ya no les quedaban ni a ti ni a tus hermanas, así que los desbaraté, les quité la piel y le hice uno a María Esther y otro a María Antonieta, vélos en el clóset, quedaron preciosos.

Lloré y lloré hasta quedar vacía.

Entendí que ya no era mi casa, ya no había nada más ahí para mí, así que siendo una adolescente de catorce años, lastimada y despojada del cariño de mi padre y mis pocas posesiones, cerré ese capítulo de mi vida.

Mi papá y su nueva familia se fueron a vivir a Veracruz. Una o dos veces llegamos a ir a pasar una Navidad, pero fue tan desagradable que borré todos mis recuerdos de esa temporada. La señora no dejaba que las niñas nos vieran, y cuando íbamos para allá ella las mandaba a casa de su madre. Incluso cuando ellas preguntaban por sus hermanos, ella respondía que no éramos sus hermanos, así que perdimos todo contacto.

Como cuatro años después de mi divorcio de mi padre, un día Mariana me dio la noticia de que la mujer de mi papá había muerto. No recuerdo si fue cáncer o algo así. Pero ni en esas circunstancias lo perdoné. Yo a ella nunca la quise y con mi padre tenía mucho coraje y mucho resentimiento, así que me dije: “El que la hace la paga”, y seguí viviendo mi vida como si nada hubiera pasado.



No fue sino hasta la universidad cuando volví a verlo, cuando intenté reencontrarlo.

Yo ya tenía veinte años y había trabajado mucho en mi psicoanálisis el rollo del abandono, así que hasta creía haberlo perdonado. Nos acercamos un poco, desayunábamos juntos una vez a la semana y nos encontrábamos con gusto por los pasillos, pero no fue sino hasta que Joserra se apareció aquel día en su casa, después de Valle de Bravo, cuando me tuve que acercar a él de verdad para resolver la situación juntos, pues mi madre se negó a hacerlo.

Mi decisión de entrar a la universidad donde él impartía cátedra fue deliberada para acercarme a él y tratar de recuperarlo.

Entonces me di cuenta de que mi padre era otro. Que durante todos esos años había ido cambiando. Que aquel fascista se había convertido en un pensador de izquierda, en un socialista militante que había pasado de lo autoritario a lo liberal, y que era un hombre extraordinario. Ahora era un profesor de la universidad, un investigador, un hombre responsable, agradable, trabajador. Pero por sobre todas las cosas era mi padre.

Supe entonces que mi padre sí nos quería y que sufrió tanto como nosotros. Y hace poco tuve oportunidad de confirmarlo. Le hice una comida en mi casa con motivo de sus setenta años, y fue ahí donde María Esther nos contó que el día que encerramos a José Ramón en la Clínica San Rafael, ese día que vi a mi padre tan entero, tan duro e insensible conmigo, como si nada le importara, cuando regresó a su departamento, abrió la puerta y se desplomó como un bebé en los brazos de María Esther sin poder contener el llanto.

—Después de la muerte de mi madre, es la única vez que lo he visto llorar —nos comentó María Esther ese día y agregó—: En esa época pasábamos por una crisis económica severa, estábamos de la chingada, con la enfermedad de mi madre perdimos toda la lana, mi padre no tenía una buena chamba y, sin embargo, cada vez que necesitaban dinero para alivianar a José Ramón, mi padre lo conseguía. Les daba a ustedes sus tesoros para vender, o él mismo lo hacía. Salía a vender la plata, los cuadros y las pertenencias de valor que aún le quedaban. Nos subía al coche y de platería en platería recorríamos el centro, intentando vender una jarra, un platón, una sopera, o lo que fuera para sacar para completar para el hospital. No era fácil, pues nos querían dar muy poco por cada pieza argumentando que era robada. Desde luego, no teníamos factura de nada. Habían sido regalos de boda, así que había ocasiones en que nos pasábamos todo el día de tienda en tienda

hasta que lográbamos sacar algo decente por una pieza. Vendió sus escopetas, sus trofeos y todo lo que se pudo para ayudar a sacar adelante a éste –nos dijo señalando a Joserra, quien fumaba escuchando el relato.

Ese día quise aún más a mi padre. Hacía como quince años que lo había perdonado, ya éramos buenos amigos y nos queríamos bien, pero me di cuenta de que había vivido equivocada respecto a él.

Con la muerte de su segunda mujer se hizo responsable de sus dos hijas, a pesar de la insistencia de su cuñada que, a falta de hijos, le ofrecía hacerse cargo de ellas.

–Ya perdí cinco hijos, no voy a perder ni uno más –repetía, terco.

Y así fue: él solo las sacó adelante.

Divorciado y viudo tuvo que hacerla de padre y madre y lo hizo bastante bien. Nos volvió a unir como familia. Hoy somos siete hermanos, con un padre lleno de energía que enseña en la universidad, investiga, escribe libros, da conferencias, y hasta tiene tiempo para pasar algún fin de semana con nosotros. Hace un año viajamos juntos a España José Ramón, María Antonieta, mi padre y yo, y no sólo paseamos: reímos, comimos y bebimos como cosacos; pero sobre todo recuperamos parte de nuestra historia y nuestras raíces.

Ahora me doy cuenta de que mi padre, como mi madre, es de carne y hueso y que la pasó tan mal como cualquiera de nosotros. Que actuó como pudo en su momento, tratando de sobrevivir a su dolor y su soledad, sin ninguna intención de hacernos daño.



Hoy, alguna vez logramos reunirnos a comer. Y volvemos a comer como él sabe hacerlo, como vikingo, en majestuosas cantidades. En eso sí creo que nunca va a cambiar. Sigue siendo muy

exagerado, pero tan persistente que logra reunirnos a todos, a los siete hermanos y uno que otro adjunto. Y en esas largas y deliciosas sobremesas, en las que solemos tener catarsis entre grandes cantidades de buen vino, hablamos del pasado, esforzándonos por entender nuestra historia y el proceso de cada uno, entre broma y broma, carcajada y carcajada, con amplio criterio y alegría, pero sobre todo con gran respeto y mucho amor.

LA POWER

Mi mamá siempre fue muy obsesiva y terca. De que se le metía algo en la cabeza, no paraba hasta lograrlo.

Cuentan que de chica se sentaba en una silla que colocaba al borde de una escalera, dando la espalda al vacío y tocando apenas con las patas traseras el filito del escalón, para empezar a hacer equilibrio columpiándose sobre ella. Decía que era algo muy difícil que nadie había logrado, pero que ella encontraría el punto donde la silla quedaría sobre dos patas sin caer. Así se sentaba sobre la silla, con la espalda hacia lo profundo de la escalera, e iniciaba el juego columpiando la silla sobre sus patas traseras. Desde luego, a los pocos segundos se oía el trancazo y el grito de la abuela: “¡Macarena, deja de hacer eso que te vas a romper la crisma! ¡Qué niña tan terca! ¿Por qué se empecinará en romperse los huesos y acabar con todas las sillas de la casa? Ponte a jugar con otra cosa”.

Era imposible. Nada más se levantaba, se sobaba los golpes, se curaba las heridas, si había, y a empezar de nuevo. Por lo general terminaba sentada frente al rincón donde pasaba el resto de la tarde castigada, para iniciar con el juego del equilibrio de la silla al día siguiente.

Esto es sólo un ejemplo de la persistencia de mi “Súper Power”. Nació con carácter, que ni qué.

A veces recuerdo que decidía ponerse a dieta de jugo durante una semana y sólo eso bebía, no habiendo poder humano que la hiciera entrar en razón. También optaba por dietas de agua o uvas o yogurt o pepino o lo que se le ocurriera, le recomendaran o leyera. Tenía una gran fuerza de voluntad y determinación y así era

para todo: sus hijos, sus novios, el trabajo, sus estudios y la familia.

Me acuerdo cuando le ofrecieron ser la locutora del Campeonato Nacional de Fútbol Femenil en la televisión. La pobre no sabía ni lo que era un gol. Pero no lo pensó ni un segundo. “Nunca digas no sé –nos decía–, acepta, y luego te pones a estudiar y aprendes. Para el ser humano no hay imposibles más que los que él mismo se crea.”

Nada más salió de la televisora y corrió a la librería a comprar todos los libros que encontró sobre fútbol, mismos que se pasó estudiando quince días con sus noches. Atarantó a mi tío Gustavo y a Ken Smith, el famoso locutor de televisión que en aquel entonces era su novio, preguntándoles sobre cada jugada y cada juego para no equivocarse en nada durante la transmisión. Aprendimos durante el desayuno, la comida y la cena, sin contar cada semáforo en el camino a la escuela, qué era un tiro de esquina, un fuera de lugar, un tiro libre, un penalti, cuándo era mano, o *faul* o despeje largo y mucho más. Incluso hizo una maqueta en la casa, en la que aprendimos cómo era una cancha de fútbol, las porterías, el centro y qué significaba cada marca en el piso. Pegó un corcho con las fotos de todas las jugadoras de los equipos que podían llegar a la final, con sus nombres, su edad, su estatura, su peso, el estado donde habían nacido, los juegos en los que habían participado, sus familiares futbolistas si los había, y ya no me acuerdo qué más.

Los dos fines de semana que duró el aprendizaje, mi mami jugó fútbol con nosotros en la privada. Aprendimos lo que era un delantero, un defensa, el juez de línea, el árbitro, y hasta nos recordó la importancia del portero. El sábado antes del campeonato, nos llamó a todos al patio para formar una cancha y un equipo ficticio y repasar lo que era un penalti, un tiro libre directo, un tiro de esquina, cuándo se consideraba que había mano, cuándo era un autogol o gol.

Por fin llegó el día de la gran final del campeonato. Todos nos levantamos temprano, nos bañamos y arreglamos muy bien, como si fuéramos a ir de fiesta, y ya listos nos sentamos frente a la televisión. Muertos de nervios gritábamos: “Vamos, mami, tú puedes”. Estábamos seguros de que lo lograría y así fue, lo logró. Sin un solo error, más experta que el mismísimo *Mago* Septián, el entonces famoso comentarista de béisbol, o que el ahora conocido José Ramón Fernández, ella relató y comentó cada jugada hasta con más tino que el propio silbato del árbitro. Ni una sola equivocación. Cada comentario fue acertado y oportuno. Bueno, hasta los gritos de “gol” fueron en el tono y con la longitud adecuada. “¡Gooooooooo!” gritábamos todos en la casa con todo el pulmón, al unísono con mi madre cuando oíamos su voz. Brincamos y aplaudimos como si ella los hubiera metido.



No, para ella no había imposibles y así era con nosotros, y mucho más, pues éramos todo para ella, absolutamente todo. Estoy convencida de que mi madre hubiera sido feliz pariendo y amamantando hijos toda su vida. Tenía tanto amor que dar que no había fin. Era maravillosa. Siempre jugando, siempre inventando trucos para entretenernos con toda la paciencia y el amor del mundo. Nos enseñó a desarrollar nuestro ingenio y creatividad, a gozar con la lectura, la música clásica y hasta la ópera. Con ella hicimos teatro, bailamos, cocinamos, concursamos, conocimos los museos y los parques, con ese sentido del humor que la caracterizaba. Siempre sonriendo, siempre entre sus estruendosas carcajadas que la hacían una madre excepcional.

¿Qué tal nuestras bicis y triciclos de primavera? ¡Uf! Tenían que ser los mejores. Desde que supo que iba a haber concurso, empezamos a hacer los dibujos y diseños, y una vez aprobados por cada uno de nosotros, mandó hacer los armazones a la fábrica de

mi papá con la ayuda de Inocencio. Durante quince días nos puso a todos a cortar papel de china de diferentes colores, a hacer engrudo y a armar y pegar cada pieza hasta hacer de mi bici la carroza de Cenicienta con faroles, puertas y todo. Desde luego, yo iba disfrazada de Cenicienta tal cual, hasta con las zapatillas mágicas. La bici de Joserra se transformó en el carruaje de Ben Hur, hasta con picos que le salían de las ruedas, y él, nada menos que en el mismito guerrero en persona, con todo y armas, botas y escudo. El triciclo de Mariana se convirtió en una espléndida abeja reina y Mariana en una abejita. Así llegamos a la escuela. Transportados por nuestros vehículos psicodélicos y disfrazados de los héroes y personajes del momento, dejando boquiabiertos a todos nuestros compañeritos que tristemente adornaron sus triciclos con sólo algo de papel de color y una o dos flores en el manubrio, la estructura metálica o los pedales. Desde luego, arrastramos con los primeros lugares de las clases de primero, segundo y tercero de primaria. Ésa era mi madre, la superpoderosa, la invencible, *la Power*. Ella tenía que ser la primera en todo, en sus clases de ruso, en la natación, en el karate, en la gimnasia, en sus clases de teatro, en el trabajo, en la escuela, pero sobre todo con sus hijos.

Su amor por nosotros era así, sin límites, generoso y absoluto, nunca condicionado a nuestro comportamiento. Nos aceptaba tal y como éramos, haciéndonos sentir siempre seres perfectos, completos y acabados.

Era tan intensa, que su amor llegó a ser un amor posesivo y obsesivo en serio. Cuando me salí de la casa, el cajón de mi ropa y mi cama me siguieron esperando vacíos, sin poder ser ocupados por mis hermanas, durante más de dos años, a pesar de la necesidad de espacio que tenían en el microdepartamento, pues mi madre siempre confió en que regresaría a su regazo, a su cobijo. No aceptaba nuestra lejanía. Se sumía en una profunda depresión cada vez que alguno de nosotros partía.

Ahora que lo veo de lejos, me doy cuenta de que por eso, muy sabiamente, nunca volví, ni por una sola noche. Me daba pavor volver a caer en esa sutil posesión y no tener de nuevo la fortaleza para librarme. Era tan cómodo vivir bajo sus alas, tan cálido, tan seguro, que una vez ahí era casi imposible escapar.

No podía ver sufrir a sus polluelos, por eso lo de Joserra le afectó tanto.

Cuando Joserra se rompió la pierna y pudo verlo en el hospital, mi mami recuperó un poco de fuerzas y empezó a salir de su encierro para ir al hospital por las noches a ver a su hijo mientras dormía. De vez en vez, ya se asomaba para comer o cenar con nosotros, y poco a poco recuperó su carácter. Aunque nunca volvió a ser la misma.



Después de escuchar lo que le conté sobre el calabozo y los toques eléctricos, pasó por mí al hospital y corrimos a la Clínica San Rafael. Al llegar, exigió con fuerza hablar con el director y que le abrieran todas las puertas. Quería corroborar el trato que se le daba a los pacientes y exigía hacer un recorrido por todo el lugar.

—No se puede, señora, no lo tenemos permitido —le dijo el director—. Pero dígame en qué la puedo ayudar. ¿Por qué viene usted tan alterada?

—Sé que tienen un calabozo donde encierran a los enfermos y les dan toques eléctricos y cubetadas de agua fría si se portan mal. Déjeme pasar, voy a encontrarlo y a denunciarlo.

—¿Un qué? ¿De qué habla? ¿Quién le dijo eso?

—Mi hijo, ¿quién más? Mi hijo, que según me dice, ha estado encerrado ahí en más de una ocasión. Mi hijo me lo dijo y le creo, pues le enseñó a su hermana sus heridas.

—Pero, señora, cómo puede creerlo, su hijo está enfermo y usted lo sabe. Su hijo ve visiones y oye voces. Usted, en cambio, es una gente sensata. No puede creerle, es cosa de su imaginación.

—Le creo a mi hijo. Mi hijo no miente. Ahora abra la puerta y déjeme pasar —dijo, acorralando al doctor.

—Señora, cálmese, no quiero ofenderla, pero le repito que eso no puede ser. Por favor, tome asiento y permítame llamar a la jefa de enfermeras para que le diga cómo hemos actuado con toda ética y profesionalismo con su hijo.

—No es eso lo que le estoy pidiendo. Ni que fuera tonta. Sé que todos están coludidos, pero en este instante voy a buscar a la policía y a levantar una demanda —dijo dando media vuelta y dejando al doctor con la palabra en la boca.

Con esa elegancia y entereza que la caracterizaba, salió de la clínica con paso firme y veloz. Sin poder contener mi asombro, salí corriendo tras de ella.

—Vete al hospital, con tu hermano, yo voy a ver al abogado. Si encuentro algo, éstos van a pagar muy caro lo que le han hecho a José Ramón.

Al día siguiente mi madre había conseguido que el doctor Vargas Elías la acompañara a recorrer la clínica, por lo que temprano nos fuimos para allá. Al llegar, el doctor ya nos esperaba en la puerta.

—Cuéntame lo que te dijo tu hermano —me pidió.

Mientras le relaté el episodio y repetí las aseveraciones de mi hermano sobre el calabozo, mi madre se puso una bata blanca que le proporcionó la jefa de enfermeras. Poco después vi llegar al director de la clínica, quien nos saludó y pidió a mi mamá y al doctor Vargas Elías que lo siguieran. Yo me fui a la sala de espera de la recepción, como me indicaron, mientras ellos realizaban el recorrido.

Después de casi dos horas los vi salir por donde habían entrado. Pasaron frente a mí, pero ni siquiera me vieron. El doctor Vargas Elías abrazaba a mi madre, quien lloraba con mucho sentimiento. Entraron a la oficina del director, mientras yo me quedé esperando.

Al fin, después de otra media hora, los vi venir hacia mí. Mi madre estaba tranquila.

—¿Qué pasó? ¿Viste el calabozo?

—No, hija, no hay nada. Es una clínica seria. Tu hermano está inventando todo esto. Ya me explicó el doctor Vargas Elías que es buena señal, al parecer quiere decir que tu hermano no quiere regresar, que ya quiere salir de aquí y de su locura.

Esa tarde, en el hospital, mi padre me contó cómo mi madre había exigido que le abrieran cada puerta, cómo había inspeccionado cada rincón de la clínica, cada esquina, cada cuarto, cada clóset, cada repisa, cada alacena y cada cubículo con el mismo rigor que los nazis buscaron en cada casa los escondites de los judíos en la segunda Guerra Mundial.

Al escucharlo no me quedó la menor duda.

Ésa era mi madre, toda pasión y toda intensidad.

EL REGRESO

A los pocos días del suceso del calabozo, dieron de alta a Joserra de la rotura de su pierna y volvió a la Clínica San Rafael. Afortunadamente, durante su convalecencia el doctor comprobó su mejoría y nos autorizó las visitas. Desde el primer día nos fue permitido pasar la tarde con él, así que nuestra rutina cambió. Después de la comida nos arreglábamos y nos íbamos a la visita. Una enfermera nos pasaba a un patio lleno de árboles en la parte de atrás del edificio, donde nos esperaba Joserra. Ahí nos sentábamos y platicábamos un par de horas entre locos que gritaban, bailaban, corrían o lloraban a nuestro alrededor, con la diferencia de que ahora ya no nos asustábamos tanto.

Joserra nos contaba sus anécdotas en la clínica. Nos relataba con mucha gracia que uno de ellos siempre intentaba robarle sus chocolates en la noche. En cuanto lo escuchaba acercarse, se hacía el dormido y dejaba que el loco llegara hasta el cajón, y ya que tenía el chocolate en la mano, Joserra se levantaba de sopetón dándole un susto terrible y obligándolo a poner el chocolate en su lugar. Pobre muchacho, cada noche repetía el mismo camino y cada noche salía asustado, regañado y con la boca hecha agua.

—¿Y por qué no lo dejas que se robe un chocolate de vez en cuando? —le preguntábamos.

—Porque tiene que aprender a respetar lo ajeno y pedir las cosas por favor —respondía mi hermano con más seriedad que en su mismito examen de civismo.

También nos contaba de otro que lo perseguía en las mañanas para comerse su desayuno: al parecer la comida era el tema de discordia.

El manicomio, las anécdotas, la manada de locos que nos rodeaban, nosotros mismos y mi hermano éramos otros. Ahora nos reíamos y nos divertíamos con esas situaciones que meses antes tanta angustia nos provocaban.

Hasta la enfermedad había cambiado. Lo que en un primer diagnóstico fue *esquizofrenia* ahora era *bipolaridad*. Sólo el doctor entendía de eso, sólo él sabía cómo controlar la energía y la sinapsis, sólo él sabía que no era deteriorante ni progresiva como la esquizofrenia y sólo él entendía de esta ciencia tan difícil de la que tanto ignoramos. El sistema nervioso y el cerebro humano. Sólo él pudo determinar que mi hermano tenía que pasar otro par de meses en la clínica, sólo él podía decir que mi hermano necesitaba regresar a los medicamentos, al litio para controlar la energía, al descanso y a los electrochoques para borrar la memoria inmediata. Sólo él sabía qué era lo que debía borrar de esa mente y qué debía permanecer. Sólo él podía prescribirle esa soledad y silencio para terminar de callar las voces. Sin amigos, sin familia, pero sobre todo sin libros.

—Debe vivir con los pies en la tierra al menos por un tiempo. Por ahora no podemos permitirle que lea nada de filosofía, ni de poesía, es más, de preferencia nada de nada, que se abstenga de leer hasta que esté mejor —recetó.



—¿He estado muerto, verdad, Mabel? —me dijo un día Joserra—. Sin embargo, sigo vivo. Toqué fondo y mi mismo impulso me regresó a la superficie, ¿verdad? —Ése era mi hermano. Ya era otra vez el filósofo de antaño, el loco cuerdo.

—Mabel, ¿sabes? En la mañana me da miedo abrir los ojos, siento temor, no sé si voy a despertar aquí o allá, entre ellos o entre ustedes. No quiero regresar, me quiero quedar aquí, con ustedes. ¿Qué hago?

—No les hagas caso. El doctor dice que poco a poco vas a dejar de verlos e incluso vas a olvidarlo todo. Ahora ya sabes lo que quieren de ti, así que ignóralos. Date todos los días la bienvenida a este mundo, tu mundo, y aférrate a él, aprende a gozarlo. Sé fuerte, cántale a la vida, mira lo que nos ha dado. Nos ha devuelto a mi hermano. Es para festejarla todos los días, ¿no? Viva la ciencia, viva la modernidad. Es un mundo bello, Joserra. Ve su resplandor a través de ese árbol, mira de verdad cada color. Es algo increíble. El estar bien depende de ti, de tu voluntad. Decidiste estar bien, adelante. Festéjalo, festejémoslo.



Y así lo hicimos.

El día que Joserra salió de la clínica todos nos reunimos en casa de mi madre y comimos a la manera de mi padre. Entre más español, jamón serrano, chistorra, lomo, salami, chorizo, una gran variedad de quesos, espárragos y aceitunas, seguido de un arroz con pulpos y unas deliciosas sardinas que guisó mi padre en casa de mi madre. Todos reunidos pusimos la mesa y cocinamos. Ernesto, Fernando, mis padres, mis hermanos, mis medias hermanas María Esther y Tony, y hasta los novios de Lola y de Mariana estuvieron ahí. Fue muy extraño y cordial. Como esas bodas donde todos los familiares que no se llevan se reencuentran y conviven. Hasta los que no se quieren se saludan y se sonríen, brindan y se rozan en el baile. Así fue, todos alrededor de la mesa, en la sala, en el balcón, riendo, comentando cosas sin importancia, simplemente disfrutando el regreso de José Ramón, su despertar.

Su despertar metafórico y real, pues se la pasaba durmiendo todo el día. Las pastillas que le recetaron desde su reincorporación a la vida familiar le permitían sólo despertar a la hora de sus alimentos, mismos que debía ingerir de forma abundante y puntual

con esa boca pastosa y ensalivada, con esa saliva blanca y espesa que se formaba como una reja entre sus labios. Con esa boca que sólo balbuceaba algunas palabras de vez en cuando, monosílabos que nos indicaban que seguía la conversación y una que otra risa aislada o algún asentimiento. Las pastas no le daban para más y así debía ser.

—Poco a poco le vamos a ir quitando las pastillas —nos dijo el doctor—. Por lo pronto ésta es la dosis que requiere, pues debe dormir la mayor parte del día.

Y así fue, poco a poco, con tiempo y paciencia, unas veces con recaídas y otras con grandes mejorías, José Ramón se fue adaptando a su nuevo mundo.

No fue fácil. Los primeros meses, mi madre tuvo que volver a cuidar a su bebé, lo velaba en sus sueños noche y día, lo despertaba sólo para que comiera, se tomara su medicina y volviera a la cama. Dos veces a la semana lo llevaba al doctor y de vez en cuando a algún análisis.

El doctor le fue cambiando la medicina conforme lo veía avanzar. Cada cambio era una angustia, pues a veces resultaba ser muy fuerte y lo noqueaba, o muy suave y se presentaban crisis o recaídas, por lo que había que estar muy atentos. Había que cuidar que no volviera a hablar solo, que no se angustiara o divagara y que comiera y durmiera bien. Mi madre se convirtió en su nana y enfermera; para ella sólo había un objetivo en la vida, que José Ramón no regresara a la clínica nunca más.

Afortunadamente, José Ramón tampoco quería regresar, eso era claro. Y así fue.

Una vez que pudo mantenerse despierto toda la mañana, mi madre le empezó a dar algo de trabajo, encargándole la musicalización de sus videos, y poco a poco él mismo se fue haciendo de sus propios ingresos. Consiguió musicalizaciones, empezó a escribir guiones para algunas series de televisión y hasta a hacer entrevistas e investigaciones.

En cuanto a su vida social, volvió a sus amistades de antaño: *el Cuco, el Puche, el Botingo, el Gordo* y, por si fuera poco, como en las mejores novelas de amor, una tarde de domingo, paseando por Coyoacán, se topó con su novia de toda la vida, y fueron flechados con la misma intensidad que el mismito día que se dejaron de ver por la enfermedad.

MI PROCESO

Conforme Joserra se fue recuperando poco a poco, me fui mudando a casa de Fer. Necesitaba otro espacio, ya no podía con la carga, era el momento de emigrar y así fue. Fernando y yo pasamos un buen tiempo juntos. Me atrevo a decir que fue el periodo más estable y feliz después de aquella vida turbulenta de los últimos meses. Yo estaba muy enamorada y la relación funcionó de maravilla hasta que me rehice, recuperé mi fuerza y cerré el espacio para su sobreprotección. Aunque abrí un nuevo espacio, no era el que él quería. Fernando no quería ser mi pareja, no quería o no podía con una relación de igual a igual, así que trató de limitarme. Me propuso irnos a vivir al rancho y tener un bebé.

–Vámonos, deja todo, dame un hijo, vámonos a ser una familia feliz.

Habló con mi padre y con mi madre: “Quiero casarme con su hija”, les dijo.

Me quería de madre de sus hijos, de mujercita abnegada, responsable de los animales del rancho y de tener la comida lista cuando él regresara de trabajar.

La pura idea me daba roncha, así que no acepté y poco a poco él renunció.

Aunque los dos sabíamos que todo había terminado, no podíamos dejarnos. En el fondo creo que los dos queríamos algo de lo que nos unía. En un rinconcito de mi ser yo quería su protección: era cómodo ser débil y dejarme cuidar. Y en su parte sana creo que él quería una mujer inteligente y triunfadora con la cual pudiera crecer y desarrollarse. Pero ninguno de los dos cedimos, así que optó por la salida más fácil.

Fernando buscó a su ex mujer, ese ser débil que necesitaba de él, y en ese fugaz reencuentro, ella quedó embarazada. Supongo que él quiso que así fuera, pues necesitaba pretextos contundentes para atarse a una relación que no deseaba.

Cuando me lo dijeron, creí volverme loca. No podía creerlo, y mucho menos aceptarlo. Así que lo negué, lo tomé como un chisme y lo borré por completo. Seguí con Fernando como si nada. No podía soportar otro abandono. Una nueva pérdida me hundiría por completo.

No entendía nada. Estaba segura de que él no la quería, de que ella era muy inferior a mí. Además, yo era su niña, su chilanga, su protegida. ¿Como podía dejarme a la deriva?

Cada día que pasaba era más evidente. Fernando ya no estaba conmigo, siempre había un pretexto para dejarme sola: el rancho, el trabajo, los amigos.

Su desamor cada día iba creciendo más y más y me lastimaba, así que un día no pude más, tomé fuerzas y encaré la situación.



Era un sábado temprano, Fernando me había dicho que se iba a su rancho, a Veracruz. Yo tenía que arreglar el *vocho*, así que fui con Eli, mi querida amiga de la prepa y la universidad, al taller mecánico que estaba a dos cuadras de la casa de la ex mujer de Fernando.

Al pasar vimos la *troca* de Fer estacionada en la puerta.

—No puede ser, si él está en Veracruz —le dije a Eli.

—Mabel, ya no te hagas la tonta. Es hora de que lo aceptes. Fernando regresó con su esposa y ella está esperando un bebé —me dijo Eli con el valor que la caracterizaba—. Ándale, vamos para que de una vez por todas te convenzas y lo dejes. Perdóname por ser tan cruda, pero es por tu bien, todo el mundo lo sabe y lo comenta. Su ausencia te está destruyendo, ya no eres la misma, mírate, estás hecha un trapo, le has perdido el gusto a la vida. Te has

humillado y rebajado, de verdad, ya no eres tú. Vamos y termina con esto de una vez por todas.

Recuerdo cada paso al cruzar la calle hasta llegar a la puerta.

Me dolía el roce de ese asqueroso mundo sobre mi piel a cada pisada.

Me dolía cada respiro de ese aire podrido de traición e infidelidad que se acercaba.

Me dolía cada vez que parpadeaba.

El timbre sonó y ella apareció en la puerta.

Era verdad, estaba embarazada.

Me vio, supongo que me reconoció, y gritó:

—Fernando, te buscan...

Fue lo último que recuerdo. Corrí al coche de Eli y vomité, vomité y vomité hasta llegar a la casa.



Sufrí mucho y durante mucho tiempo. Me había acostumbrado a él, a sus cuidados, a su protección, a su compañía, a sus bromas, a su manera de ser, franca y silvestre, a su cariño. Fue terrible, extrañaba su mano fuerte y grandota sobre la mía. Lo extrañaba todo. Me abandoné durante mucho tiempo. No podía quererme, había perdido toda capacidad de amar, incluso a mí misma. Su ausencia me carcomía, cada poro me ardía, cada segundo me calaba.

El dolor me cegó por mucho tiempo. No fue sino hasta muchos años después y con muchas horas de terapia que comprendí su abandono.

Entendí que Fernando necesitaba ser el fuerte y que yo empecé a resultarle amenazante. Entendí que su mujer y su hijita le iban a dar la oportunidad y el espacio que yo le negué. Entendí que yo era una guerrera y una triunfadora y que él no podía con eso.

Sobreviví con mucho esfuerzo al dolor que me causó que una vez más me cambiaran por otra niña, por una niña de verdad, por su hija, su chilanguita.



Poco a poco comprendí la historia, mi historia, y recuperé mi fortaleza.

Me hice fuerte como mi madre, aunque en el fondo sigo siendo la niña hipersensible y chillona. La niña que se emociona y llora hasta cuando cantan *Las mañanitas* en los cumpleaños, cuando veo una película triste, cuando leo un libro donde suceden desgracias y hasta con un programa en la tele o en el teatro.

La enfermedad de José Ramón fue un parteaguas en mi vida. El papel que me tocó desempeñar me hizo fuerte.

Construí un impenetrable escudo para no exponerme a que alguien encuentre a la ratita indefensa y dulce que hay en mí, para que no me hagan daño. Así me escondo en este caparazón de “yo las puedo todas”, de “yo, la más fregona”. Así me protegí del abandono de mi papá, así aprendí a vivir sin ser su *Tlacuila*. Así logré vivir sin mi norteño protector. Pero, sobre todo, así me sostuve cuando se derrumbó mi pilar, mi sostén, mi ídolo, doña Macarena, mi *Súper Power*, que fue cuando realmente tuve que acudir a todas mis fuerzas y salir adelante sin dejar ni un mínimo espacio para mis sensibilidades o mis debilidades. Salí adelante poniendo en práctica su gran enseñanza para vencerlo todo, para lograr lo que nos proponíamos, con una gran pasión por la vida.



—Eres como un tanque, nada ni nadie te detiene —dicen mis amigas de *maduritas.com*.

—Eres como un hombre, autónoma y clavada en la chamba —dice mi amiga Ginita.

Y así es, pues con un gran miedo a ser lastimada o abandonada, durante mucho tiempo sólo me dediqué a trabajar. Me casé con mi trabajo, que me proporcionaba casi lo mismo que un esposo. Dinero, viajes, posición social, un lugar en el mundo, seguridad y hasta amor a mí misma al ver mis logros profesionales.

Por mucho tiempo así me protegí y no me permití conocer otra manera de vivir.

Hoy, a mis casi cuarenta años, empiezo a amar otra vez. Hoy todo es diferente.

La terapia, la escritura, la propia vida, me han devuelto la confianza. El pasado quedó allá, lejos, atrás, muchas, muchas páginas atrás. Hoy mi autoestima vuelve a estar muy alta, allá arriba, lejos, tan lejos como el mismito pasado con todos sus abandonos y mutilaciones.

“Cuando estuve loco”, dice de vez en vez mi hermano.

“¿Te acuerdas cuando estuve loco?”

“Sigues loco”, pienso yo.

Sí, Joserra sigue loco, bien loco.

Y yo también.

He recuperado la alegría de vivir. Pero para lograrlo he tenido que enloquecer un poco. He renunciado a ese mundo tan cuadrado, tan lleno de reglas y de normas que me tenía prisionera. Hoy en mi locura me permito sentir, soñar y vibrar. Hoy puedo hacer de mi trabajo un canto, una obra de teatro o un cuento, y río a carcajada suelta, y juego e invento y me dejo llevar por el aire y a veces hasta me permito volar.

NARANJA

Hoy es la presentación del libro de mi hermano, *Naranja*.

La presentación en la Casa del Poeta, la casa de mi hermano.

Aquí estamos todos. Mi madre, mi padre, mis hermanos que hoy han procreado y se hacen acompañar por sus hijos. Mis adorados sobrinos.

Al verlos me doy cuenta de que el amor hacia mis hermanos, todos, tiene un ingrediente de protección que desarrollé al cuidarlos tanto tiempo en ausencia de mis padres, y eso le da un toque muy especial. Me hace sentir responsable, comprometida y entregada a ellos y a sus logros. Sí, soy la que está más orgullosa de mi hermano y de toda mi familia.

Mi madre ha vuelto a ser esa decidida mujer que camina hacia delante, hacia delante y siempre hacia delante. Es una mujer maravillosa que no vive del pasado; por el contrario, con alegría y optimismo construye su futuro, sueña y lucha una vez más por sus ideales. Ha recobrado su fuerza. Escribe, actúa y vive con pasión cada día, desde luego enamorada de sus nietos. Ese intenso amor que siempre tuvo por nosotros brilla de nuevo con mayor intensidad, ahora por esos traviesos pequeños que se preparan para el espectáculo sentados en sus piernas, con sus bracitos rodeándole el cuello.

También están mis tíos, mis tías, mis primas y todos los amigos de la infancia, Luis *Botingo* y *el Cuco*. *El Cuco*, como siempre, junto a Joserra. Ahora lo acompaña con las melodías que compuso expresamente para este día, para este gran suceso. La presentación del libro de su hermano, de su carnal. Tras una máscara y un vestuario

medieval, acompañado de otro par de músicos, se dispone a interpretar fantásticas piezas para darle vida a cada sílaba, a cada palabra.

También está el amor de mi hermano, su pareja. Aquel fantasma que le hablaba desde lo más profundo de su ser, su novia, su mujer, a quien le dedica el libro “por acompañarlo en sus caídas más profundas y en lo cotidiano”.

—Mabel, necesito que me ayudes, tengo que vender los libros para pagar los gastos de la impresión, del brindis, el salón, la música y sacar algo para seguir escribiendo, y tú eres la única que tienes esa habilidad para venderlos todos hoy mismo, ¿me ayudas?

—Claro, no dejaré ni uno solo, acabaré con ellos. Juani, ¿quieres ser mi socio? —le dije a mi sobrino de seis años, el hijo de mi hermana Lola, mi Lolis.

“¡Naranjas, naranjas! —grité con los libros bajo el brazo—. ¡Lleve su *Naranja* por ochenta pesos, naranjas dulces, llévelas marchante, naranjas frescas, sólo ochenta varos, ¿Cuántas le doy?” —gritaba sin parar entre los asistentes.

“¡Naranjitas dulces! —decía la voz chillona de mi sobrino tras de mí—. ¿Cuántas naranjitas, baratas, compadrito?”

La ceremonia comienza.

Se deja escuchar esa música antigua de tambores asiáticos y dulces cuerdas que salen del corazón y las manos mágicas de *el Cuco*.

Todos escuchamos.

Comienza la presentación del poeta José Ramón Ramírez y de su libro, *Naranja*.

“...para aquel que tiene una explicación del mundo a raíz de la piel, tanto más afuera cuanto más adentro, no necesita nutrir su verdad con balbuceos, y no requiere frecuentar la presencia avara del cómo y del cómo debe ser, tan sólo para aquellos que saben que no saben existe la poesía...”

El cisne blanco y el cisne negro

Sin miedo al enigma de ti mismo

VICENTE HUIDOBRO

Pronto boga la nave
al acecho de mí.
Lago en la cumbre estable
¿hay dónde ir?

¿Alguna vez fui yo?
—siempre conmigo—.
Nunca he sido otro
—no he sido el mismo—.
¡Soy firmamento sobre el precipicio!

No puedo contenerme
—ya no quepo—.
El amor es el alma
que vuelve al cuerpo,
y es el alma el amor
vivo o muerto...

La piel se me enchina, la garganta se me cierra, los ojos se me empañan. Ése es mi hermano, eso es lo que hay en su interior, esa es la sensibilidad que lo llevó tan lejos y que ahora nos acerca tanto.

Me hubiera gustado ser menos expresiva y menos chillona, menos transparente, no mostrar mis miedos, mis angustias, mis emociones tan fácilmente, pero no puedo, así que una vez más vuelvo a llorar.

Lloro por mi hermano, por mí, por mi familia.

Pero esta vez es un llanto diferente, un llanto de gozo, de felicidad, de alegría.

La lectura ha terminado.

Emocionados como estamos permanecemos en silencio, aún disfrutando, aún vibrando. De pronto vemos a mi padre levantarse con los ojos vidriosos. Sube al estrado, toma el micrófono y con voz cortada y grandes esfuerzos para no soltar el llanto, habla fuerte de su primogénito.

Se deshace en elogios sobre la manera en que éste ha sabido arrastrar la pluma y nos recuerda que a pesar de nosotros, a pesar de él y a pesar de todo, Joserra lo ha logrado.

—Nunca tuve la menor duda de ti, hijo. Y hoy soy el más orgulloso. Orgulloso de mí, aunque no lo merezco, pero sobre todo orgulloso de ti. De ver cómo has logrado conjuntar tus dos mundos en uno solo: el mundo del poeta.

Graciela Enríquez Enríquez
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

Se terminó de imprimir en octubre de 2004

Diseño de portada
Retorno Tassier, S.A. de C.V.
Río Churubusco núm. 353-1
Col. General Anaya
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos
03800, México, D.F.
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos
Baskerville en tamaños
9, 10, 11, 12, 15, 16 y 22 puntos

Editado por
DEMAC